

IMPRIMIR

LOS CHICOS DE LA CALLE PAUL

FERENC MOLNAR

**Espacio
Disponibile**

Editado por
elaleph.com

CAPÍTULO PRIMERO

A la una menos cuarto, en el preciso instante en que en el aula de física, tras largas e infructuosas tentativas se coloreó de verde esmeralda la llama incolora del mechero bunsen, como recompensa por la ansiosa espera y como prueba de que la combinación química enunciada por el profesor acababa de producirse, a la una menos cuarto, digo, justo en el momento del triun-fo, llegó desde el patio de la casa vecino la música de un organillo y barrió de golpe con toda la seriedad.

En este tibio día de marzo todas las ventanas estaban abiertas y la música aleteó en la clase con bocanadas de primavera. El organillo tocaba una alegre melodía húngara que sonaba como una marcha, tan llena de tatachines y tan insolente. que toda la clase apenas podía aguantar la risa y algunos se pusieron de verdad a sonreír. En el mechero bunsen seguían ardiendo alegremente las estrías verdes y algunos chicos de los primeros bancos las miraban boquiabiertos. Pero los demás contemplaban por la ventana los tejados de las casitas vecinas y a lo lejos, bañada en el resplandor del mediodía. la torre de la iglesia en cuyo reloj la aguja larga que marca las horas se aproximaba alentadoramente a las doce.

Y como sus oídos estaban atentos a los rumores que venían de fuera recogían junto con la música muchos otros ruidos que no pertenecían a la clase. Sonaba la campanilla del tranvía de caballos, en un patio próximo tarareaba una criada una canción que nada tenía que ver con la que tocaba el organillo. Y toda la clase se puso en movimiento.

Algunos comenzaron a andar con los libros, los más ordenados se pusieron a limpiar las plumas, Boka cerró su tinterito portátil, forrado

de cuero rojo, tan hábilmente construido que sólo dejaba escapar la tinta cuando estaba en el bolsillo, Csele juntó las hojas que le servían de libros porque Csele era un presumido a quien no le parecía bien echarse a la espalda todo el montón de libros que llevaban los demás y sólo se traía las hojas indispensables, distribuidas en los bolsillos. Csonakos, que se sentaba en la última fila de bancos, soltó un tremendo bostezo de hipopótamo aburrido, Weiss dio vuelta sus bolsillos para sacudir las migas que había dejado el pan que acostumbraba a mordisquear en las horas de clase, Gereb se puso a mover los pies debajo de su asiento como quien va a levantarse y Barabas, sin el menor empacho, extendió sobre sus rodillas el trozo de hule, acomodó en él los libros por orden de tamaño y tanto ajustó la correa para atarlos que crujió el banco y el muchacho se puso muy colorado.

En fin, que todos hacían preparativos para irse y sólo el profesor no parecía darse cuenta de que dentro de cinco minutos terminaba la hora. Dejó caer su mirada quieta sobre las rebeldes cabezas infantiles y dijo:

-¿Qué pasa?

Un profundo silencio fue la respuesta. Un silencio de tumba. Barabas soltó la correa, Gereb encogió las piernas, Weiss dió vuelta otra vez los bolsillos para adentro, Csonakos se tapó la boca con la mano y ahogó el bostezo contra la palma, Csele dejó en paz sus libros, Boka cerró de prisa el tintero rojo que se derramó en cuanto presintió el bolsillo.

-¿Qué pasa?, preguntó el profesor.

Pero ya estaban todos sentados en sus bancos, inmóviles. La mirada del maestro se dirigió entonces a la ventana por donde entraban las notas despreocupadas del organillo como si quisiera dar a entender que nada le importaba la disciplina escolar. A pesar de ello el profesor lanzó una mirada severa y ordenó:

-Csengey, cierra la ventana.

Csengey, el pequeño Csengey, el "primero del banco" se levantó, llegó a la ventana con su carita seria y severa y la cerró.

En ese momento Csonakos avanzó ligeramente el cuerpo fuera de su asiento y le susurró a un muchachito rubio:

"-¡Atención, Nemeček!"

Nemeček miró para atrás y después bajó los ojos. Una bolita de papel llegó rodando. La levantó y la desplegó. Tenía escrito de un lado: "Para entregar a Boka."

Nemeček sabía que esto no era sino la dirección y que el verdadero mensaje estaba a la vuelta. Pero Nemeček era un hombre de carácter decidido, incapaz de leer una carta ajena. Por esto volvió a arrugarlo, hizo una pelotita, esperó el instante propicio, se agachó por la calle que se abría entre las dos filas de bancos y murmuró:

"-¡Atención, Boka!"

Ahora le tocaba a Boka mirar al suelo que era la arteria de tránsito reglamentaria para toda clase de asuntos. La bolita de papel llegó rodando. Y del otro lado, del lado que el rubio Nemeček no leyó por caballerosidad, decía "Asamblea general a las tres de la tarde. Orden del día: Elección del presidente. Infórmese a los interesados."

Boka se guardó el papel y ajustó la correa de sus libros por última vez. Era la una. El reloj eléctrico se puso a zumbiar y entonces también el profesor se enteró de que había terminado la hora. Apagó el mechero *bunsen* señaló la lección y se dirigió a la sala de Historia Natural cuyas puertas, al entreabrirse, mostraban una cantidad de animales embalsamados, de pájaros que miraban desde sus pedestales con ojos de vidrio impávidos y en un rincón, quieto y digno estaba el enigma de los enigmas, el terror de los terrores: un esqueleto humano amarillento por el tiempo.

En un abrir y cerrar de ojos salió toda la clase. Por la casa se oyó un tumulto de carreras alocadas que sólo disminuían su ritmo cuando entre el zumbido trepidante de los chicos se erguía la silueta de algún profesor. Entonces frenaban y había un instante de paz, pero en cuanto el profesor desaparecía al doblar de una esquina, comenzaban de nuevo las corridas y el largarse escaleras abajo.

El montón de chicos se desparramaba al franquear la puerta. Parte tomaba por la derecha, otros se iban por la izquierda. Cuando aparecían los profesores se veía un volar de gorras. Trotaban por la calle soleada, cansados y hambrientos. La sensación de aturdimiento que llevaban en la cabeza cedía poco a poco entre el bullicio, la alegría y las atracciones de la calle. Con el andar titubeante de los prisioneros que acaban de recobrar la libertad, marchaban por la ciudad ruidosa y afanada que para ellos se sintetizaba en un ir y venir de coches, de tranvías de caballos, de calles y de comercios entre los cuales había que buscar el camino de la casa.

Csele se metió en un zaguán próximo y se puso a regatear el precio de la miel turca. El mielero, naturalmente, había aumentado todos los precios de una manera escandalosa. Es sabido que en el mundo entero la miel turca cuesta diez centavos. Es fácil: el mielero toma una hachita, da un golpe y lo que se desprende de la montaña blanca salpicada de avellanas, cuesta diez centavos. En realidad todo lo que hay en el zaguán cuesta diez centavos, el precio no varía. Tres ciruelas ensartadas en una cañita cuestan diez centavos. Tres medios higos, tres endrinas, tres medias nueces con baño de azúcar cuestan diez centavos, un pedazo de azúcar duro, un alfeñique y hasta un cucuruchito de "alimento de estudiante", la mezcla más apetitosa que pueda imaginarse, cuestan diez centavos. ¡Y hay que ver la composición de esa maravillosa golosina! Lleva avellanas, pasas de Corinto y de Málaga, caramelos, almendras, polvo de la calle, algarroba tierna y moscas. El alimento de estudiante incluye, por diez centavos, gran cantidad de productos de la industria y del mundo animal y vegetal.

Csele regateaba porque el mielero había aumentado los precios. Los que entienden de cosas de comercio saben que los precios suben cuando el negocio que se explota corre algún riesgo. Por ejemplo el té de la India y Ceylán es caro porque lo transportan caravanas que atraviesan regiones infestadas de bandidos. Los europeos deben pagar este riesgo. El hombre que vendía la miel turca tenía, sin duda alguna,

espíritu comercial. Sabía que pensaban prohibirle que se estacionara cerca de la escuela. Sabía también que si lo habían pensado lo harían y sabía también que pese a su gran surtido de golosinas no conseguiría engolosinar a los profesores y convencerlos de que no era un enemigo de la juventud.

"Los chicos se gastan todo el dinero con el italiano", decían. Y el italiano se dio cuenta que su comercio no duraría mucho tiempo. Entonces aumentó los precios. Si lo obligaban a irse, al menos habría ganado algún dinero. Por ello le explicó a Csele

-Hasta ahora todo costaba diez centavos, pero a partir de hoy cuesta veinte.

Y diciendo esto trabajosamente en una lengua extranjera no cesaba de blandir el hacha pequeñita. Gereb le murmuró a Csele:

-Tira la gorra sobre los caramelos.

Csele estaba encantado con la idea. ¡Lo que se reirían los chicos! ¡Cómo se desparramarían las golosinas! La broma valía la pena.

Gereb seguía tentándolo con sus palabras, como tienta el diablo.

-Tira la gorra, ¿no ves que es un usurero?

Csele se quitó la gorra.

-¿Esta gorra mía tan bonita?, dijo.

El golpe ya había fallado. Gereb cayó mal. Csele era un presumido que se traía las hojas sueltas de los libros de texto.

-¿Te da mucha lástima la gorra?, preguntó Gereb.

-Claro, dijo Csele. Pero no te vayas a imaginar que tengo miedo. No soy ningún cobarde, pero me da lástima la gorra. Para que veas, si me das la tuya la tiro en seguida.

A Gereb no se le decían semejantes cosas. Era casi como una ofensa. Resopló fuerte y dijo:

-Para tirar mi gorra me basto yo. Es un usurero y si te da miedo te vas. Y con un gesto que demostraba que estaba listo para el combate se arrancó la gorra y se dispuso a lanzarla sobre el puesto cargado de golosinas.

Una mano apretó la suya en el mismo instante en que iba a alcanzar su objetivo. Una voz casi varonil preguntó:

- ¿Qué vas a hacer?

Gereb miró para atrás. Boka estaba a sus espaldas.

-¿Qué vas a hacer?, volvió a preguntar.

Y lo miró con ojos suaves y serios. Gereb gruñó como un león cuando el domador le clava los ojos. Se encogió. Volvió a ponerse la gorra y se sacudió los hombros. Boka dijo despacio:

-No le hagas nada a ese hombre. A mí me gusta la gente valiente, pero aquí no tiene gracia. Vamos.

Y le tendió la mano. La mano estaba llena de tinta. El tintero se había derramado mansamente en el bolsillo y Boka al sacar la mano no se dio cuenta. Pero no tenía ninguna importancia. Pasó la mano por la pared para limpiársela: el resultado fue que la pared quedó marcada y la mano de Boka tan sucia como al principio. Pero el asunto de la tinta quedó liquidado. Boka tomó a Gereb del brazo y juntos se fueron andando. Csele, el niño bonito, se quedó rezagado. Todavía le oyeron decir con voz ahogada, con la amarga resignación del vencido:

-Y bueno, si es verdad que ahora todo cuesta veinte, deme veinte de miel turca.

Y para pagar sacó su lindo portamonedas verde. El italiano se sonrió y quizá llegó a pensar en lo que ocurriría si mañana todo costase treinta. Pero no era más que un bello sueño. Igual que cuando uno sueña que los billetes de a uno se convierten en billetes de cien, Dejó caer su hachita sobre la miel turca y envolvió en un papel el trozo cortado.

Csele lo miró con ojos desolados.

-¡Resulta que ahora da menos que antes!

Al italiano le habían crecido las ínfulas. Dijo sarcásticamente

-Ahora, como está más caro hay que dar menos.

Sin mayores explicaciones se dirigió a otro comprador que aleccionado por lo que acababa de escuchar, traía los veinte centavos en la mano. Paseaba el hacha pequeñita con movimientos tan raros

sobre la superficie de azúcar, que parecía el verdugo de ese cuento donde un hombre grande decapita a infinidad de hombrecillos del tamaño del pulgar, que tienen cabezas del grosor de una avellana. Hacía una verdadera matanza en la miel turca.

-Puf, le dijo Csele al nuevo cliente, no le compre. Es un usurero.

Con las mismas, se metió el pedazo de miel turca en la boca, con papel y todo, porque no se podía arrancar el papel con la mano y con la saliva se despegaba en seguida.

-Esperarme, les gritó a los otros y salió corriendo.

Los alcanzó en la esquina y doblaron por una calle lateral para ir a la calle Soroksa: iban del brazo. Boka caminaba entre los dos y explicaba algo con la voz blanda y seria que le era habitual. Boka tenía catorce años y su rostro mostraba todavía pocos rasgos varoniles. Pero cuando hablaba parecía mayor. Su voz era profunda, suave y severa. Todo lo que decía era igual a su voz. Rara vez hablaba de tonterías y no era nada aficionado a los líos callejeros. Nunca se mezclaba en los pequeños barullos; si le querían hacer árbitro en alguna pelea trataba de esquivarse. La experiencia le había enseñado que nunca se puede satisfacer a las dos partes con el fallo y que el juez acaba por pagar los platos rotos. Sólo cuando se armaba alguna pelea descomunal y los ánimos estaban tan exacerbados que había peligro de intervención docente, mediaba Boka para restablecer la calma. Para decirlo de una vez, Boka parecía un muchacho inteligente y su comportamiento hacía pensar que tendría siempre la actitud de un hombre de honor en la vida, aun cuando esto no le trajese gran provecho.

Para llegar a su casa debían desembocar en la calle Koztelek. La callejuela silenciosa estaba envuelta en un sol primaveral y de la fábrica de tabaco que se alzaba sobre una de las aceras llegaba un suave zumbido. En la calle Koztelek vieron dos siluetas; se estaban allí en el medio de la calle y esperaban. Uno era Csonakos, el grandote, y el otro era el rubio Nemecek.

Cuando Csonakos vio llegar a los tres chicos del brazo, se metió los dedos en la boca con un gesto de mal humor y silbó como una

locomotora. Este silbido era su especialidad. En cuarto año ninguno podía imitarlo. Un silbido de cochero así, tan agudo, no había en todo el colegio quien supiera imitarlo. La verdad es que el único que llegaba a silbar más o menos de manera parecida era Cinder, el presidente de la "Asociación cultural", pero desde que era presidente, Cinder dejó de silbar. A partir de su nombramiento no volvió a meterse los dedos en la boca. Para un presidente de una asociación cultural que todos los miércoles por la tarde se sentaba en la cátedra, al lado del profesor de literatura, francamente hubiese quedado mal eso de silbar.

Decíamos que Csonakos lanzó un silbido estridente. Los muchachos se le acercaron y formaron grupo en medio de la calle.

Csonakos se dirigió a Nemecek.

-¿Se lo has dicho a algún otro?

-No, dijo Nemecek.

Los demás preguntaron todos a una

-¿Qué?

En lugar del rubiecito contestó Csonakos.

-¡En el Museo ayer volvieron a hacer una barrida!

-¿Quiénes?

-¿Y quiénes habían de ser? Los dos Pasztor.

Siguió un gran silencio.

Es necesario que expliquemos qué significa la palabra *barrida*. Esta palabra tiene, en la jerga de los colegiales de Budapest, un sentido particular. Cuando un muchacho grande ve que otros más pequeños están jugando por bolitas, por plumas o algarrobas y quiere llevarse todo este material de juego, dice: *barro*. Es tal la importancia de esta palabra que el muchachón que la pronuncia significa con ella que considera todo lo que está en juego como botín de guerra y que empleará la fuerza si no se lo ceden de buen grado. La *barrida* es algo así como una declaración de guerra. Es un anuncio corto, pero contundente, de estado de sitio, una pro-clamación del derecho del más fuerte y de la piratería.

Csele fue quien tomó la palabra primero. Tembloroso, dijo el dulce Csele:

-¿Así que hicieron *barrida*?

-Sí. dijo Nemeček muy serio al ver el efecto que producían sus palabras.

Gereb explotó:

-¡No podemos seguir aguantando estas cosas! Lo he dicho hace mucho. Tenemos que hacer algo, pero Boka nunca nos lo permite. Si los dejamos estar llegarán a pegarnos.

Csonakos se metió los dos dedos en la boca para silbar de alegría. Siempre estaba dispuesto a tomar parte en revoluciones. Pero Boka le hizo bajar las manos.

-No nos aturdas, le dijo, y con un tono más serio se dirigió al rubiecito:

-Dime cómo fue.

-La barrida?

-Sí. ¿Cuándo fue?

-¡Ayer por la tarde!

¿Dónde?

-En el Museo.

Llamaban así al Jardín del Museo.

-Bueno, cuenta cómo pasó, pero tal como fue, porque necesitamos saber la pura verdad si queremos hacer algo...

Nemeček estaba excitadísimo, porque vio que era el centro de un acontecimiento tan importante. Pocas veces le ocurría algo parecido. Siempre era algo así como un cero a la izquierda o como el número 1 en las operaciones de multiplicar o dividir. Ni divisor, ni multiplicador, ni nada. Nadie le hacía caso. Era un muchachito insignificante, flacucho, una criatura débil, muy indicado para pagar culpas ajenas. Empezó a contar y los muchachos juntaron las cabezas.

-Empezó así, dijo. Después de almorzar nos fuimos al Jardín del Museo, Weiss y yo, Richter, Kolnay y Barabas. Primero quisimos ir a la calle Eszterhazy al frontón. para jugar a la pelota, pero la pelota era

de los del colegio Central y no nos la quisieron prestar. Entonces Barabas dijo "Vámonos al Museo a jugar a las bolitas." Entonces nos fuimos al Museo y nos pusimos a jugar con bolitas contra la pared. Jugábamos a tirar una bolita cada uno. El que le pegaba a cualquiera de las que ya estaban en el suelo se ganaba un montón. Tirábamos por turno. Cerca de la pared se habían juntado como quince, y dos eran de vidrio. En eso Richter gritó: "Se acabó. ¡Vienen los Pasztor!" Y sí que eran ellos. Caminaban con las manos en los bolsillos, con la cabeza gacha, y venían tan despacito, tan despacito que a mí se me helaron las piernas de miedo. De balde éramos cinco. Esos dos tienen tanta fuerza que nos pueden a los cinco. Y tampoco hay que contar que éramos cinco, porque cuando las cosas se ponen feas Kolnay echa a correr y Barabas también, y no quedan más que tres. Y a veces yo también escapo y no quedan más que dos. Y aunque los cinco hubiésemos querido salir corriendo de nada valdría, porque los Pasztor son los corredores más veloces de todo el Museo y de qué sirve correr si lo pescan a uno. Y bueno, como les decía, los Pasztor llegaron cada vez más cerca, más cerca y venga mirar las bolitas. Yo le dije a Kolnay "¡Oye, parece que a estos les gustan las bolitas!" Y el más listo de todos fue Weiss porque dijo en seguida "¡Si éstos llegan hasta aquí habrá una barrida!" Pero yo pensé que no nos harían nada. ¿Y por qué habrían de hacernos algo si no les decíamos nada? Y al principio no nos dijeron nada, se pararon y estuvieron mirando el juego. Kolnay me murmuró al oído "¡Oye, Nemecsek, será mejor que paremos!" Yo le dije "Claro, esto quisieras tú porque acabas de tirar y no le diste. ¡Ahora me toca a mí! ¡Si gano paramos!" El que estaba apuntando era Richter, pero ya le temblaba la mano de tanto mirar a los Pasztor y por supuesto no le dió. Los Pasztor no se movían. Se estaban ahí con las manos en los bolsillos. Entonces tiré yo y gané. Había un montón de bolitas. Quise recogerlas ¡eran como treinta! pero uno de los Pasztor saltó, era el más chico. y me gritó "¡Barro!" Cuando me di vuelta Kolnay y Barabas ya se habían escapado, Weiss estaba junto a la pared, más pálido que un muerto, Richter no se había decidido todavía

a echar a correr. Yo quise arreglarlo primero por las buenas. Le dije "Disculpe, pero usted no tiene ningún derecho." Pero con las mismas ya se había venido el otro Pasztor y se puso a recoger las bolitas y a metérselas en el bolsillo. El más chico me agarró por las solapas y me gritó "¿No me has oído que he dicho barro?" ¡Y ya para qué iba a decir yo nada! Weiss se puso a llorar. Kolnay y Kende desde la esquina del Museo miraban lo que ocurría. Los Pasztor juntaron todas las bolitas y sin decir ni una palabra se fueron. Esto fue lo que pasó.

-¡Parece increíble!, dijo Gereb indignado.

-¡Un verdadero asalto de piratas!

Esto lo dijo Csele. Csonakos silbó para hacer ver que olía pólvora en el aire. Boka estaba silencioso y pensaba. Todos lo observaban. Todos tenían curiosidad por saber lo que diría de estas cosas que venían ocurriendo hacía meses ya, y que él nunca quiso tomar en serio. El incidente que acababa de escuchar era tan indignante que lo sacó de sus casillas. Dijo con voz muy lenta:

-Vámonos a comer. Por la tarde nos reuniremos en el solar. Allí hablaremos despacio. Ahora yo también digo: ¡es inaudito!

Estas palabras gustaron a todos. En este momento todos sentían una gran simpatía por Boka. Los chicos lo miraban con cariño, observaban sonrientes su cabecita inteligente, sus ojos negros y chispeantes donde ahora ardía un resplandor de combate. Hubiesen querido abrazarlo porque al fin lo veían indignado.

Se pusieron en camino. En algún lugar de la calle Josef sonaba una campanita alegre, el sol brillaba y todo era hermoso y todo estaba lleno de alegría. Los muchachos esperaban grandes acontecimientos. En todos ardía el ansia de lucha y la curiosidad por saber lo que ocurriría. Porque cuando Boka decía que iba a pasar algo, entonces sí que pasaba.

Se fueron andando por la calle Úlloi. Csonakos se quedó atrás con Nemeček. Cuando Boka se volvió para mirarlos estaban los dos parados junto a la ventana de la fábrica de tabaco. Una capa de polvo amarillento cubría las maderas.

-¡Tabaco!, exclamó alegremente Csonakos, silbó y se metió en la nariz un puñadito de polvo amarillo.

Nemecsek, el monito esmirriado, también recogió un poco de polvo y con la punta de sus deditos flacos se lo acercó a la nariz. Los dos se fueron estornudando por la calle Koztelek llenos de alegría a causa del descubrimiento que acababan de hacer. Los estornudos de Csonakos parecían truenos o cañonazos. Los del rubiecito sonaban como los bufidos de un cobayo enfadado. Bufaban, se reían, corrían y eran tan felices en estos momentos que hasta se olvidaron de la tremenda injusticia que llegó a conmover al silencioso y severo Boka, al punto de hacerle decir que era una cosa inaudita.

CAPÍTULO SEGUNDO

El Solar... Los muchachos alegres y robustos del campo que no necesitan dar más que un paso para alcanzar las llanuras infinitas bajo el azul maravilloso que se llama firmamento, cuyos ojos tienen el hábito de las dilatadas lejanías, de las distancias inconmensurables, que no viven encerrados en casas altísimas, esos muchachos no sabrán nunca lo que significa un solar para los chicos de Budapest. Significa para ellos la llanura, el brezal, la estepa. Ese trocito de tierra cerrado por un lado con una hilera de tablas apolilladas y por el otro con los cubos enormes de las casas vecinas, significa para ellos la infinitud y la libertad. Hoy se levanta en el solar de la calle Paul una casa de cuatro pisos, gris y llena de vecinos. Ninguno de ellos sabe, quizá, que ese trocito de tierra significó la juventud para un montón de muchachos.

El solar estaba vacío, como cumple a un terreno sin edificar. La empalizada se tendía a lo largo de la calle Paul. A su derecha y a su izquierda se erguían casas muy altas y atrás... atrás estaba el atractivo máximo del solar, lo que lo hacía tan interesante y codiciado. Por detrás daba a otro solar ocupado por un aserradero y el suelo estaba cubierto de astillas apiladas en cubos regulares. tan grandes que parecían edificios separados por verdaderas callejuelas. Era como un laberinto. Cincuenta o sesenta callejas se entrecruzaban a través de esos cubos de astillas, silenciosos y oscuros y no siempre era fácil encontrarse en tamaño entrevero. Pero quien se tomase el trabajo de recorrerlo llegaba a un rincón donde se alzaba una casita. Allí estaba la sierra a vapor. Era una casita rara, misteriosa, lúgubre. En verano la cubría completamente una viña que sólo dejaba asomar la pequeña

chimenea negra y esbelta que con la puntualidad de un mecanismo de relojería lanzaba su chorro de vapor limpio y blanquísimo. Al escucharlo desde lejos parecía que entre las pilas de astillas había una locomotora que no conseguía arrancar.

Alrededor de la casita se veían pesadas carretas de madera. Algunas de estas carretas avanzaba para ponerse bajo el alero a veces y entonces se oían tremendos crujidos. Bajo el alero había un ventanuco con una canaleta de madera. En cuanto la carreta se detenía frente al ventanuco empezaban a caer astillas de la canaleta con tanta rapidez que apenas rozaban el suelo del carro. Y cuando la carga de astillas estaba completa el carretero gritaba algo y en seguida dejaba de bufar la pequeña chimenea. Un gran silencio se hacía de pronto en la casita, el carretero chasqueaba los dedos para animar a los caballos y éstos se iban con su carga. Entonces llegaba otro carro vacío y hambriento y la pequeña chimenea negra empezaba otra vez a escupir vapor y las astillas a rodar. Hacía años que esto venía pasando. La sierra de la casita solitaria no cesaba de cortar madera y los carros siempre volvían a traer pilas nuevas al solar. Por eso los cubos seguían siempre iguales y la sierra no paraba de chirriar. Delante de la casita crecían unas moras raquílicas y junto a uno de los árboles se alzaba una cabaña de madera hecha de cualquier modo. Vivía en ella el eslovaco que ejercía las funciones de sereno del aserradero y que vigilaba para que nadie robase o viniese a incendiar.

¿Se podía desear un sitio de juego más hermoso? Nosotros, que éramos chicos de la ciudad no concebíamos nada mejor. No podíamos imaginar que existiese algo más apropiado para jugar a los indios. El solar de la calle Paul era una llanura maravillosa y significaba para nosotros las praderas americanas. El terreno del fondo, el depósito de madera, significaba otra cosa: era ciudad, bosque, montaña rocosa, en una palabra, todo lo que queríamos. Eso sí, no vayáis a creer que ese depósito de madera era una plaza desguarnecida. En la cima de alguna pila había castillos y fortalezas. Boka era quien señalaba los sitios que se debían fortificar. Pero los que construían los fuertes eran

Csonakos y Nemecek. Había fortalezas en cuatro o cinco puntos y cada una tenía su comandante, su capitán, su teniente y su subteniente. Entre todos formaban un ejército. Lástima que la tropa fuese tan escasa. Apenas si los capitanes y tenientes y subtenientes conseguían mandar más que un soldado, uno solo para hacer instrucción y para ser condenado a prisión en fortaleza cuando se desacataba.

Quizá huelgue decir que ese soldado era Nemecek, Nemecek el rubiecito. Los capitanes, tenientes y subtenientes se saludaban sin gran ceremonia cuando se reunían en el solar por la tarde. Apenas si se llevaban la mano a la gorra.

Pero el pobre Nemecek debía cuadrarse a cada instante y saludar muy tieso. Todos los que pasaban cerca de él le gritaban

-¿A ver cómo te tienes? ¡Echa esos hombros para atrás! ¡Saca el pecho, entra la barriga! ¡Firme!

Y Nemecek obedecía de buen grado a todo el mundo. A algunos chicos les gusta que los manden. Pero a la mayoría les gusta mandar. Los hombres son así.

Y por eso era muy natural que todos los muchachos del solar quisiesen ser oficiales y que Nemecek fuese el único soldado.

A las dos y media de la tarde todavía no había nadie en el solar. Delante de la cabaña se veía una manta de caballo y sobre ella el eslovaco dormía como un bendito. El eslovaco siempre dormía de día porque de noche recorría las pilas de astillas o se sentaba en alguna fortaleza y miraba la luna. La sierra zumbaba, la pequeña chimenea escupía nubecitas de vapor blancas como la nieve y las astillas de madera caían en las carretas.

Pocos minutos después de las dos y media chirrió la puerta de la empalizada de la calle Paul y apareció Nemecek. Sacó un gran trozo de pan del bolsillo, miró en torno suyo y al no ver a nadie se puso a morder tranquilamente la ancha rebanada. Pero primero echó el pasador a la puerta con mucho cuidado porque uno de los artículos más importantes del código del solar decía que el primero en llegar

debía cerrar la puerta. La más leve omisión en este asunto se castigaba con prisión en la fortaleza. La disciplina militar era severísima.

Nemecsek se sentó sobre una piedra, se comió el pan y esperó a los otros. Hoy iban a pasar cosas muy interesantes en el solar. El aire estaba lleno de grandes acontecimientos, nadie podía negarlo, y Nemecsek estaba orgulloso en este momento de pertenecer al solar, de formar parte de la famosa asociación de muchachos de la calle Paul. Despachó las últimas migas y empezó a pasearse entre las pilas de astillas para combatir el aburrimiento. Recorrió las callejuelas y en una de esas tropezó con el perrazo negro del eslovaco.

-Héctor, le gritó amistosamente, pero Héctor no demostró el menor deseo de contestar el saludo. Movi6 levemente la cola que en los perros es algo así como cuando nosotros nos tocamos ligeramente el sombrero al pasar presurosos. Y después se fue corriendo y ladró con brío. El rubio Nemecsek lo siguió. Héctor se paró al pie de una pila y le ladró con furia. Era una de las pilas donde los chicos habían levantado una fortaleza. El parapeto era de troncos y en la punta de un palo ondeaba una banderita roja y verde. El perro saltó el parapeto y siguió ladrando sin parar.

-¿Qué pasa?, preguntó el rubiecito al perro porque mantenía relaciones amistosas con el animal. Quizá porque Héctor era, junto con él, el único que no tenía galones en el ejército. Alzó los ojos para mirar la fortaleza. No vio a nadie arriba y sin embargo le pareció que alguien andaba entre los troncos. Se puso a trepar por la pila. A mitad de camino oyó bien claro que estaban moviendo los troncos. Su corazón comenzó a latir apresuradamente y hubiese preferido bajar. Pero cuando miró hacia abajo y vio a Héctor cobró nuevos ánimos.

-No tengas miedo, Nemecsek, se dijo y siguió subiendo con muchas precauciones. En cada escalón se daba nuevo valor repitiéndose "No tengas miedo Nemecsek. no tengas miedo, Nemecsek."

Así llegó hasta lo alto de la pila. Cuando quiso saltar el parapeto se dijo por última vez "No tengas miedo, Nemecek" y del susto, el pie que había levantado se le quedó en el aire. "¡Jesús!", gritó.

Y llevándose todo por delante se largó hacia abajo. Cuando tocó el suelo su corazón latía alocado. Miró la fortificación. Allá arriba, junto a la bandera. con el pie derecho apoyado en el parapeto estaba parado Franz Ats, su enemigo, el jefe de los muchachos del Jardín Botánico. Su camisa roja flotaba al viento y él se reía burlón. Con voz sorda le gritó al muchachito:

-¡No tengas miedo, Nemecek!

Pero en ese instante Nemecek ya no pensaba en tener miedo. sino en correr. El perro negro lo siguió y zigzagueando entre las pilas trataron ambos de ganar terreno a toda velocidad. El viento les trajo la frase burlona de Franz Ats:

-¡No tengas miedo, Nemecek!

Cuando ya en salvo Nemecek miró hacia atrás, no vio la camisa roja de Franz Ats. Pero la bandera también había desaparecido del parapeto. Se había llevado la banderita roja y verde que les hizo la hermana de Csele. Podía haberse ocultado detrás de alguna pila. Pudo también salir por la puerta que estaba junto a la sierra y que daba a la calle Marie. pero quizá estaba escondido en algún sitio con sus amigos los Pasztor.

De sólo pensar que los dos Pasztor estuviesen allí Nemecek sintió un escalofrío. Bien sabía el pobre chico lo que era ponerse a tiro de los Pasztor. A Franz Ats lo veía por primera vez de cerca. El muchacho le había pegado un susto mayúsculo, pero para decirlo con franqueza le gustó. Era un chico moreno, de espaldas anchas y la camisa roja le quedaba muy bien. Le daba un aire marcial. Con esa camisa parecía un "garibaldino". Todos los muchachos del Jardín Botánico llevaban camisas rojas, imitando a Franz Ats.

Sonaron cuatro golpes en la puerta de la empalizada. Nemecek respiró. Esos cuatro golpes eran el santo y seña de los muchachos de la calle Paul. Se precipitó sobre la puerta que tenía echado el cerrojo y

la abrió. Entraron Boka, Csele y Gereb. Nemeček no podía contenerse casi de ganas de participarles la terrible nueva, pero no olvidó que era un soldado raso que estaba frente a sus oficiales. Por eso se cuadró y saludó militarmente.

-¡Salud!, contestaron los recién llegados. ¿Hay novedades?

Nemeček abrió la boca para aspirar un poco de aire y hubiese querido decirlo todo de un tirón:

-¡Espantoso!, exclamó.

-¿Qué?

-¡Horrible! No lo vais a querer creer.

-¿Por qué?

-¡Franz Ats estuvo aquí!

Ahora fueron los otros los que se quedaron atónitos. De golpe se pusieron serios.

-¡No es verdad!-, dijo Gereb.

Nemeček se llevó la mano al corazón.

-¡Por Dios!

-No jures, le impuso Boka y para dar mayor peso a sus palabras, ordenó:

-¡Firme!

Nemeček juntó los talones. Boka le habló entonces.

-Informa detalladamente lo que has visto.

-Cuando me puse a recorrer las callejas, dijo, el perro empezó a ladrar. Lo seguí y me pareció oír ruido en la fortaleza del medio. Entonces subí y arriba estaba Franz Ats con su camisa roja.

-¿Estaba arriba? ¿En la fortaleza?

-¡Sí!, dijo el rubiecito y estuvo a punto de jurar otra vez. Ya había levantado la mano pero la dejó caer ante la severa mirada de Boka.

Agregó

-También se llevó la bandera.

-La bandera, murmuró Csele con los dientes apretados.

-Sí.

Los cuatro se lanzaron al lugar del hecho. Nemecek, modestamente, iba un poco rezagado, un poco porque era soldado raso y otro porque a lo mejor Franz Ats estaba escondido todavía entre las pilas. Se quedaron parados delante de la fortificación. No había dudas, la bandera no estaba. También se habían llevado el palo. Todos estaban excitadísimos y sólo Boka conservaba su sangre fría.

-Dile a tu hermana, habló dirigiéndose a Csele, que mañana nos haga otra bandera.

-A sus órdenes, contestó Csele, pero no tiene más tela verde. Rojo tiene todavía, pero verde no.

Boka dispuso con mucha calma:

-¿Tiene tela blanca?

-Entonces que nos haga una bandera roja y blanca. En adelante nuestra bandera será roja y blanca.

El asunto estaba arreglado.

-Soldado, gritó Gereb a Nemecek.

-¡A sus órdenes!

-Corrija mañana los artículos de nuestro código que se refieren a la bandera que tendrá en adelante los colores rojo y blanco en vez de rojo y verde.

-A sus órdenes, mi teniente.

Gereb miró con aire condescendiente al chiquillo rubio que estaba cuadrado delante de él y le dijo:

-¡Descanse!

Y el rubiecito "descansó". Los muchachos treparon al fuerte y comprobaron que Franz Ats había roto el palo de la bandera. Colgado del clavo con que lo habían asegurado quedaba todavía un trozo.

Oyeron unos gritos que venían del solar.

-¡Aho ho! ¡Aho ho!

Era la consigna. Habían llegado los demás y los estaban buscando. Las voces brotaban estridentes de las gargantas infantiles

-¡Aho ho! ¡Aho ho!

Csele llamó a Nemecek

-¡Soldado!

-¡A sus órdenes!

-Conteste a los que están llamando.

Hizo bocina con la mano y gritó con su delgada vocesita de niño:

-¡Aho ho!

Los que observaban el parapeto bajaron y se encaminaron al solar. En medio del ancho terreno estaban los otros Csonakos, Weiss, Kende, Kolnay y algunos más. En cuanto apareció Boka se cuadraron porque era el comandante.

-¡Salud!, dijo Boka.

Kolnay dio un paso adelante.

-Hago saber respetuosamente, dijo, que cuando llegamos la puerta no tenía echado el cerrojo. De acuerdo con el reglamento siempre debe tenerlo.

Boka lanzó una severa mirada a todo su séquito. Los demás miraron a Nemecek. Nemecek ya se había llevado la mano al pecho y estaba por jurar que él no había dejado la puerta abierta, cuando el capitán dijo:

-¿Quién entró último?

Se hizo un gran silencio. Nadie había entrado último. Todos estuvieron callados un momento. De pronto se iluminó la cara de Nemecek porque Kolnay dijo:

-El capitán fue el último que entró.

-¿Yo?, preguntó Boka.

-Sí, mi capitán.

Pensó un instante.

-Tienes razón, dijo muy serio. Me olvidé de cerrar la puerta. Teniente, ponga mi nombre en el libro negro.

Se había dirigido a Gereb. Gereb sacó del bolsillo una libretita de tapas negras y apuntó con grandes letras "Johann Boka." Y para no olvidar la causa escribió al lado "puerta". Esto gustó a los chicos. Boka era un tipo derecho. Este autocastigo era un ejemplo de virilidad tan maravilloso que superaba todo lo que aprendían en la clase de

latín, y eso que en la clase de latín vaya si se hablaba de caracteres romanos. Pero Boka era un ser humano. También Boka tenía sus debilidades. Es verdad que se hizo apuntar en el libro negro, pero se dirigió a Kolnay que había informado lo de la puerta abierta y le dijo:

-No está bien que siempre vengas con cuentos. Teniente, apunte a Kolnay por chimoso.

El teniente volvió a sacar su terrible libreta negra e inscribió a Kolnay. Pero Nemeček que se había quedado bien atrás, bailaba de alegría. Por una vez no le tocaba a él. Hay que aclarar que en la famosa libreta casi no había más nombres que el de Nemeček. Siempre lo estaban apuntando, siempre, y por mil cosas. El tribunal que se reunía todos los sábados no lo juzgaba más que a él. Qué remedio, era el único soldado raso.

Siguió una importante deliberación. En pocos instantes todos se enteraron de la noticia de que Franz Ats, el cabecilla de los camisas rojas había osado venir al solar, que había trepado al fuerte llevándose la bandera. Todos estaban horrorizados. Rodearon a Nemeček que completaba su relato con detalles cada vez más emocionantes.

-¿Y te dijo algo? ¡Claro! saltó Nemeček.

-Me gritó una cosa.

-¿Qué te gritó?

-Gritó "¿No te da miedo, Nemeček?"

Aquí se atragantó un poco el chiquillo rubio porque sabía que no era fiel a la verdad. Precisamente estaba diciendo todo lo contrario de lo que había pasado. Por su versión parecía que se había mostrado extraordinariamente arrojado, tanto que hasta el mismo Franz Ats se asombró y le dijo "¿No tienes miedo, Nemeček?"

-¿Y de verdad no tuviste miedo?

-Ni pizca. Me quedé quieto bien cerquita del fuerte. El bajó por un costado y desapareció. Se fue corriendo.

Gereb lo interrumpió

-Eso no es verdad. Franz Ats nunca se ha escapado de nadie.

Boka miró a Gereb.

-¡Hola, hola, cómo lo defiendes!, dijo.

-Digo solamente, continuó Gereb en tono más manso, que no es probable que Franz Ats se haya asustado de Nemeček.

Todos se pusieron a reír. A nadie le parecía probable semejante cosa. Nemeček se estaba allí, en medio del grupo y se encogió de hombros. Entonces se acercó Boka:

-¡Muchachos, tenemos que hacer algo! Hoy estamos convocados para elegir un presidente. Vamos a elegir un presidente, pero con poder ilimitado, al que obedeceremos ciegamente. Es posible que de este incidente surja una guerra y hace falta que quien nos mande pueda dar órdenes de mucha importancia, como pasa en las guerras de verdad. Soldado Nemeček, un paso al frente. ¡Firme! Cuente cuántos somos y corte tantos papelitos como muchachos haya y que cada uno ponga el nombre de su candidato. Los papeles se echarán en una gorra y el que tenga más votos será elegido presidente.

-¡Viva!. exclamaron todos a una.

Csonakos se metió los dedos en la boca y silbó como una trilladora. Arrancaron hojas de los cuadernos y Weiss sacó su lápiz. Dos se pusieron a discutir sobre cuál sería la gorra elegida para hacer de urna. Kolnay y Barabas que no se llevaban bien estuvieron a punto de irse a las manos para dirimir el pleito. Kolnay dijo que la gorra de Barabas no servía porque estaba muy grasienta. Kende sostenía que la gorra de Kolnay tenía más grasa todavía. Para resolverlo propusieron inmediatamente una prueba de grasitud. Con un cortaplumas rascaron la tira de cuero de dentro. Pero el tiempo corría y para acabar de una vez, teniendo en cuenta el bien general, Csele puso a disposición de la asamblea su hermosa gorrita negra.

Pero en lugar de distribuir los papeles, aprovechando que por un instante había acaparado el interés de todos, Nemeček se adelantó llevando apretadas en su manecita sucia las tiras de papel. Se cuadró y dijo con voz temblorosa:

-Disculpe, mi capitán, pero no me parece bien que yo sea el único soldado raso... Desde que hemos fundado nuestra asociación todos han

llegado a oficiales menos yo. que sigo de soldado. A mí todos me mandan... yo tengo que hacerlo todo... y...

Pero la emoción pudo más que él y su carita se cubrió de gruesas lágrimas.

Csele observó con mucha compostura

-Tenemos que expulsarlo. Está llorando.

Una voz desde atrás agregó

-Está aullando.

Todos se rieron. Esto colmó la amargura de Nemecek. Al pobrecito le dolía el corazón y dejó que sus lágrimas rodaran libremente. Suspiró y dijo:

-Miren... miren en... en... el libro negro... miren si no estoy yo... siempre... yo... yo solo... yo soy el perro...

Boka dijo con voz calmada

-Si no paras de llorar inmediatamente no vuelves por aquí. No queremos jugar con semejante gallina.

Lo de "gallina" tuvo un efecto inmediato. El pobrecito Nemecek se dio un susto tremendo y dejó de llorar. Pero el capitán le puso la mano en el hombro.

-Si te portas bien y te distingues, puedes llegar a oficial en mayo. Por ahora sigues siendo soldado raso.

Los otros aprobaron porque si nombraban oficial a Nemecek esta misma tarde toda la diversión perdía su encanto. Además, ¿a quién le darían órdenes? Inmediatamente sonó la voz tajante de Gereb

-Soldado, sáquele punta al lápiz.

Nemecek tomó el lápiz de Weiss que había perdido la punta de tanto chocar con las bolitas en el bolsillo de su dueño. Con los ojos llorosos y la cara llena de lágrimas, en posición de firme, Nemecek se puso a afilar el lápiz. Todavía estaba lleno de suspiros por el llanto reciente y entre hipo y suspiro, golpe tras golpe, volcaba toda la pena y toda la amargura de su pobre corazón en ese lápiz "Hardtmuth N° 2".

-Ya está la pun...ta, mi capitán.

Se lo entregó y suspiró hondo. Con ese suspiro renunciaba momentáneamente a sus pretensiones.

Repartieron los papelitos. Los muchachos se separaron y cada uno se fue por su lado, porque se trataba de un acontecimiento importantísimo. Después, el soldado juntó los papeles y los echó en la gorra de Csele. Al pasar con la gorra de Csele, Barabas empujó a Kolnay y le dijo

-Esa también esta grasienta.

Kolnay miró la gorra y los dos pensaron que no había por qué avergonzarse. Si hasta la gorra de Csele tenía grasa...

Boka leyó los papeles y se los entregó a Gereb que estaba a su lado. Había catorce. Los fue leyendo Johann Boka, Johann Boka, Johann Boka, después dijo Desider Gereb. Los chicos se miraron. Sabían que era el voto de Boka. Después siguieron muchos Boka, otro Gereb y un Gereb más al final. Boka obtuvo once votos y Gereb tres. Gereb sonrió un poco incómodo. Por primera vez aparecía abiertamente como rival de Boka en la asociación. Se alegró de los tres votos. Pero a Boka le dolieron esos dos votos. Pensó un momento quiénes podían ser los dos votantes que no estaban de acuerdo con él y después se dio por satisfecho.

-Bueno, entonces me han elegido presidente.

Se oyeron muchos "viva" y Csonakos silbó otra vez. Nemecek tenía aún los ojos llenos de lágrimas, pero gritó "viva" con gran entusiasmo. Quería mucho a Boka.

El presidente alzó la mano para pedir silencio. Quería hablar.

-Os estoy agradecido. compañeros, entraremos en acción en seguida. Creo que todos nos damos cuenta de que los camisas rojas nos quieren robar el solar. Los Pasztor les quitaron ayer las bolitas a alguno de los nuestros, hoy vino Franz Ats aquí y se llevó la bandera. Tarde o temprano caerán por estos lugares para echarnos. Pero nosotros hemos de defender nuestro solar.

Csonakos bramó

-¡Viva el solar!

Y las gorras volaron por los aires. Todos gritaban a voz en cuello, con entusiasmo frenético

-¡Viva el solar!

Miraron enternecidos ese terreno tan grande y tan hermoso, las pilas de leña que acariciaba un brillante sol de primavera. Se veía que los chicos amaban ese trocito de tierra y que estaban dispuestos a luchar por él si hacía falta. Lo que sentían por el solar era algo parecido al amor por la patria. Gritaban "viva el solar" como hubiesen gritado "viva la patria". Sus ojos brillaban y el corazón se les desbordaba.

Boka siguió:

-¡Pero antes de que ellos vengan aquí iremos nosotros al Jardín Botánico!

En cualquier otro momento los muchachos hubiesen vacilado ante un plan de semejante envergadura. Ahora estaban poseídos de entusiasmo y gritaron llenos de coraje:

-¡Iremos al Jardín Botánico!

Y como todos gritaban, también gritó Nemeček:

"¡Iremos al Jardín Botánico!" Seguro que al pobrecito le tocaría también trotar en la retaguardia, llevando los abrigos de los señores oficiales. De las pilas de leña llegó una voz enronquecida por el vino. También esa voz gritó "¡Iremos al Jardín Botánico!" Los muchachos miraron. El eslovaco estaba allí gruñendo con la pipa en la boca. Junto a él estaba Héctor. Los muchachos se rieron. El eslovaco los imitó. Echó su gorra por el aire y rugió:

-¡A que vamos!

Los asuntos oficiales quedaban resueltos así. Decidieron jugar a la pelota. Alguien gritó con voz altiva:

-¡Soldado, vaya al depósito y tráigase la pelota y las paletas!

Nemeček corrió al depósito que estaba bajo una pila. Se metió gateando y sacó la pelota y las paletas. Junto a la pila estaba el eslovaco, y al lado del eslovaco Kende y Kolnay. Kende tenía en la mano la gorra del eslovaco y Kolnay probaba con el cortaplumas la

cantidad de grasa que tenía. Decididamente la gorra del eslovaco era la más grasienta.

Boka se acercó a Gereb:

-Tú también has tenido tres votos, le dijo.

-Sí, contestó Gereb y lo miró fijamente en los ojos.

CAPÍTULO TERCERO

Al día siguiente por la tarde, cuando terminó la clase de estenografía, estaba listo el plan de combate. La clase acabó a las cinco y en la calle estaban encendidos los faroles. A la salida de la escuela, Boka les dijo a los chicos:

-Antes de pasar al ataque debemos demostrarles que somos tan valientes como ellos. Voy a elegir dos compañeros decididos y me iré con ellos al Jardín Botánico. Llegaremos hasta la isla y clavaremos este papel rojo que tiene escrito todo con mayúsculas lo siguiente: ¡AQUÍ HAN ESTADO LOS CHICOS DE LA CALLE PAUL!

Los otros miraron el papel con respeto. Csonakos a quien no le tocaba ir a clase de estenografía, pero que vino por curiosidad, observó:

-Hay que poner también una palabrota bien fuerte.

Boka negó con un movimiento de cabeza.

-Eso no. Tampoco haremos como Franz Ats que se llevó nuestra bandera. Sólo queremos demostrarles que no les tenemos miedo y que nos atrevemos a ir a sus dominios, al campo mismo donde realizan sus reuniones y donde tienen escondidas sus armas. Este papel rojo es nuestra tarjeta de visita y se la dejaremos.

Csele tomó la palabra:

-Me han dicho que a esta hora suelen estar en la isla, jugando a policías y ladrones.

-No importa, Franz Ats también vino a una hora en que era fácil que nos encontrase. El que tenga miedo que no venga.

Pero nadie tenía miedo. Hasta Nemeček parecía muy animoso. Era evidente que quería hacer méritos para ganar los galones. Se adelantó con aire resuelto:

-¡Yo te acompaño!

Cerca del colegio no estaba obligado a cuadrarse ni a saludar porque la disciplina militar sólo regía en el solar. Aquí todos eran iguales. Csonakos también se adelantó:

-¡Yo voy también!

-Pero promete que no vas a silbar.

-Prometido. Pero ahora... déjame dar un silbido, el último.

-¡Bueno, silba!

Y Csonakos silbó tan alto, con tales bríos, que la gente se volvió para mirarlo.

-Por hoy he silbado bastante, dijo muy alegre.

Boka se dirigió a Csele.

-¿Vienes?

-Qué le voy a hacer, dijo Csele con cara triste. No puedo ir porque tengo que estar en casa a las cinco y media. Mi madre sabe muy bien a qué hora termina la clase de estenografía y si llego tarde a casa no volverán a dejarme salir.

Se asustó terriblemente ante este pensamiento. Todo se acabaría. ¡Adiós solar, adiós su grado de teniente!

-Entonces quédate. Me llevo a Csonakos y a Nemeček. Mañana por la mañana en la escuela os contaremos todo lo que ha pasado.

Se dieron la mano. A Boka se le ocurrió de pronto una cosa:

-¿Verdad que Gereb no estuvo hoy en la clase de estenografía?:

-No, no estuvo.

-¿Estará enfermo?

-Qué va a estar enfermo. A las doce nos fuimos juntos a casa y no tenía nada.

La conducta de Gereb empezó a no gustarle a Boka.

Se le estaba volviendo muy sospechoso. ¡Ayer lo había mirado en los ojos de una manera tan rara y significativa cuando se separaron! Se veía que Gereb se estaba dando cuenta de que mientras Boka estuviese en el grupo, él no podría prosperar. Tenía celos de Boka. Se creía más audaz, de más agallas; el modo suave e inteligente de Boka no le caía bien. Se juzgaba a sí mismo mucho más apto y decidido.

-Vaya uno a saber, dijo, y se puso en camino con los dos chicos. Csonakos iba muy serio a su lado, pero Nemeček estaba muy excitado, en plena bienaventuranza porque al fin podía intervenir en una aventura interesante con un grupo muy reducido. Estaba tan contento que Boka le regañó:

-Un poco más de seriedad, Nemeček, ¿o te imaginas que vamos a una diversión? La empresa es más peligrosa de lo que crees. Ponte a pensar nada más que en los dos Pasztor.

Al escuchar este nombre se le pasó el entusiasmo al rubiecito. Franz Ats también era un muchacho temible, decían que lo habían expulsado del colegio Central. Era un chico fuerte, increíblemente audaz. Pero en sus ojos brillaba un destello de bondad y de simpatía que no se encontraba en los ojos de los Pasztor. Estos andaban siempre con la cabeza gacha, tenían una mirada dura y cortante, estaban muy tostados por el sol y nadie los había visto nunca reír. Los Pasztor sí que daban miedo. Y los tres chicos marchaban por la interminable calle Üllöi. Ya estaba todo oscuro porque la noche caía muy pronto, Los faroles estaban encendidos y lo desusado de la hora daba una gran emoción a los muchachos. Generalmente fugaban por la tarde, después de almorzar. No estaban acostumbrados a andar por la calle después de oscurecido. A estas horas solían estar en su casa estudiando. Los tres marchaban sin cambiar una palabra; un cuarto de hora más tarde llegaron al Jardín Botánico. Detrás de la pared que lo cercaba asomaban los grandes árboles que comenzaban a poblarse de hojas y les tendían sus ramas amenazadoras. El viento silbaba entre el follaje tierno y cuando se vieron frente al inmenso Jardín Botánico con su gran puerta cerrada, llena de misterio y sus rumores tan raros, les latió el corazón más de prisa. Nemeček quiso llamar a la puerta.

-Estás loco, le gritó Boka. ¡Para que se enteren de que estamos aquí! Para que nos salgan al encuentro... ¿Y te figuras que nos van a abrir la puerta?

-¿Y cómo entramos?

Boka miró la pared midiéndola con los ojos.

. ¿Saltamos la pared?

-Sí.

-¿Aquí, por la calle Ülloi?

-No, vamos a dar la vuelta. Por detrás la pared es más baja.

Se dirigieron a una callecita oscura donde la pared desaparecía para dejar lugar a una empalizada. La costearon y buscaron un sitio apropiado para trepar. En un lugar donde no llegaba la luz del farol se detuvieron. Del otro lado del cerco, casi pegado a él había una inmensa acacia.

Si trepamos por aquí nos será fácil soltarnos por la acacia. Además, desde el árbol podemos ver muy lejos y saber si andan cerca.

Los otros dos asintieron. Se pusieron inmediatamente a la obra. Csonakos se agachó apoyándose con las manos en la empalizada. Boka saltó sobre sus hombros y miró al jardín. Reinaba un silencio total, nada se movía. Cuando Boka hubo comprobado que no había nadie en las inmediaciones hizo una señal con la mano. Nemecek le murmuró a Csonakos:

-Levántalo.

Y Csonakos alzó al presidente por encima del cerco. Cuando el presidente se apoyó, empezaron a crujir las maderas.

-Salta, le susurró Csonakos.

Se oyó otro crujido y después una caída sorda. Boka estaba en el jardín. Al caer dio sobre un mullido lecho de yerbas. Le siguió Nemecek y después Csonakos. Csonakos fue el primero en trepar a la acacia. En eso de trepar era muy ducho porque se había criado en el campo. Los otros dos preguntaron desde abajo:

-¿Ves algo?

Desde el árbol les llegó la respuesta en una voz amortiguada

-Veo muy poco, porque está oscuro.

-¿Ves la isla?

-Sí.

-¿Hay alguien?

Csonakos se inclinó con precaución entre las ramas y miró primero a la derecha y luego a la izquierda en dirección al arroyo.

-En la isla no se ve a nadie a causa de los árboles y de las matas... pero en el puente...

No dijo más y trepó a una rama más alta. Desde allí continuó

-Ahora veo clarito. En el puente hay dos bultos.

Boka dijo despacio:

-Están ahí. Los del puente son los centinelas.

Se oyó un crujido de ramas. Csonakos bajó del árbol. Los tres estaban callados pensando en lo que harían. Se agacharon bajo un arbusto para no ser vistos y comenzaron a discutir en voz muy bajita.

-Lo mejor será, dijo Boka, que tratemos de llegar a las ruinas del castillo arrastrándonos entre las matas. Sabéis... están a la derecha de la colina.

Los otros dos asintieron mudos para hacer ver que sabían donde era.

-Si nos agachamos bien podemos llegar hasta las ruinas pasando entre los arbustos. Cuando estemos allí uno de nosotros subirá a la colina para vigilar. Si no hay nadie nos echamos boca abajo y bajamos gateando por la colina que está al pie del estanque. Al llegar nos esconderemos entre los juncos para ver qué es lo que hacemos.

Dos pares de ojos centelleantes observaban a Boka. Para Nemeček y para Csonakos sus palabras eran sagradas como las sentencias de la Biblia. Boka preguntó:

-¿Estáis de acuerdo?

-¡Sí!, asintieron los dos.

-Entonces, ¡adelante! No os preocupéis y seguidme. Yo conozco muy bien todo esto.

Se puso a andar a cuatro patas entre los arbustos. Pero en cuanto sus acompañantes se echaron al suelo, se oyó a lo lejos un silbido agudo y larguísimo.

-¡Nos han visto!, dijo Nemeček y se enderezó de un salto.

-¡Echate al suelo! Aplástate bien, ordenó Boka y los tres se tendieron en la yerba. Conteniendo el aliento esperaban lo que iba a suceder... ¿Los habrían visto?

Pero no vino nadie. El viento movía el follaje. Boka murmuró

-No es nada.

Un silbido agudo atravesó nuevamente el aire. Nemeček se apoyó en un arbusto y dijo temblando

-Habría que observar desde el árbol.

-Tienes razón. ¡Csonakos, trepa al árbol!

No había acabado de decirlo cuando ya Csonakos trepaba como un gato por la enorme acacia.

-¿Qué ves?

-En el puente se mueven algunos... ahora son cuatro... dos han vuelto a la isla.

-Entonces no pasa nada, dijo Boka tranquilizado. Baja. El silbido marcaba el relevo de la guardia del puente.

Csonakos bajó del árbol y los cuatro comenzaron a gatear para llegar hasta la colina. Reinaba un silencio profundo en el misterioso Jardín Botánico. Los visitantes abandonaban el paseo al toque de campana y nadie podía quedarse entre la fronda. Nadie, sino la gente de avería o los que traían planes de combate como las tres figuritas que marchaban al amparo de los arbustos.

Tomaban tan en serio su empresa que no pronunciaban palabra. Para hablar con sinceridad, sentían un poco de miedo. Hacía falta mucha audacia para atreverse a asaltar la fortaleza bien provista de armas que los camisas rojas tenían en la isla, en medio del estanque y cuyo único puente estaba guarnecido por centinelas. "A lo mejor son los Pasztor", se dijo Nemeček y recordó las bolitas de mil colores y las dos que eran de vidrio. Todavía se indignaba al pensar que en el preciso instante en que las ganó vino la espantosa "barrida".

-¡Ay!, gritó Nemeček.

Los otros dos se detuvieron asustados.

-¿Qué pasa?

Nemecsek estaba de rodillas chupándose un dedo.

-¿Qué tienes?

Sin sacarse el dedo de la boca contestó:

-¡Toqué ortigas con la mano!

-Sigue chupándote el dedo, hijo, sigue chupando, le aconsejó Csonakos. Pero lo que es él se ató la mano con un pañuelo, por las dudas.

Gateando y arrastrándose llegaron a la colina. En la falda de la colina, como ya lo sabemos, se alzaban las ruinas de un castillo. No eran ruinas de verdad sino una de esas construcciones que simulan un castillo derruido como se ven tantas en los jardines, con las paredes todas cubiertas de musgo.

-Aquí están las ruinas, explicó Boka. Ahora debemos tener cuidado porque me han dicho que los camisas rojas suelen llegar hasta este paraje en sus expediciones.

Csonakos tomó la palabra:

-¿Qué castillo es este? En la clase de historia nunca nos han dicho que hubiese un castillo en el Jardín Botánico...

-Son ruinas. Ya las construyeron así.

Nemecsek se puso a reír:

-Cuando la gente se pone a construir bien podía hacer un castillo nuevo y no en ruinas... Dentro de cien años estaría en ruinas...

-¡Qué buen humor tienes!, le advirtió Boka, en cuanto los Pasztor se te pongan por delante se te pasarán las ganas de hacer bromas.

La cara del pequeño Nemecsek se contrajo al instante. Era un chico que se olvidaba en seguida de la gravedad de la situación. Había que recordárselo a cada momento. Empezaron a trepar la colina aferrándose a las piedras de las ruinas, ocultos entre los arbustos de saúco. Csonakos iba adelante. De pronto se detuvo y sin enderezarse, siempre en cuatro patas, alzó la mano. Después miró para atrás y dijo asustado:

-Aquí anda alguien.

Se echaron al suelo. La yerba muy alta los cubría totalmente. Entre las matas no se veía más que sus ojos fulgurantes. Escucharon.

-Pega la oreja a la tierra, Csonakos, ordenó Boka en voz baja. Los indios siempre escuchan así. Es la mejor manera de saber si alguno se acerca.

Csonakos obedeció. Se estiró bien en el suelo y apoyó la oreja en un trozo libre de vegetación. Casi en el mismo instante se enderezó

-¡Vienen!, murmuró asustado.

Ya no hacía falta el método de los indios para darse cuenta de que alguien se movía entre la fronda. Y ese alguien misterioso de quien no se sabía aún si era un animal o un hombre, venía en dirección a ellos. Los chicos se encogieron y metieron la cabeza en la yerba, Nemecek gimió muy despacio:

-Yo quisiera irme a casa.

Csonakos no perdía su buen humor. Dijo:

-Bueno, hijo mío, lo mejor será que te aplastes bien en el suelo.

Pero como Nemecek no parecía dispuesto a seguir el sabio consejo, Boka alzó la cabeza, lo midió con una mirada fulminante y con voz que era apenas un susurro para no delatarse, ordenó:

-¡Soldado Nemecek, eche cuerpo a tierra!

Imposible desoír la voz de mando. Nemecek se echó al suelo. El alguien misterioso seguía haciendo crujir los arbustos, pero parecía haber cambiado de dirección y no aproximarse a ellos. Boka se enderezó y miró a su alrededor. Vio una silueta oscura que costeaba la colina explorando las matas con un bastón.

-Ya se ha ido, dijo a los dos chicos que seguían tendidos en el suelo. Era el guardián.

-¿El centinela de los camisas rojas?

-No, el guardián del Botánico.

Respiraron. A los mayores no les temían. El viejo inválido con su gran verruga en la nariz no podía con ellos. Se pusieron a trepar nuevamente por la falda de la colina. Pero el guardián parecía haber oído algo porque volvió a detenerse para escuchar.

-Nos han descubierto, murmuró Nemeček. Los dos chicos miraron a Boka esperando órdenes.

-¡Metámonos en las ruinas!, dijo Boka.

Los tres se dejaron rodar por la pendiente que habían escalado con tantas precauciones. Las ruinas tenían ventanitas ojivales. Comprobaron muy asustados que la primera ventana tenía rejas. Se deslizaron hasta la segunda que resultó tener rejas también. Por fin encontraron un boquete lo suficientemente ancho como para darles paso. Se escondieron en un rincón oscuro y contuvieron el aliento. Vieron pasar al guardián frente a las ventanas. Después lo vieron alejarse por el jardín en dirección a la calle Üllöi; vivía allí.

-Gracias a Dios, exclamó Csonakos, gracias a Dios que ya ha pasado este peligro.

Entonces se pusieron a mirar a su alrededor. El aire era tan denso y húmedo como el de un verdadero subterráneo de castillo. Empezaron a andar a tientas y de pronto Boka se detuvo. Había chocado con alguna cosa. Se agachó y recogió algo del suelo. Los otros dos se le acercaron, y a la luz mortecina del crepúsculo reconocieron un *tomahawk*. Era una especie de hacha como esas que acostumbran a usar los indios en sus combates, según reza en las novelas de aventuras. El *tomahawk* estaba hecho de madera y forrado con papel plateado. En la oscuridad relucía con un brillo amenazador.

-¡Es de ellos!, dijo Nemeček lleno de respeto.

-Así es, observó Boka, y de seguro no será el único. Lo más probable es que encontremos algunos más.

Se pusieron a buscar y en un rincón encontraron otros siete. El descubrimiento permitía deducir que los camisas rojas que estaban en el Botánico eran ocho. Aquello debía ser su depósito de armas secreto. Lo primero que se le ocurrió a Csonakos fue que debían llevarse las ocho piezas como botín de guerra.

-No, dijo Boka, ni pensarlo. Sería un robo vulgar.

Csonakos se avergonzó.

-Ahora, punto en boca, compañero, se atrevió a decir Nemecek. Pero Boka lo apartó con un suave empujón y se le acabaron las bravatas.

-¡No perdamos tiempo! Salgamos de aquí y subamos a la colina. No quiero que se hayan ido cuando lleguemos.

Lo arrojado de la proposición del jefe les infundió nuevos ánimos para la empresa. Diseminaron las hachas por el suelo para que se diesen cuenta de que alguien había andado con ellas. Después salieron por el boquete y se pusieron a trepar con gran brío para llegar cuanto antes arriba. Desde esa altura se veía muy lejos. Se quedaron un momento quietos para observar. Boka sacó un paquetito de su bolsillo. Le quitó el papel de diario en que estaba envuelto y aparecieron unos gemelos de teatro pequeñitos, incrustados en nácar.

-Son los gemelos de la hermana de Csele, dijo y empezó a mirar con ellos. Pero ya no hacía falta ningún aumento para ver la isla. Alrededor de la islita se extendía el estanque reluciente, lleno de plantas acuáticas, con sus orillas cubiertas de juncos y cañas. Entre el follaje y los arbustos de la isla se veía vacilar un punto luminoso. Al verlo los tres chicos se pusieron serios.

-Están allí, dijo Csonakos con voz sorda.

A Nemecek le gustó la linterna:

-También tienen una linterna.

El punto de luz iba y venía; a veces desaparecía en un matorral, a veces brillaba en la orilla. Era como si alguien anduviese con la linterna.

-Me parece, dijo Boka que no separaba ni un instante los gemelos de sus ojos, me parece que están haciendo preparativos. O quizá estén realizando una asamblea nocturna... o... de repente se calló.

-Dios santo, dijo Boka que seguía mirando con sus gemelos, el muchacho que lleva la linterna...

-¿Qué? ¿Quién es?

-Me parece una cara tan conocida... no es...

Subió un poco más alto para ver mejor, pero el resplandor de la linterna ya se había ocultado detrás de unos arbustos. Boka apartó los gemelos.

-Ha desaparecido, dijo despacio.

-¿Pero, quién era?

-No lo puedo decir. No lo he visto muy bien y precisamente cuando quise mirarlo mejor se me perdió de vista. Mientras no sepa con toda seguridad de quien se trata no quiero echar sospechas sobre nadie...

-¿Te parece que es uno de los nuestros?

El presidente contestó con tristeza

-Me parece que sí.

-¡Pero sería una traición!, gritó Csonakos olvidando que debían guardar silencio.

-¡Cállate! Cuando lleguemos hasta allí nos enteraremos de todo. Entretanto hay que tener paciencia.

Ahora los aguijoneaba también la curiosidad. Boka no quiso decir a quien le recordaba la figura del que llevaba la linterna. Empezaron a hacer conjeturas pero el presidente les prohibió que siguieran barajando nombres para no hacer nacer sospechas infundadas. Bajaron corriendo la colina muy excitados y comenzaron a caminar nuevamente a cuatro patas. Ya ni se daban cuenta cuando se clavaban una espina o se metían en las ortigas o chocaban con piedras de canto. Tenían prisa y se arrastraban silenciosos. aproximándose cada vez más a la orilla del estanque misterioso.

Por fin llegaron. Aquí podían incorporarse porque las cañas y los arbustos eran tan altos que los tapaban por completo. Boka impartió sus órdenes con gran serenidad

-Por aquí debe de haber un bote. Nemecek y yo costearemos por la derecha para buscarlo. Tú, Csonakos. irás por la izquierda. Quien encuentre primero el bote esperará a los demás.

Se separaron sin pronunciar palabra. Apenas habían andado unos pasos cuando Boka descubrió el bote entre las cañas.

-Esperemos, dijo.

Esperaron a Csonakos que estaba dando la vuelta al estanque y que debía aparecer por el otro lado. Se sentaron en la orilla y miraron un momento el cielo estrellado. Después tendieron el oído por si lograban escuchar algún rumor de la isla. Nemeček quiso hacer méritos.

-¿Qué te parece, dijo, si pegara la oreja a la tierra?

-Deja tu oreja en paz, le contestó Boka. A la orilla de un río no sirve de nada este método. Pero si nos agacháramos muy cerca del agua oíríamos mejor. He observado que los pescadores del Danubio hablan de orilla a orilla, pegando casi la boca a la superficie del agua. De noche el agua conduce muy bien el sonido.

Se inclinaron siguiendo el consejo de Boka, pero no pudieron recoger ninguna palabra. De la isleta venían murmullos, ruidos apagados, pero nada más. En esto estaban cuando llegó Csonakos muy desalentado

-No se encuentra ningún bote.

-No te aflijas, compañero, lo consoló Nemeček, ya lo tenemos.

Se fueron hacia el bote.

-¿Nos metemos dentro?

-No, aquí no, dijo Boka. Primero traeremos el bote hasta la orilla que está del otro lado del puente, cosa de no encontrarnos junto al puente si llegan a vernos. Remaremos hasta un lugar que esté muy alejado del puente para que tengan que hacer un gran trayecto si se resuelven a perseguirnos.

Este alarde de prudente inteligencia gustó a los otros dos. La idea de que su jefe era un muchacho que sabía operar con tanta habilidad los llenó de confianza. El jefe preguntó:

-¿Alguno de vosotros tiene una sogá?

Csonakos tenía una. En los bolsillos de Csonakos había de todo. Imposible concebir bazar mejor surtido que los bolsillos de Csonakos. Tenía en ellos un cortaplumas, cuerdas, bolitas, un picaporte, clavos, llaves, trapos, una libreta, un destornillador y sabe Dios cuántas cosas más. Sacó la sogá y Boka la ató a la argolla que había en la proa del bote. Con grandes precauciones empezaron a tirar de la embarcación a

lo largo de la orilla para llevarla a la ribera que estaba del otro lado del puente. Mientras lo hacían, no perdían de vista la isla. Cuando llegaron al lugar donde habían resuelto embarcarse volvieron a oír un silbido. Pero ahora ya no se asustaron más. Sabían que el silbido anunciaba el relevo de la guardia del puente. Además habían perdido el miedo porque estaban poseídos por el fuego de la lucha. Lo mismo les pasa a los soldados en la guerra de verdad. Mientras no ven al enemigo se asustan por cualquier cosa, pero en cuanto la primera bala les pasa silbando junto a la oreja, cobran ánimos, entran en una especie de embriaguez y se olvidan que corren hacia la muerte.

Los chicos se instalaron en el bote. Boka entró el primero. Le siguió Csonakos. Nemeček seguía chapoteando indeciso en el barro de la orilla.

-Ven, ven, pequeño mío, lo animó a Nemeček.

-Ya voy, ya voy, mi grandote, dijo Nemeček; pero en el mismo momento resbaló y con el susto se agarró a una caña muy delgada y fue a dar al agua. Se hundió hasta el cuello en el estanque, pero no se atrevió a gritar. No tardó en hacer pie. Tenía un aspecto tremendamente cómico con sus ropas chorreando agua y su mano aferrada todavía a una caña no más gruesa que un lápiz.

Csonakos no pudo aguantar la risa y explotó:

-¿Tragaste mucho, hijo?

-No he tragado nada, dijo el rubiecito y se metió, todo sucio en el bote. Estaba todavía muy pálido del susto.

-Ni soñaba que iba a tomar hoy un baño, dijo con voz blanda.

Pero no podían perder tiempo, Boka y Csonakos empuñaron los remos y se separaron de la costa. La pesada embarcación se hundió en el agua casi hasta los bordes y rizó la superficie en derredor del tranquilo estanque. Los remos se movían sin ruido y el silencio era tan profundo que se oía claramente el castañeteo de los dientes del pequeño Nemeček acurrucado en la proa. Un instante después llegó el bote a la isla. Los chicos saltaron ágilmente y se ocultaron detrás de unos arbustos.

-Bueno, ya está el viaje hecho, dijo Boka y se puso a gatear con mucho cuidado. Los otros dos lo siguieron,

-Alto, dijo el presidente volviéndose. No debemos dejar el bote solo. Si lo ven no podremos escapar de la isla. Quédate en el bote, Csonakos. Y si alguien lo descubre métete los dedos en la boca y silba con toda tu alma para advertirnos, entonces volveremos corriendo y nos apartaremos de la costa.

Csonakos se instaló en el bote y se alegró para sus adentros al pensar que quizá le tocase silbar como sólo él sabía hacerlo...

Boka se fue con el rubiecito. Cuando las matas eran lo bastante altas se enderezaban y corrían. Junto a un arbusto muy alto se quedaron quietos. Apartaron un poco el follaje, miraron al interior de la isla donde había un pequeño claro y descubrieron la temible banda de los camisas rojas. El corazón de Nemecek Corría una carrera. Se apretó contra Boka.

-No tengas miedo, le susurró el presidente,

En medio del claro había una gran piedra y sobre la piedra descansaba la linterna. Alrededor de la linterna, sentados en cuclillas estaban los camisas rojas. Y era verdad que todos llevaban camisas rojas. Junto a Franz Ats se veía a los dos Pasztor y al lado del menor de los Pasztor, uno que no llevaba camisa roja... Boka sintió que Nemecek, que estaba pegado a su flanco, se ponía a temblar.

-Oye... dijo, y no pudo agregar nada más que: tu ...

Después agregó con voz más baja todavía:

-¿Lo ves?

-Lo veo, contestó Boka turbado.

Sentado entre los camisas rojas estaba Gereb. Boka no se había engañado cuando creyó reconocerlo desde la colina. Era Gereb el que andaba con la linterna. Ahora observaban la tropa de los camisas rojas con atención casi dolorosa. La linterna iluminaba las caras tostadas de los Pasztor y las de sus compañeros con un resplandor extraño. Todos estaban callados escuchando a Gereb. Parecía estar exponiendo algo que interesaba sobremanera a los demás porque estaban pendientes de

él y le oían con gran atención. En el infinito silencio de la noche llegaron hasta los oídos de los dos chicos de la calle Paul las palabras de Gereb. Decía:

-Se puede entrar al solar por dos lados... Se puede pasar por la calle Paul, pero os resultará algo difícil porque un artículo de nuestro código estipula que el que llega último debe cerrar la puerta con cerrojo. La otra entrada es por la calle Marie. Allí está el portón del aserradero siempre abierto y se llega al solar por entre las pilas de leña. Lo malo es que en las callejuelas que pasan entre las pilas hay fortificaciones...

-Ya lo sé, le interrumpió Franz Ats con una voz profunda que hizo estremecerse a los muchachos de la calle Paul.

-Claro que lo tienes que saber puesto que has estado allí, continuó Gereb. En los fuertes hay centinelas que dan la voz de alerta en cuanto alguien se acerca por las pilas. Tampoco os recomiendo entrar por ahí...

A lo que parecía, se trataba de que los camisas rojas asaltasen el solar...

Gereb siguió hablando:

-Lo mejor será que me aviséis cuando penséis ir. Entonces yo llegaré el último y dejaré la puerta abierta. No la cerraré con cerrojo.

-Está bien, aprobó Franz Ats, así está bien. Por nada del mundo querría apoderarme del solar aprovechando la ausencia de tus compañeros. Queremos pelear como en una verdadera guerra. Si ellos saben defender su solar, mala suerte para nosotros, pero si no lo saben defender lo conquistaremos e izaremos allí nuestra bandera roja. No lo hacemos por buscar pendencia, ya sabéis que...

Uno de los Pasztor tomó la palabra

-Lo hacemos para tener un terreno de juego. Aquí no se puede jugar y en la calle Eszterhazy siempre hay que andar peleando para conseguir sitio... Nos hace falta un terreno de juego y basta.

Decidieron pues hacer la guerra, exactamente por los mismos motivos que se invocan para una guerra auténtica. Los rusos necesita-

ban un mar y por eso combaten con los japoneses. Los camisas rojas necesitan un terreno para jugar a la pelota y como no pueden conseguirlo de otro modo quieren conquistarlo con una guerra.

-Quedamos así, entonces, dijo Franz Ats, el jefe de los camisas rojas. Tú nos dejas abierta la puerta que da a la calle Paul, tal como lo has prometido.

-Sí, dijo Gereb.

De pura congoja le dolía el corazón al pequeño Nemecek. Estaba allí, con sus pobres ropas mojadas y miraba con ojos muy abiertos a los camisas rojas en cuclillas alrededor de su linterna y al traidor que estaba con ellos. Tanto le dolía el corazón que cuando salió el sí de la boca de Gereb, ese sí que significaba que Gereb estaba dispuesto a vender el solar, se puso a llorar desconsoladamente. Pasó su brazo por los hombros de Boka y entre sollozos ahogados repitió varias veces:

-Señor presidente... señor presidente... señor presidente...

Boka lo apartó con suavidad:

-Con llorar no ganaremos nada.

Pero a él también se le cerraba la garganta. Lo que Gereb estaba haciendo era infame.

De repente, a una señal de Franz Ats se levantaron los camisas rojas.

-Es hora de irnos, dijo el jefe. ¿Tenéis todas vuestras armas ?

-Sí, fue la respuesta unánime y levantaron del suelo sus lanzas que llevaban una banderita roja en la punta.

-Adelante, ordenó Franz Ats, al matorral, poner las armas en el pabellón. Todos se pusieron en marcha con Franz Ats al frente, para dirigirse al centro de la isla. Gereb iba detrás. No quedó nadie en el pequeño claro. Allí estaba la piedra y sobre la piedra la linterna encendida. Se oyeron los pasos cada vez más lejanos. La banda se internaba en la maleza para esconder las lanzas .

Boka dio unos pasos.

-Ahora. le susurró a Nemeček y metió la mano en el bolsillo. Sacó el papel rojo que ya tenía clavada una chinche. Después separó las ramas de los arbustos y se dirigió al rubiecito:

-Espérame aquí. ¡No te muevas!

Saltó en seguida al claro donde hacía un momento estaban sentados los camisas rojas. Nemeček contenía el aliento al mirarlo. Boka llegó de un brinco al árbol enorme cuya copa cubría casi toda la isla y en un abrir y cerrar de ojos clavó el papel en su tronco. Después se precipitó a la linterna, levantó uno de sus vidrios y sopló. La vela se apagó y al instante Boka desapareció de los ojos de Nemeček. Pero antes de que tuviese tiempo de hacerse a la oscuridad estaba Boka a su lado y lo tomaba del brazo:

-¡Sígueme a toda velocidad!

Los dos echaron a correr por la orilla de la isla en dirección al bote. En cuanto Csonakos los vio, saltó en la embarcación y apoyó el remo en la costa para poder partir inmediatamente. Los dos muchachos saltaron al bote.

-¡Volando!, jadeó Boka.

Csonakos maniobró con el remo para desatascar el bote, pero no lo consiguió. Al atracar lo había hecho con tal ímpetu que la barca se enterró a medias en la orilla. Uno de ellos debió bajar para levantar la proa. Pero ya llegaban voces de la isla. Los camisas rojas regresaron del arsenal y encontraron la linterna apagada. Primero creyeron que el viento la había soplado. pero cuando Franz Ats la miró de cerca vio que el vidrio estaba corrido.

-¡Aquí estuvo alguien!. gritó tan alto con su voz sonora que los muchachos que estaban luchando con el bote le oyeron perfectamente.

Los camisas rojas encendieron la linterna y en seguida vieron el papel rojo que estaba clavado en el árbol "Aquí estuvieron los chicos de la calle Paul." Los camisas rojas se miraron. Franz Ats exclamó:

-¡Si estuvieron aquí, todavía deben de estar!

Silbó. Los centinelas del puente llegaron corriendo y declararon que nadie había pasado por el puente.

-Seguro que han venido con el bote, dijo el menor de los Pasztor.

Los tres chicos que seguían luchando con el bote oyeron aterrados la orden contundente que se refería a ellos:

-¡A perseguirlos!

En ese preciso instante consiguió Csonakos hacer zafar la embarcación y pudo saltar en ella. Inmediatamente empuñaron los remos y remarón con todas sus fuerzas para alejarse de la orilla. Franz Ats impartía sus órdenes con voz estridente

-¡Wendauer, trepa al árbol y observa! ¡Los dos Pasztor al puente, a recorrer la costa por la derecha y por la izquierda!

Ahora estaban cercados. Antes de que pudiesen hacer algunos metros por el estanque los alcanzarían los Pasztor cuya velocidad era bien conocida. Imposible escapar: si conseguían salvarse de los Pasztor, el centinela que estaba en el árbol los vería. Desde el bote vieron correr por la orilla de la isla a Franz Ats, linterna en mano. Después oyeron ruido de carreras. Eran los Pasztor que pasaban por el puente de madera de la isla...

Antes de que el centinela se hubiese acomodado en la copa del árbol volvieron ellos a la costa.

-El bote acaba de llegar a la orilla, gritó una voz desde el árbol.

La voz sonora del comandante respondió en seguida:

-¡Todos a perseguirlos!

Los tres chicos de la calle Paul corrían con todas sus fuerzas.

-No deben darnos caza, dijo Boka sin dejar de correr. ¡Son más que nosotros!

Volaban por los senderos y por los sembrados. Boka adelante y pegados a él los otros dos. Llegaron al invernadero.

-¡Al invernadero!, jadeó Boka. Por suerte estaba abierto. Se metieron dentro y se escondieron detrás de unos cipreses. Fuera reinaba un gran silencio. Los perseguidores parecían haber perdido el rastro. Los tres muchachitos respiraron un poco. Se atrevieron a echar una mirada en torno, a contemplar el extraño edificio cuyo techo y paredes de cristal dejaban pasar la luz mortecina del anochecer de la

gran ciudad. Esa inmensa casa de cristal era un sitio interesante. Estaban en el ala izquierda al que seguía el cuerpo central y después el ala derecha. En todas partes se erguían árboles de hojas muy anchas, de troncos gruesos, plantados en grandes tinajones verdes. En recipientes de madera crecían helechos y mimosas. Bajo la cúpula del cuerpo central tendían sus hojas las palmeras de abanico y a sus pies crecía una verdadera selva de plantas exóticas. En medio del bosque había una fuente llena de peces dorados y junto a la fuente un banco. Alrededor se alzaban magnolios, laureles, naranjos y helechos gigantes. Toda una vegetación olorosa que casi llegaba a marear y que cargaba el aire de pesados perfumes. Las paredes y el techo del inmenso recinto caldeado a vapor, rezumaban agua. Se oía caer las gotas sobre las anchas hojas carnosas y el ruido de las palmeras cuando se movían sus verdes abanicos hacía creer a los chicos que un animal misterioso y exótico andaba por la pequeña selva húmeda y sofocante, entre los grandes tinajones pintados. Se sintieron más seguros y empezaron a buscar la manera de salir de allí.

-Con tal de que no nos encierren en el invernadero, murmuró Nemeček que estaba sentado al pie de una palmera, completamente agotado. El calor le hacía bien porque el agua le había empapado hasta los huesos.

Boka lo tranquilizó:

-Si no lo han cerrado hasta ahora es que ya no lo cerrarán hoy.

Estaban sentados con el oído atento al menor rumor. Pero no llegaba ninguno. A nadie se le ocurrió buscarlos allí. Entonces se levantaron y comenzaron a dar vueltas entre los estantes cargados de plantas, de hierbas olorosas y de grandes flores. Csonakos se llevó por delante unas macetas y trastabilló. Nemeček quiso mostrarse servicial.

-Un momento. dijo, voy a dar luz.

Y antes de que Boka pudiera impedirselo sacó una cerilla de su bolsillo y la encendió. La cerilla ardió, pero se apagó en seguida porque Boka la hizo caer de un manotón.

-¡Idiota!, gritó furioso. ¿Te has olvidado que estamos en un invernadero? Las paredes son de cristal... Seguro que ahora han visto la luz.

Se detuvieron para escuchar. Boka tenía razón. Los camisas rojas vieron la luz que iluminó un segundo todo el invernadero. Un momento después se oyó el crujido de sus pasos sobre el pedregullo. Llegaron precisamente por la puerta del ala izquierda. Sonaron las voces de mando de Franz Ats:

-¡Los Pasztor a la puerta chica de la derecha!, gritó. ¡Szebenics a la del medio y yo aquí!

En un abrir y cerrar de ojos se escondieron los muchachos de la calle Paul. Csonakos se metió debajo de un estante. A Nemecek, como ya estaba mojado lo mandaron meterse en la fuente de los peces dorados. El rubiecito se hundió en el agua hasta el mentón, y ocultó la cabeza bajo un nenúfar. A Boka le quedó el tiempo justo de colocarse detrás de la puerta abierta.

Franz Ats, linterna en mano, irrumpió con su comitiva. La luz de la linterna caía sobre la puerta de vidrio iluminando el rostro de Franz Ats y Boka pudo contemplarlo perfectamente sin que el otro lo viese a él. El jefe de los muchachos de la calle Paul observó al comandante de los camisas rojas, al que sólo había visto de cerca una vez en el jardín del Museo. Franz Ats era un chico hermoso y en sus ojos brillaba ahora la fiebre de la lucha. Pero pronto desapareció. Revisó las salidas en compañía de sus amigos y en el ala derecha miraron también debajo de los estantes. A nadie se le ocurrió asomarse a la fuente. Csonakos se salvó gracias a que cuando se dirigían hacia su lado, el muchacho a quien Franz Ats había llamado Szebenics, dijo:

-Debe hacer rato que han escapado por la puerta de la derecha...

Y como corrió para allá, los demás le siguieron. Un ruido de tinajas volcadas, de carreras, de gritos, llenó el invernadero. Se alejaron por fin y volvió a reinar el silencio. Csonakos fue el primero en salir de su escondite.

-Chicos, dijo una voz dolorida, a mí se me cayó una maceta en la cabeza. Estoy lleno de tierra...

Y se puso a escupir la arena que le había entrado en la boca y en la nariz. El segundo en presentarse fue Nemecek, que parecía una especie de monstruo marino. El pobre chico chorreaba agua y empezó a quejarse como de costumbre con acento lloroso:

-Por lo visto yo me voy a pasar la vida en el agua. ¿Soy una rana acaso?

Se sacudió como un perrito mojado.

-Déjate de aullar le aconsejó Boka, ten valor que ahora viene lo más difícil.

Nemecek suspiró:

-¡Las ganas que tengo de estar en casa!

Después pensó en el recibimiento que le esperaba cuando lo vieran en su casa con la ropa mojada. Y rectificó:

-¡Tantas ganas de estar en casa que digamos no tengo!

Corrieron de nuevo en dirección a la acacia que les había servido para entrar al jardín. En pocos minutos llegaron. Csonakos trepó al árbol y cuando pensaba saltar miró para atrás y exclamó asustado:

-¡Allá vienen!

-¡Todos al árbol!, ordenó Boka.

Csonakos volvió a trepar y ayudó a sus dos compañeros a alcanzar las ramas más altas. Hubiese sido terrible que los pescaran justamente cuando estaban tan cerca de la salvación. La gavilla de los camisas rojas llegó con gran alboroto. Los chicos estaban arriba, acurrucados como tres enormes pájaros silenciosos escondidos en la fronda.

El mismo Szebenics que ya había despistado a sus amigos en el invernadero, volvió a tomar la palabra:

-¡Los he visto saltar el cerco!

Este Szebenics era, de seguro, el más tonto de los camisas rojas. Porque casi siempre el más tonto es el que hace más ruido, por eso Szebenics no dejaba de hablar. Los camisas rojas, excelentes deportistas, saltaron en un abrir y cerrar de ojos el cerco. Franz Ats

fue el último, y antes de encaramarse apagó la linterna. Para lanzarse trepó a la misma acacia que abrigaba a los tres pájaros. El pobre Nemeček seguía chorreando agua y a Franz le cayeron algunas gotas gruesas en el cuello.

-Está lloviendo, dijo el muchacho, se pasó la mano por el cuello y saltó a la calle.

-Allá van, gritó alguien cerca de una esquina y todos se pusieron a correr. El que había gritado era, naturalmente, Szebenics, acertando, como de costumbre. Boka afirmó:

-Al Szebenics ese le debemos el tener las costillas sanas. De no ser por él nos hubieran echado el guante hace rato...

Al fin se sentían a salvo de los camisas rojas. Todavía los vieron correr detrás de dos chicos que iban muy tranquilos por una calleja vecina. Los dos chicos se asustaron y se pusieron a correr. Con un griterío de todos los demonios los camisas rojas trataron de alcanzarlos. Poco a poco se apagó el bullicio allá lejos, en la calle Josef...

Boka y los suyos saltaron el cerco y cuando se vieron de nuevo en la acera respiraron hondo. Se cruzaron con una vieja y algunos otros transeúntes. Estaban cansados y hambrientos. En el asilo de huérfanos, cuyas ventanas iluminadas brillaban en la noche, muy cerca del jardín, sonaba la campana de la cena.

Nemeček tiritó.

-Caminemos más de prisa, dijo.

-Un momento, le contestó Boka, toma el tranvía para ir a tu casa. Ten, yo te doy el dinero.

Metió la mano en el bolsillo, pero dejó la mano dentro. El presidente no tenía más que cinco centavos. En su bolsillo no había más que una moneda de cinco y el lindo tintero del que goteaba mansamente la tinta azul. Sacó la moneda manchada de tinta y se la dio a Nemeček

-Es todo lo que tengo.

Csonakos poseía tres centavos. En una caja de píldoras guardaba el rubiecito una monedita de dos centavos que era su mascota. Con todo

ese dinero reunido subió al tranvía. Boka se quedó parado. Lo de Gereb seguía atormentándolo. Se estaba allí, triste y silencioso. Pero Csonakos todavía no estaba enterado de la traición y no podía estarse quieto de alegría.

-Mira, chico, dijo, y cuando su jefe volvió la cabeza metió los dos dedos en la boca y lanzó un silbido tan estridente que rompía los oídos. Después, muy contento, miró a su alrededor.

-Este silbido me lo estuve guardando toda la tarde, dijo encantado, ¡pero ahora tenía que salir!

Tomó a Boka del brazo y los dos se fueron trotando por la calle Üllöi, cansados de tantos acontecimientos, camino de su casa.

CAPÍTULO CUARTO

El reloj de la clase volvió a dar la una y los chicos recogieron sus cosas. El señor Racz cerró su libro y se levantó. El bueno de Csengey, el primero de la primera fila, siempre servicial, corrió y le ayudó a ponerse el abrigo. Los muchachos de la calle Paul se miraban desde sus asientos y esperaban las disposiciones de Boka. Sabía que la asamblea estaba convocada para las tres de la tarde en el solar y que los tres guerrilleros informarían sobre su aventura del Jardín Botánico. Todos sabían ya que la expedición había tenido éxito y que el presidente de los chicos de la calle Paul respondió con un desafío audaz a la visita de los camisas rojas. Pero tenían curiosidad por conocer los detalles de la aventura y de los peligros que sus compañeros tuvieron que salvar. Ni con tenazas se le podía arrancar una palabra a Boka. Csonakos hablaba por los codos y (Dios le perdone) exageraba de lo lindo. Llegó a contar que había visto fieras sueltas en las ruinas del Jardín Botánico... que Nemeček estuvo a punto de ahogarse en la fuente, que los camisas rojas estaban sentados alrededor de una hoguera gigantesca... Pero con todo, no decía lo esencial. Además era imposible oírle hasta el fin porque aturdía a los que le escuchaban con sus constantes silbidos. Remataba todos sus párrafos con uno de esos silbidos atronadores.

Nemeček se sentía tan importante que andaba lleno de misterios. Cuando alguien lo interrogaba respondía:

-No puedo decir nada.

O si no:

-Preguntarle al señor presidente.

Los demás envidiaban a Nemeček, que a pesar de ser soldado raso, pudo intervenir en una aventura tan maravillosa. Los tenientes y los sub-tenientes se daban cuenta de que habían perdido autoridad

frente a su subordinado y hasta no faltó quien sostuviese que el rubiecito había ganado con creces sus galones de oficial. De ser así no quedaría más tropa que Héctor, el perro del eslovaco.

Antes de que el profesor abandonase el aula, Boka levantó dos dedos para que los muchachos supiesen que la asamblea se realizaría a las dos de la tarde. Los que no pertenecían al grupo de la calle Paul rabiaban de envidia al ver que éstos saludaban a Boka para hacerle saber que habían interpretado la orden.

Pero cuando iban a salir ocurrió algo.

El señor Racz se detuvo:

-Esperad, dijo.

Se hizo un gran silencio.

El profesor sacó del bolsillo del abrigo un papel. Se puso los anteojos y leyó los nombres siguientes:

-¡Weiss!

-Presente, dijo Weiss muy asustado.

El profesor continuó:

-¡Richter! ¡Csele! ¡Kolnay! ¡Barabas! ¡Leszik! ¡Nemecsek!

Todos fueron contestando por turno, ¡presente!

El señor Racz se guardó el papel en el bolsillo y dijo:

-No podéis iros todavía. Venid conmigo a la sala de profesores.

Tengo que hablar con vosotros.

Sin aclarar más su extraña invitación abandonó la clase.

El aire se llenó de murmullos y de zumbidos.

-¿Para qué nos llamará? ¿Por qué tenemos que quedarnos? ¿Qué irá a decirnos?

Los muchachos nombrados por el profesor se lanzaban estas preguntas los unos a los otros, y como todos pertenecían al grupo de la calle Paul, rodearon a Boka.

-No sé qué es lo que pasa, dijo el presidente. Ir que yo os esperaré en el pasillo.

Después se dirigió a los demás:

-Nos encontraremos a las tres en lugar de las dos por motivos de fuerza mayor.

El ancho pasillo de la escuela no tardó en llenarse. De todas las aulas salían los estudiantes en tropel; en el pasillo iluminado por grandes ventanas, tan silencioso hacia un instante, se oían ruidos de pasos presurosos, de voces, de preguntas y respuestas lanzadas al vuelo. Todos estaban apurados.

-¿Vosotros os tenéis que quedar?, preguntó un muchacho al grupo silencioso que esperaba frente a la sala de profesores.

-No, dijo orgullosamente Weiss.

El chico se fue corriendo. Lo miraron con envidia. Ese se iba a su casa...

Pocos instantes después se abrió la puerta de la sala de profesores y tras los cristales esmerilados apareció la silueta alta y flaca del señor Racz.

-Pasad, dijo, y él se adelantó.

La sala estaba vacía. Los chicos se detuvieron junto a la gran mesa verde. Ninguno chistaba. El último cerró la puerta respetuosamente. El profesor se sentó delante de la mesa y miró en derredor:

-¿Estáis todos aquí?

-Sí señor.

Del patio llegaba la alegre algarabía de los que se iban a su casa. El profesor mandó cerrar la ventana y de pronto la vasta habitación se llenó de un silencio amenazador. El señor Racz interrumpió esa quietud de tumba:

-Me han dicho que vosotros habéis fundado una asociación. Me han hablado de un *Club de la Masilla*. Me han dicho también quiénes lo forman. Vosotros sois miembros del club. ¿Es verdad?

Nadie contestó. Todos bajaron la cabeza. Se estaban allí, muy apretados. sin decir palabra, conscientes de que la acusación era fundada. El profesor continuó:

-Vayamos por partes. Ante todo quiero saber quién ha fundado el club contraviniendo mis órdenes de una manera flagrante, pues sabéis

de sobra que no tolero ninguna clase de asociaciones. ¿Quién lo ha fundado?

Silencio. Una voz temblorosa pronunció:

-Fue Weiss.

El profesor miró a Weiss con ojos severos:

-Weiss, ¿no podías decirlo tú?

Apenas se oyó la respuesta:

-Sí señor, puedo.

-¿Entonces por qué no lo has hecho?

El pobre Weiss no contestó. El profesor prendió un cigarro, lanzó una bocanada de humo y siguió hablando.

-Bueno, vayamos por orden. Ante todo, dime qué es la masilla.

En vez de responder, Weiss sacó del bolsillo un gran trozo de masilla de vidrio y lo puso sobre la mesa; Lo estuvo mirando un largo rato y después dijo en voz muy baja, apenas perceptible:

-Esto es la masilla.

-¿Y qué es esto?, preguntó el profesor.

-Es una especie de pasta que usan los vidrieros para asegurar los vidrios. El vidriero lo pone y se puede quitar después con las uñas.

-¿Todo esto lo has rascado con las uñas?

-No, señor, esto es del Club de la Masilla.

El profesor abrió tamaños ojos.

-¿Qué es esto?, preguntó.

-Toda esta masilla la han juntado los asociados, dijo, y el comité me encargó que la custodiara. Antes, la guardaba Kolnay porque era el tesorero. pero se le secaba porque no la masticaba.

-¿Pero hay que masticarla?

Sí señor, porque sino se endurece y ya no se puede amasar. Yo la mastico todo los días.

-¿Por qué te toca masticarla a ti?

-Los estatutos del Club de la Masilla dicen que el presidente del club está obligado a masticar la masilla por lo menos una vez al día,

para que no se endurezca... y no bien lo hubo dicho, Weiss se echó a llorar. Sollozando, agregó:

-Y ahora yo soy el presidente...

Todos estaban muy serios.

¿Cómo habéis conseguido este trozo tan grande?

Nadie contestó. El profesor miró a Kolnay.

-Kolnay, ¿de dónde lo habéis sacado?

Kolnay respondió muy apurado, como quien quiere mejorar su situación a fuerza de sinceridad:

-Hace un mes de esto, señor. Yo lo mastiqué una semana, pero entonces era más chico. Weiss trajo el primer pedazo, y con este motivo fundamos el club. Viajó en coche con su padre y lo sacó de la ventanilla. Traía las uñas llenas de sangre. Después se rompió una ventana de la sala de música. Yo vine y esperé toda la tarde a que llegara el vidriero que llegó a las cinco. Le pedí que me diese un pedacito de masilla, pero no me podía contestar porque tenía la trompa llena de masilla.

El profesor frunció severamente el ceño:

-¿Qué manera de hablar es esa? ¡Las personas no tienen trompa!

-Quise decir que tenía la boca llena. Me acerqué y le pedí que me dejase ver como arreglaba la ventana. Cuando se fue, rasqué toda la masilla del marco y me la llevé. Pero no la robé para mí, sino para el club... para el clu... clu... club... También él rompió a llorar.

-No llores, dijo el señor Racz.

Weiss se tiraba del forro de la chaqueta y en medio de su confusión se le ocurrió decir:

-Este siempre anda lloriqueando...

Pero los sollozos de Kolnay hubiesen ablandado a una piedra:

-No aúlles así.

Y él también se puso a aullar. Tantas lágrimas conmovieron el corazón del profesor. Lanzó dos o tres vigorosas bocanadas de humo. En ese momento se adelantó Csele, el elegante Csele. Se plantó

altivamente ante el señor Racz y resolvió portarse como un romano, igual que Boka en el solar. Dijo con tono firme:

-Permítame, señor, yo también traje masilla al club.

-¿De dónde la sacaste?

-De casa, dijo Csele, el baño del canario perdía y mamá lo mandó arreglar. Entonces yo aproveché que la masilla estaba fresca y la saqué toda con la uña. Cuando el pajarito empezó a bañarse el agua mojó la alfombra. ¿Pero qué necesidad tienen los pájaros de bañarse? ¡Los gorriones no se bañan nunca y siempre están sucios igual!

El profesor se incorporó ligeramente y dijo con aire amenazador

-Estás de muy buen humor, Csele. Ya haremos que se te pase. ¡Kolnay, continúa!

Kolnay hizo mucho ruido con la nariz y al fin se sonó con fuerza:

-¿Qué tengo que continuar?

-¿De dónde sacasteis el resto de la masilla?

Csele acaba de decirlo... y una vez en el club me dio cincuenta centavos para conseguir masilla.

Esto sí que no le gustó al señor Racz.

-¿Quiere decir que habéis comprado masilla?

-No, dijo Kolnay, pero mi padre es médico y por las mañanas va a visitar a los enfermos en coche. Una vez me llevó y yo saqué la masilla de los cristales y era de la buena, blandita, lindísima. Después el club me dio cincuenta centavos para que tomase un coche. Yo lo tomé y me fui hasta la colonia de empleados y saqué la masilla de las cuatro ventanillas. Volví a casa a pie.

El profesor recordó:

¿Fue cuando te encontré cerca del Ludoviceum?

-Sí señor.

-Te hablé y no me contestaste.

Kolnay agachó la cabeza y dijo muy triste:

-Es que tenía la boca llena de masilla.

Y se puso a llorar a mares otra vez. Weiss volvió a ponerse nervioso, a tironear el forro de su chaqueta y de puro incómodo no sabía decir más que:

-Este siempre está lloriqueando...

Y él también empezó a gemir. El profesor se levantó y comenzó a andar por la habitación. Meneó la cabeza:

-Vaya un club bonito. ¿Y quién era el presidente? Ante esta pregunta cesaron como por ensalmo las lágrimas de Weiss. Olvidó su pena y dijo con orgullo:

-Yo, señor.

-¿Y el tesorero?

-Kolnay.

-Entrégame el dinero de la caja.

-Ahora mismo se lo doy.

Kolnay metió la mano en el bolsillo. Sus bolsillos estaban tan bien provistos como los de Csonakos. Buscó un rato y fue poniendo las cosas en fila, sobre la mesa. Primero sacó tres billetes de un peso y cuarenta y tres centavos. Después, dos estampillas de cinco, una tarjeta postal, dos estampillas de papel sellado de cincuenta centavos, ocho plumas y una bolita de vidrio. El profesor contó el dinero y su cara se ensombreció:

-De dónde habéis sacado el dinero?

-De las cotizaciones. Hay que pagar diez centavos por semana.

-¿Para qué necesitáis el dinero?

-¡La cotización es cosa indispensable en una asociación! Weiss renunció a su sueldo de presidente.

-¿De cuánto es el sueldo?

-De treinta centavos por semana. Yo traje las estampillas, Barabas trajo la tarjeta postal y Richter nos dio las estampillas de papel sellado. Su padre le... sabe. su padre le...

El profesor le interrumpió.

-¿Las has robado? ¿Es verdad, Richter?

Richter se adelantó y bajó los ojos.

-¿Las has robado?

Richter asintió sin hablar. El profesor meneó la cabeza.

-¡Qué corrupción! ¿De qué se ocupa tu padre?

-Mi padre es el doctor Ernst Richter, abogado. Pero el club devolvió la estampilla.

-¿Cómo?

-Porque yo le robé la estampilla a papá y me dio miedo. Entonces el club me dio cincuenta centavos para comprar otra. Yo la compré y fui a ponerla en la mesa de trabajo de papá, pero me pescó, no cuando la robé sino cuando estaba devolviéndola. ¡No quiero decir la bronca que se armó!...

Ante la severa mirada del profesor depuró su manera de hablar:

-Me castigó por el hecho y me dio unas bofetadas porque devolvía la estampilla. Después me preguntó dónde la había robado. Yo no quise decir nada y volvió a pegarme, entonces le aseguré que me la había dado Kolnay. Pero tampoco pude arreglarlo porque me dijo:

"Devuélvesela inmediatamente a Kolnay que seguramente la ha robado en alguna parte", y yo se la devolví a Kolnay y por eso tiene dos estampillas.

Esto agudizó la curiosidad del profesor:

-¿Y para qué comprar otra estampilla? ¡Con devolver la que tenáis, todo quedaba resuelto!

-Imposible, contestó Kolnay en lugar de Richter, ya le habíamos puesto al dorso el sello del club.

-¿Qué dices? ¿También tenéis un sello? ¿Dónde está ese sello?

-Lo tiene Barabas. Es el guardasellos.

Le había llegado el turno a Barabas. Se adelantó. Lanzó una mirada asesina a Kolnay con quien siempre andaba a palos. Se acordó de la historia de la gorra, aquel día en el solar... Pero no tuvo más remedio que sacar el sello de goma y ponerlo en la mesa junto con la almohadilla encerrada en un estuche de lata. El profesor observó el sello y leyó la inscripción: *Club de los Juntamasilla, Budapest 1889*. El señor Racz reprimió una sonrisa y siguió meneando la cabeza. Esto

dio nuevos ánimos a Barabas. Estiró la mano y quiso recuperar el sello. El profesor se lo impidió.

-¿Qué quieres ?

-Perdone, dijo Barabas muy serio, pero he jurado no entregar a nadie este sello y defenderlo hasta la muerte.

El profesor se metió el sello en el bolsillo.

-¡Calma!, dijo.

Pero Barabas ya no podía contenerse.

-Perdone, volvió a decir, pero si me quita a mí el sello tiene que quitarle también la bandera a Csele.

-¿Con que también una bandera? ¡Venga esa bandera! exclamó el profesor dirigiéndose a Csele. El chico puso la mano en el bolsillo y sacó una banderita montada sobre un alambre. Era obra de su hermana, igual que la del solar. La hermana de Csele era quien solía encargarse de todas las labores de costura. Pero esta bandera era roja, blanca y verde y llevaba la siguiente leyenda:

Todos a una juramos
que nunca seremos esclavos.

-Hum, dijo el señor Racz, ¿quién es el sabio que ha escrito *esclavo* con b? ¿Quién lo escribió?

Silencio profundo. El profesor volvió a hacer la pregunta en voz más alta ¿Quién lo ha escrito?

Csele tuvo una idea. ¿Por qué había de acusar a sus compañeros? Ese esclavo con b lo había escrito Barabas, pero era mejor salvarlo del castigo. Por eso dijo muy compungido:

-Perdone, señor, lo escribió mi hermana.

Y tragó saliva. No estaba bien calumniar a una hermana pero se trataba de salvar a un compañero...

El profesor no contestó. Los chicos se pusieron a hablar entre ellos.

-Me parece que lo que ha hecho Barabas es una porquería. Ha traicionado la bandera. dijo Kolnay.

Barabas se excusó:

-¡Siempre la tienen conmigo! Si no tenemos sello se acabó el club.

-¡Calma! aconsejó el señor Racz. Voy a ayudarlos.

El club queda disuelto en el acto y que no vuelva a llegar a mis oídos otra historia parecida. Todos tendréis una mala nota en conducta y a Weiss, por ser el presidente, le pondré un cero.

-Disculpe, señor, dijo modestamente Weiss, hoy es el último día de mi presidencia. ¡Precisamente hoy habíamos convocado a asamblea general para proponer otro candidato para este mes!

-Pensábamos nombrar a Kolnay, dijo Barabas con sonrisa socarrona.

-No me interesa, contestó el profesor. Mañana todos os quedaréis hasta las dos. ¡Ahora podéis iros!

Dios sea loado, exclamó el grupo y los chicos empezaron a dispersarse.

Weiss aprovechó la confusión para apoderarse de la masilla. Pero el profesor se dio cuenta.

-¿Quieres dejar eso donde está?

Weiss puso una cara humilde:

-¿No nos devuelve la masilla?

-No. El que tenga algún pedazo todavía que lo entregue inmediatamente porque si me entero de que habéis guardado algo, tomaré medidas severísimas.

Al oír estas palabras Leszik, que había estado mudo como un pez se acercó a la mesa. Sacó un pedazo de masilla de la boca y con el corazón angustiado y la mano pringosa lo pegó al trozo magnífico que pertenecía al club.

-¿No tienes más?

En vez de contestar, Leszik abrió la boca. Mostró que no le quedaba nada. El profesor tomó el sombrero.

-¡Ay de vosotros si me entero de que habéis fundado otro club! ¡Podéis iros!

Los chicos se escabulleron en silencio. Sólo uno de ellos dijo:

-¡Dios sea loado!, era Leszik, que cuando los demás se acordaron de Dios tenía la boca llena.

El señor Racz se alejó, dejando disuelto el glorioso Club de la Masilla. Los muchachos se miraron con los ojos tristes. Kolnay le contó a Boka los detalles de la entrevista. Boka respiró.

Me asusté, dijo, porque temí que alguien hubiese delatado nuestra asociación...

En eso Nemecek se acercó al grupo y murmuró:

-Mirad... mientras él os hablaba... como yo estaba cerca de la ventana... era una ventana nueva y...

Mostró un trozo de masilla fresca que había rascado de los vidrios. Los demás lo miraron con desconfianza. Los ojos de Weiss brillaron:

-Amigos, mientras quede un pedacito de masilla queda en pie nuestro club. Todos a la asamblea general esta tarde en el solar.

-¡Todos al solar! ¡Todos al solar!, gritaron también los otros.

Y se fueron corriendo. La ancha escalera se llenó de risas, de carreras y el grito de guerra de los muchachos de la calle Paul, el estridente ¡Haho ho! ¡Haho ho!, hizo temblar las paredes.

Se lanzaron en torbellino hacia la puerta de salida. Boka fue el único que siguió caminando lentamente. No estaba contento. Pensaba en Gereb. Volvía a verle con la linterna en la mano, como lo viera en el Jardín Botánico. Sumido en sus pensamientos llegó a su casa, comió y se sentó a estudiar la lección de latín...

Sabe Dios cómo se las compusieron, pero los miembros del Club de la Masilla llegaron al solar a las dos y media. Barabas acababa de comer y traía una gran rebanada de pan. Esperó a Kolnay a la entrada para darle un coscorrón. Ya le debía muchas. Estaban arreglando cuentas cuando Weiss los llamó a la asamblea:

-Queda abierta la sesión, dijo con voz amenazadora.

Kolnay, que ya tenía su coscorrón y que también se lo había devuelto a Barabas opinaba que el club debía subsistir pese a la prohibición del profesor.

Barabas manifestó sus sospechas.

-Lo dice porque le tocaría la presidencia. Pero yo digo: basta de Club de la Masilla. Vosotros sois presidentes por turno, pero nosotros mascamos la masilla.

A mí ya me da asco esa cosa pegajosa. ¿A ver si nos vamos a pasar la vida con la boca llena de esa porquería?

Nemecsek quiso intervenir:

-Pido la palabra, señor presidente.

-El señor secretario pide la palabra, dijo Weiss muy serio y agitó su campanilla de diez centavos.

Pero Nemecsek que desempeñaba el cargo de secretario del Club de la Masilla se quedó con la palabra atragantada. Vio a Gereb cerca de una pila de leña. Nadie sabía de Gereb lo que él sabía, Lo que vieron él y Boka en la noche memorable del Botánico. Gereb vagaba entre las pilas, solo, y se encaminó a la pequeña cabaña donde vivía el eslovaco con su perro. Nemecsek sintió que estaba obligado a no perder de vista al traidor y a observar todos sus pasos. Boka dijo que antes de que él llegara, Gereb no debía saber que lo habían visto en la isla con los camisas rojas. Debía creer que todos ignoraban la cosa.

Pero ahora estaba allí Gereb, dando vueltas por el solar. Nemecsek quería saber a toda costa para qué iba a ver al eslovaco. Por eso dijo:

-Le agradezco, señor presidente, pero dejo mi discurso para más tarde. Acabo de recordar que tengo algo que hacer.

Weiss volvió a agitar la campanilla

-El señor secretario posterga su discurso.

El señor secretario ya se había puesto a correr. Corrió, pero no detrás de Gereb sino que trató de ganarle la delantera. Atravesó el solar en dirección a la calle Paul. Dobló por la calle Marie y llegó sin alientos a la puerta del aserradero. Un pesado carro cargado de astillas que salía en este momento estuvo a punto de aplastarlo. La pequeña chimenea resoplaba y escupía un vapor blanquísimo. Dentro de la casa la sierra rechinaba y parecía decir "¡cuidado!"

-Sí que pongo cuidado, le contestó Nemecsek sin dejar de correr: dejó atrás la casa, las pilas de leña y se escondió muy cerca de la

cabaña del eslovaco. El tejado de la choza bajaba en pendiente y casi tocaba la pila donde se había deslizado Nemeček. El chico hizo un esfuerzo. se tendió boca abajo en el tejado y esperó los acontecimientos.

-¿Qué estaría maquinando Gereb para venir a ver al eslovaco? Seguro alguna treta de los camisas rojas. Resolvió escuchar la conversación a toda costa. ¡Esta vez sí que conquistaría sus laureles! ¡Qué orgullo para él si descubría una nueva traición!

Mientras esperaba y miraba, vio llegar a Gereb. El muchacho se acercaba lentamente a la cabaña y volvía la cabeza a cada instante para ver si lo seguían. Cuando estuvo seguro de que nadie andaba por allí, aceleró el paso. El eslovaco estaba sentado en un banco muy tranquilo y llenaba la pipa con las colillas que solían traerle los chicos. Todos juntaban colillas para Jano, el eslovaco.

El perro que estaba a su lado se enderezó de un salto. Le ladró a Gereb una o dos veces, pero cuando se dio cuenta de que era uno de la casa volvió a echarse. Gereb llegó tan cerca de Jano, que el tejado los ocultó a los dos. Pero el rubiecito había perdido el miedo. Fue trepando por el techo, muy despacio, hasta llegar a la altura de la puerta. Las maderas crujieron dos veces bajo su peso y Nemeček sintió que se le helaba la sangre en las venas... Pero siguió trepando y estiró la cabeza. Si en ese momento se le hubiese ocurrido a Gereb o al eslovaco mirar para arriba, menudo susto se darían al ver, asomada al borde del techo, la cabecita rubia e inteligente de Nemeček quien observaba la escena de la cabaña con ojos desmesuradamente abiertos.

Gereb se acercó al eslovaco y le dijo con mucha amabilidad:

-¡Buenas tardes, Jano!

-Buenas tardes, contestó el eslovaco, sin quitarse la pipa de la boca.

Gereb se agachó casi hasta tocarlo.

-¡Le he traído cigarrillos, Jano!

Esto le pareció a Jano digno de que se sacara la pipa de entre los dientes. Pocas veces tenía la suerte de fumar cigarrillos enteros el

pobre hombre. Cuando caían en sus manos, lo mejor se lo habían fumado otros.

Gereb sacó tres cigarrillos del bolsillo y se los dio.

-Uy, pensó Nemeček, ¡qué suerte que me he instalado aquí! Si empieza dándole cigarrillos, sabe Dios lo que estará por pedirle al eslovaco.

Y oyó que Gereb le decía bajito al hombre:

-Mejor es que entremos en la cabaña, Jano..., no quiero hablar con usted aquí afuera..., no quiero que me vean..., se trata de una cosa muy importante. ¡Usted puede conseguir muchos cigarrillos!

Mientras hablaba sacó un puñado de cigarrillos.

Nemeček meneó la cabeza.

-Debe ser una perrería tremenda, pensó, cuando le da tantos cigarrillos.

El eslovaco no se hizo rogar para entrar en la cabaña y Gereb lo siguió. Detrás de Gereb se metió el perro. Nemeček empezó a hacerse mala sangre.

-No podrás oír nada de lo que digan, pensó, todo ese plan tan astuto se ha ido al diablo...

Envidiaba al perro que pudo entrar antes de que cerrara la puerta. Porque cerraron la puerta. Nemeček recordó el cuento de la bruja narigona que convirtió al hijo del rey en un perro negro. En este momento hubiera dado hasta veinte hermosas bolitas de vidrio porque alguna bruja narigona lo transformase en perro, y convirtiese a Héctor en un Nemeček pequeñito y rubio.

Pero en lugar de la bruja vino a su socorro un escarabajo de pinzas potentes. Era un pobre escarabajo de esos que se comen la madera, y había alimentado a toda su familia con la pulpa que sacó de una de las tablas, sin pensar en el servicio que habría de prestar a los muchachos de la calle Paul. El trozo que el escarabajo había escarbado estaba tan delgado que Nemeček pudo oír perfectamente lo que se hablaba dentro de la cabaña, apoyando la oreja allí. Al comienzo escuchó murmullos de voces, pero no tardó en comprobar que se entendía

maravillosamente. Gereb hablaba bajito como si temiese que alguien pudiera oírle allí, en ese apartado rincón. Le decía al eslovaco:

-Jano, usted es un hombre inteligente. Piense que le daré todos los cigarrillos que quiera. Pero tiene que hacerme un favor.

Jano preguntó con un gruñido:

-¿Qué tengo que hacer?

-Tiene que echar a los chicos del solar. No debe dejarlos jugar aquí. Impedirles que deshagan las pilas de leña.

Pasó un momento sin que se oyera ni una palabra. Nemecek dedujo que el eslovaco estaba pensando. Después volvió a oír la voz de Jano:

-¿Dice que los eche?

-Sí.

-¿Por qué?

-Porque lo quieren otros. Esos que van a venir son muchachos ricos... Le darán cigarrillos a montones... dinero también...

Lo del dinero dio resultado.

-¿Dinero también?, preguntó Jano.

-Sí, le van a dar dos pesos.

Los dos pesos acabaron con los últimos escrúpulos de Jano.

-Está bien, dijo, los echaremos.

Dieron vuelta al picaporte, la puerta chirrió. Gereb salió de la cabaña. Nemecek ya no estaba en el techo. Bajó con la agilidad de un gato, pegó un salto y corrió por entre las pilas de leña en dirección al solar. El rubiecito estaba muy conmovido. Sentía como si el destino de todos los muchachos dependiese de él, como si en este momento el porvenir del solar pesase sobre sus débiles hombros. Cuando vio al grupo gritó desde lejos: "¡Boka!"

Pero nadie le contestó.

Volvió a llamar:

-¡Boka! ¡Señor presidente!

-¡Todavía no llegó!

Nemecsek pasó volando como un torbellino. A toda costa debía enterar a Boka de lo ocurrido, sin perder un instante. Era menester tomar medidas sin pérdida de tiempo, impedir que los arrojasen de su tierra. Cuando pasó corriendo por delante de la última pila de leña, vio a los miembros del Club de la Masilla que continuaban reunidos. Weiss seguía presidiendo con gesto serio y cuando el rubiecito pasó como una flecha, le gritó:

-¡Aho ho, señor secretario!

Sin dejar de correr, Nemecsek le hizo señas de que no podía detenerse.

-¡Señor secretario!, bramó Weiss y para reforzar su autoridad hizo sonar con todas sus fuerzas la campanilla de la presidencia.

-¡No tengo tiempo!, contestó Nemecsek y siguió corriendo dispuesto a llegar hasta la casa de Boka. Entonces Weiss apeló al último recurso. Con voz estridente lo increpó:

-¡Soldado! ¡Alto!

Nemecsek no tuvo más remedio que detenerse pues Weiss era teniente... El pobre chico estaba a punto de estallar de rabia, pero debió obedecer a los galones de Weiss.

-¡A sus órdenes, mi teniente!. y se cuadró.

-Escucha, dijo el presidente del Club de la Masilla, acabamos de resolver que a partir de hoy el Club de la Masilla subsiste como asociación secreta. También elegimos un presidente.

Los muchachos aclamaban el nombre del nuevo presidente con entusiasmo:

-¡Viva Kolnay!

Sólo Barabas dijo con risa mordaz:

-¡Que salga Kolnay!

El presidente continuó

-Señor secretario, si quiere conservar el puesto tiene que dar su palabra de honor de que guardará el más estricto secreto, porque si el señor Racz llega a enterarse de algo...

En el mismo instante Nemeček vio como Gereb se deslizaba por entre las pilas. Si Gereb se iba ahora, todo estaba perdido... Perdidos los fuertes, el solar... Pero si Boka pudiese hablarle, tocarle el corazón, quizá se conseguiría despertar los buenos sentimientos de Gereb. El rubiecito casi lloraba de rabia. Interrumpió al presidente:

-Señor presidente... no tengo tiempo... Debo irme...

Weiss le preguntó severamente:

-¿A lo mejor tiene miedo el señor secretario? ¿Tiene miedo de que lo castiguen si la cosa se descubre?

Pero Nemeček ya no le oía. No hizo más que mirar a Gereb que se escondía detrás de las pilas y esperaba que los chicos se fuesen para poder escapar a la calle. Y cuando Nemeček vio esto, dejó plantado al Club de la Masilla. se abotonó la chaqueta y salió como un vendaval. derecho a la puerta.

Reinaba un silencio profundo en la asamblea general. En medio de este silencio sepulcral tomó la palabra el presidente:

-Los estimados consocios han visto el proceder de Ernst Nemeček. ¡Declaro que Nemeček es un cobarde!

-¡Así es!, bramó la asamblea general. Y Kolnay hasta gritó "¡Es un traidor!" Richter pidió la palabra muy indignado:

-¡Propongo que al traidor que deja a la asociación en la estacada se le quite el cargo de secretario, se lo expulse del club y se haga constar en las actas secretas que es un traidor!

-¡Viva!, gritaron varias voces al mismo tiempo. Y en medio de un gran silencio el presidente comunicó la sentencia:

-La asamblea general declara que Ernst Nemeček es un traidor y un cobarde, le quita su cargo de secretario y lo expulsa de la asociación. ¡Señor secretario de actas!

-¡Presente!, dijo Leszik.

-¡Haga figurar en el acta, que la asamblea general declaró traidor a Ernst Nemeček y escriba su nombre con minúscula!

Corrió un murmullo por la asamblea general. De acuerdo con los estatutos esta era la pena más severa. Muchos rodearon a Leszik que

se sentó en seguida en el suelo, tomó el cuaderno de diez centavos que le servía de libro de actas, se lo puso sobre las rodillas y con grandes letras desmañadas escribió "¡¡ernst nemecek es un traidor!!"

Así fue como el Club de la Masilla despojó de su honor a Ernst Nemecek.

Pero Ernst Nemecek o mejor dicho: ernst nemecek corrió a la calle Kinizsi donde estaba la modesta casita de una planta que ocupaba la familia de Boka. Se abalanzó a la puerta y estuvo a punto de derribar a Boka que salía en ese momento.

-¡Oh!, exclamó Boka cuando se repuso del choque: ¿Qué te trae?

Casi sin alientos le contó Nemecek lo que acababa de pasar y se puso a tirarle de la chaqueta para darle prisa. Los dos corrían ahora al solar.

-¿Todo esto lo has visto y escuchado tú mismo?, preguntó Boka sin dejar de correr.

-Lo escuché y lo vi.

-¿Y Gereb está allí todavía?

-Si nos damos prisa todavía estará.

Junto a la Clínica tuvieron que detenerse. El pobre Nemecek se puso a toser. Tuvo que apoyarse en la pared

-Mira... dijo, no te detengas... yo... yo... no puedo más de tos.

Y tosía sin parar.

-Estoy resfriado, le dijo a Boka quien no quiso dejarlo solo. Me resfrié en el Jardín Botánico... Cuando me caí en el estanque ya tuve un poco de frío. Pero cuando tuve que esconderme en la fuente del invernadero, aquel agua estaba helada. No sabes el frío que pasé.

Doblaron por la calle Paul. Precisamente al doblar la esquina se abrió la puertecita del cerco. Gereb salió muy de prisa. Nemecek apretó el brazo de Boka: "¡Allá va!"

Boka hizo bocina con la mano y llamó tan alto que la callejuela silenciosa resonó entera bajo el grito

"¡Gereb!"

Gereb se detuvo y se volvió. Cuando vio a Boka lanzó una carcajada. Y sin dejar de reír se fue corriendo en dirección de la calle Ring. El eco de su risa irónica se abatió sobre las casas de la calle Paul. Gereb se burlaba de ellos.

Los dos muchachos se quedaron atónitos en la esquina. Gereb desapareció de su vista. Sintieron que todo estaba perdido. No se dijeron nada y así callados se encaminaron hacia la puertecita del solar. De dentro llegaba la bulla alegre de los muchachos que estaban jugando. Después se oyó un grito amenazador: el Club de la Masilla aclamaba a su nuevo presidente... Ninguno de los que estaban allí sabía que este pedacito de tierra ya no les pertenecía. Este pedacito de suelo, árido y pedregoso, ahogado entre dos casas, que significaba para sus almas infantiles la infinitud, la libertad, que era por la mañana una pradera americana. por la tarde una llanura húngara, que cuando llovía representaba el mar, que en invierno era el Polo Norte, que era su amigo, que tomaba ante sus ojos todos los aspectos.

-Ves, dijo Nemecek, todavía no saben nada.

Boka agachó la cabeza.

-No saben nada, repitió con voz opaca.

Nemecek tenía confianza en la dirección de Boka. Mientras estuviese con él ese amigo inteligente y avisado, no perdía las esperanzas. Sólo se asustó de verdad cuando vio en los ojos de Boka la primera lágrima y oyó que el presidente, nada menos que el presidente, decía con honda pena y voz temblorosa: "¿Y qué haremos ahora?"

CAPÍTULO QUINTO

Dos días después, el jueves, cuando anocheecía en el Jardín Botánico, se detuvieron los dos centinelas del puente al ver que se acercaba una silueta oscura.

-¡Presentad armas!, gritó uno de los centinelas.

Los dos agitaron sus lanzas de punta de plata que a la pálida luz de la luna brillaron un instante bajo el cielo. Estos honores estaban destinados al jefe de los camisas rojas, a Franz Ats, quien cruzó apresuradamente el puente.

-¿Están todos aquí?, preguntó a los de la guardia.

-A sus órdenes, mi comandante.

-¿Gereb está también?

-Fue el primero, mi comandante.

El jefe saludó con un gesto y de nuevo se agitaron las lanzas. Así rendían honores militares a los camisas rojas.

En el pequeño claro de la isla estaban reunidos los camisas rojas, Al ver llegar a Ats, el mayor de los Pasztor ordenó:

-¡Presentad armas!

Todas aquellas lanzas con sus puntas envueltas en papel plateado se alzaron por los aires.

-¡Tenemos que darnos prisa!, dijo Franz Ats cuando hubo devuelto el saludo. Me he retrasado un poco. Nos pondremos inmediatamente a la obra. Encender la linterna.

No se debía encender la linterna antes de que llegara el comandante. Cuando la linterna ardía era señal de que Franz estaba en la isla. El menor de los Pasztor la encendió y los camisas rojas se pusieron en cuclillas alrededor de la pequeña luz. Todos estaban callados esperando que el comandante tomase la palabra.

-¿Hay alguna novedad?, interrogó éste.

Szebenics se presentó.

-¿Qué pasa?

-Informo respetuosamente que la bandera roja y verde que el señor comandante quitó a los muchachos de la calle Paul ha desaparecido del arsenal.

El jefe frunció el ceño.

-¿Armas no faltan?

-No. Cumpliendo con mi deber de encargado del arsenal hice el recuento de lanzas y *tomahawks* que guardamos en las ruinas. Están todos. Sólo falta la banderita. Es seguro que alguien la ha robado.

-¿No te fijaste si había algún rastro?

-Sí. De acuerdo con el reglamento eché arena fina en el suelo ayer, como lo hago todos los días, y al inspeccionar esta tarde descubrí pequeños rastros de pies que iban desde el boquete hasta el rincón donde estaba la bandera, y desde el rincón al boquete. Allí desaparecían los rastros porque el suelo es muy duro y está cubierto de musgo.

-¿Dices que los rastros eran pequeños?

-Sí, señor. Muy pequeños, más chicos que los de Wendauer, que es el que tiene los pies más chiquitos de todos nosotros.

-No cabe duda que una persona extraña estuvo en nuestro arsenal, dijo el comandante. Lo más probable es que se trate de un muchacho de la calle Paul.

Un prolongado murmullo recorrió las filas de los camisas rojas.

-Tengo esta sospecha, agregó Ats, porque si fuese algún otro chico se hubiese llevado las armas. Este sólo se llevó la bandera, Es probable que los de la calle Paul hayan encargado a alguno de los suyos que robe la bandera. ¿Sabes algo de esto, Gereb?

A lo que parecía, las funciones de espía de Gereb databan de mucho tiempo ya. Gereb se levantó:

-No sé nada.

-Está bien. Puedes sentarte. Ya averiguaremos. Antes debemos ventilar otro asunto. Todos vosotros conocéis la terrible afrenta que sufrimos últimamente. A la hora en que estábamos en la isla, el enemigo consiguió clavar un papel rojo en este árbol. Fue tal su habilidad, que no pudimos dar con ellos. Perseguimos a dos chicos que nada tenían que ver, hasta la colonia de empleados y allí se comprobó que escapaban de nosotros sin causa ninguna y que los estábamos persiguiendo sin motivo. Ese papel que consiguieron clavar es una gran deshonra para nosotros y tenemos que vengarnos. Hemos postergado la conquista del solar hasta que Gereb pueda darnos datos concretos sobre el asunto. Ahora nos informará Gereb y resolveremos cuándo empezar la guerra.

Miró a Gereb. ¡Ponte de pie, Gereb!

Gereb se levantó.

-¡Informa! ¿Qué has arreglado?

-Yo... dijo el muchacho un poco cortado, sería de opinión que ese terreno se puede obtener también sin lucha. Pensé que antes estaba con ellos... y por qué habría de ser yo la causa de... bueno, soborné al eslovaco que cuida el solar y él los va a ech... ech...

La palabra se le quedó en la garganta. Franz Ats lo miraba con tanta severidad que no pudo continuar. Y entonces resonó la voz profunda y tajante del jefe de los camisas rojas, esa voz que tantas veces llenó de espanto a los muchachos cuando alguno de ellos lo irritaba.

-No, dijo sin quitarle los ojos de encima, por lo visto no conoces todavía a los camisas rojas. No acostumbramos a sobornar o a negociar. Si no quieren entregar el solar a las buenas, lo conquistaremos. No necesito ningún eslovaco, ni nadie que los eche, ¡qué demonios! ¡No soporto las insidias!

Todos estaban callados y Gereb bajó los ojos. Franz Ats se levantó:

-¡Si eres cobarde te vas a tu casa!

Dijo esto mirando a Gereb con ojos centelleantes. Gereb estaba muy cohibido. Se daba cuenta de que si los camisas rojas lo abando-

naban en este momento no encontraría sitio en ninguna parte del mundo. Por eso levantó la cabeza y trató de adoptar un tono desentusiasmado

-¡No soy cobarde! ¡Estoy con vosotros, os pertenezco, os prometo fidelidad!

-Así me gusta que hables, dijo Ats. Pero se le veía en la cara que no tenía ninguna simpatía por el tráfugo. Si quieres quedarte con nosotros tienes que prestar juramento de fidelidad.

-Con mucho gusto, dijo Gereb y respiró aliviado.

-¡Venga la mano! Se dieron las manos.

-A partir de hoy tienes el grado de teniente. Szebenics te entregará una lanza y un *tomahawk* e inscribirá tu nombre en las listas secretas. Ahora escucha. Esto ya no puede seguir postergándose. Fijo el día de mañana para iniciar el ataque. Mañana por la tarde nos reuniremos todos aquí. La mitad de la tropa entrará por la calle Marie y se apoderará de los fuertes. A la otra mitad de la tropa tú le abrirás la puerta y esta sección será la encargada de echar a los que se encuentren en el terreno. Y si éstos huyesen hacia las pilas de leña, los atacarán desde los fuertes. ¡Necesitamos un solar para nuestros juegos y queremos conseguirlo pase lo que pase!

Todos se incorporaron de un salto.

-¡Viva!, exclamaron los camisas rojas y blandieron las lanzas.

El comandante exigió calma.

-Tengo que preguntarte algo más. ¿No crees que los de la calle Paul sospechan que estás con nosotros?

-No lo creo, dijo el nuevo teniente. Y aunque alguno de ellos hubiese estado aquí cuando clavaron el papel rojo en el árbol es seguro que no me reconoció a causa de la oscuridad.

-¿Quiere decir que mañana después de almorzar puedes reunirte tranquilamente con ellos?

-¡Sí!

-¿No sospecharán nada?

-No. Y aun cuando tuviesen alguna duda ninguno se atrevería a decirme nada porque todos me tienen miedo. ¡No hay ningún muchacho valiente entre ellos!

Una voz clara le interrumpió:

-¡Hay unos cuantos!

Miraron en derredor. Franz Ats preguntó muy asombrado

¿Quién habló?

Nadie contestó. La voz clara volvió a elevarse:

-¡Hay unos cuantos!

Ahora oyeron perfectamente que la voz llegaba de lo más alto del árbol. Y en seguida comenzó a oírse rumor de ramas que crujían o se doblaban y se vio bajar a un chiquillo rubio. Cuando saltó de la última rama arregló con movimientos tranquilos las arrugas de su traje, se quedó más tieso que un palo y sostuvo valientemente la mirada atónita de los camisas rojas, Nadie decía nada de puro asombro ante la aparición repentina de esa visita inesperada. Gereb palideció.

-Nemecsek, exclamó asustado.

-¡Sí, Nemecsek, el mismo! Y no hace falta que investiguéis para saber quién se llevó la bandera de la calle Paul, porque fui yo. Mirad, aquí está. Soy yo quien tiene los pies tan chiquitos, más chicos todavía que los de Wendauer. Y nadie me obligaba a bajar del árbol para hablar. Pude haberme quedado muy quieto hasta que todos os fueseis. Desde las cuatro estoy escondido aquí. Pero cuando Gereb dijo que entre nosotros no había ningún muchacho valiente, pensé: ¡Alto! ¡Te voy a enseñar que entre los chicos de la calle Paul los hay muy valientes y el que lo dice es Nemecsek, apenas un simple soldado raso! Aquí estoy, escuché todo lo que hablasteis, robé la bandera, podéis hacer conmigo lo que queráis, pegadme si os parece, arrancadme la bandera porque no pienso entregarla. ¡Venid! ¡Yo estoy solo y vosotros sois diez!

Estaba muy rojo cuando decía esto y tendía los brazos. En una mano tenía aferrada la banderita, Los camisas rojas estaban aturridos y miraban con asombro al monigote rubio que parecía caído del cielo y

que se estaba allí diciéndoles cara a cara palabras tan audaces, sin humillar la cabeza, como si fuese lo bastante fuerte para pelearse con todos los presentes, como para vencer hasta a los dos temibles hermanos Pasztor.

Los primeros en recobrar su sangre fría fueron precisamente los dos Pasztor. Se acercaron al pequeño Nemecek y cada uno lo tomó de un brazo. El menor se colocó a su derecha y ya estaba por arrancarle la bandera cuando se alzó la voz de Franz Ats:

-¡Alto! ¡No le hagas nada!

Los dos Pasztor miraron con asombro al comandante.

-No le hagas nada, dijo. ¡Este chico me gusta! Eres un muchacho valiente. Nemecek. o como te llames. Aquí está mi mano. ¡Pásate a los camisas rojas!

Nemecek meneó la cabeza:

-Yo no hago eso, dijo con gesto terco. Su voz temblaba, pero no de miedo. sino de indignación. Con mirada severa volvió a repetir:

-¡Yo no hago eso!

Franz Ats sonrió y dijo:

-Bueno, si no quieres pasarte no importa. Nunca le pedí a nadie que ingrese en nuestras filas. Todos los que están aquí han solicitado que los aceptemos. Eres el primero a quien invito a ser de los nuestros. Pero si no quieres venir no vengas...

Y le volvió la espalda.

-¿Qué hacemos con él?, preguntaron los Pasztor.

-¡Quitadle la bandera!

De un solo tirón arrancó el mayor de los Pasztor la bandera roja y verde que Nemecek apretaba en su manecita. Le dolió. Los Pasztor tenían el puño endemoniadamente duro, pero el rubiecito apretó los dientes y de sus labios no salió la menor queja.

-¡Está hecho!, anunció Pasztor.

Ahora todos tenían curiosidad para saber lo que seguiría. Sabía Dios el tremendo castigo que inventaría el terrible Franz Ats.

Nemecsek se estaba allí, sin abandonar su gesto altanero y sin despegar los labios.

Franz Ats se volvió hacia él e hizo seña a los Pasztor: "Este es demasiado débil. No estaría bien pegarle. Pero. .. dadle un bañito."

Los camisas rojas se pusieron a reír a carcajadas. También Franz Ats y los Pasztor se reían. Szebenics tiró su gorra por el aire y Wendauer saltaba como un loco. Hasta Gereb, que estaba debajo del árbol, se reía y en medio de esa reunión tan alegre no había más que un rostro serio, el rostro del pequeño Nemecsek. Estaba resfriado y hacía tres días que no paraba de toser. Su madre le había prohibido también hoy que saliese, pero el rubiecito no podía aguantar el encierro. A las tres salió muy despacio de su casa y desde las tres y media hasta el anochecer estuvo escondido en la copa del árbol, allá en la isla. Pero por nada del mundo diría una palabra. ¿Decir que estaba resfriado? Se hubiesen burlado más todavía, y Gereb se pondría a reír como se estaba riendo ahora: con la boca muy abierta, tan abierta que se le veían hasta las muelas. Por eso no dijo nada. Se dejó llevar sin hacer resistencia, oyendo las burlas de todos y así llegó a orillas de la isla donde los Pasztor lo metieron en el agua. Los dos Pasztor eran unos muchachos espantosos. Uno lo tomó de las dos manos y el otro lo empujó por la nuca. Lo metieron en el agua hasta el cuello. En la isla todo era júbilo. Los camisas rojas ejecutaban una alegre danza en la ribera, echaban al aire sus gorras y gritaban:

-¡Huya hop! ¡Huya hop!

Este era su grito de guerra.

Los "¡huya hop!" se confundían con las estruendosas carcajadas, una bulla alegre turbaba el silencio del atardecer en la isleta y junto a la orilla adonde llegaban las tristes miradas de Nemecsek que al emerger del agua parecía un pobre sapito acorralado, estaba de pie Gereb con las piernas muy abiertas, riendo a carcajadas y haciendo señas al rubiecito.

Después lo soltaron los Pasztor y Nemecsek salió del estanque. Cuando los muchachos lo vieron con su traje chorreante y lleno de

barro las burlas ya no tuvieron límite. De su pequeña chaqueta de niño caía el agua y cuando movía los brazos salían chorros de agua de las mangas. Todos se apartaron de un salto cuando se sacudió como un perro mojado. Llovían sobre él las palabras burlonas:

-¡Sapo!

-¿Tragaste mucho?

-¿Por qué no nadaste un poco?

No contestó nada. Sonrió con amargura y se pasó la mano por la chaqueta mojada. Pero Gereb se le plantó delante con la boca torcida por un gesto desdeñoso y le preguntó con aire altanero:

-¿Estaba buena el agua?

Nemecsek lo miró con sus dulces ojos azules y le dijo:

-Sí. Y agregó: estaba buena, mucho mejor que quedarse en la orilla para reírse de mí. Me gusta más verme metido en el agua hasta el cuello un año entero que ir a calentarme al sol de los enemigos de mis compañeros. No me importa que me hayan echado al agua. Hace poco me caí al agua también y también entonces te vi aquí en la isla con los camisas rojas, con nuestros enemigos. Ya podéis seguir invitándome a ingresar en vuestras filas, podéis adularme, prometerme regalos, no quiero saber nada con vosotros. Y aunque volváis a echarme al agua y aunque me echéis cien veces, mil veces al agua, no por eso dejaré de venir mañana y pasado mañana. Ya me las arreglaré para esconderme como para que no me encontréis. No os tengo miedo. ¡Y cuando vengáis a la calle Paul para disputarnos el solar me encontraréis en mi puesto! Allí no estaré solo. seremos diez y entonces hablaré con vosotros de otra manera. ¡Es fácil pegarme a mí! El más fuerte triunfa. En el Jardín del Museo los Pasztor me quitaron las bolitas porque eran los más fuertes. ¡Ahora me echaron al agua porque son los más fuertes! Diez contra uno ganan siempre. Pero no me importa. Podéis pegarme también, si queréis. De haberlo querido no me hubieseis tirado al agua. Pero no me he ido con vosotros. Prefiero que me ahoguéis o me matéis antes que ser un traidor como uno, como ese que está allí... mirad... allí...

Tendió el brazo y señaló a Gereb que ya no reía. La luz de la linterna iluminaba la hermosa cabecita rubia de Nemeček y su ropa empapada. Altivo, valiente. con el corazón sereno miraba a Gereb en los ojos y Gereb se sentía flaquear bajo esa mirada, sentía como si un peso de plomo se abatiera sobre su alma. Su rostro se ensombreció y dejó caer la cabeza. Todos callaban. Los chicos estaban como en misa y se oía con toda claridad el ruido que hacían las gotas de agua que caían de la ropa de Nemeček al golpear en el suelo endurecido...

Nemeček rompió el silencio profundo:

-¿Puedo irme?

Nadie contestó. Repitió su pregunta:

-Entonces, no pensáis pegarme? ¿Puedo irme?

Y como esta vez tampoco contestó nadie, echó a andar hacia el puente, tranquilo, con paso muy lento. Ninguna mano se movió, ningún muchacho abandonó su lugar. Todos se daban cuenta de que ese monigote rubio era un pequeño héroe, un hombre de verdad que merecía ser un adulto... Los dos centinelas que estuvieron presenciando la escena lo miraron boquiabiertos, pero nadie se atrevió a tocarlo. Cuando Nemeček pisó el puente, resonó la voz amenazadora y profunda de Franz Ats:

-¡Presentad armas!

Los dos centinelas se cuadraron y alzaron las lanzas de puntas de plata. Todos los muchachos juntaron los talones y agitaron las lanzas.

Nadie pronunció una palabra cuando las puntas plateadas de las lanzas brillaron a la luz de la luna. Sólo se oía el crujido de los pasos de Nemeček que se iban alejando. Después no se oyó ni esto. Como un eco apagado llegaba un chapotear de pies que van metidos en unos zapatos llenos de agua... Nemeček se había ido.

En la isla las camisetas rojas se miraban incómodas. Franz Ats estaba en medio del claro con la cabeza gacha. Gereb se le acercó pálido como un muerto. Murmuró algo:

-Sabes... disculpa... comenzó. Pero Franz Ats le volvió la espalda. Entonces Gereb se dirigió a los muchachos que seguían sin moverse y quiso hablar al mayor de los Pasztor:

-Sabes... mira... murmuró.

Pero Pasztor siguió el ejemplo del jefe. También él le volvió la espalda a Gereb que se quedó indeciso. No sabía qué hacer. Entonces dijo con voz sofocada

-Por lo visto debo irme.

Tampoco ahora le contestó nadie. Y se alejó por el mismo camino por donde un momento antes se alejó el pequeño Nemeček. Pero a él no le rindieron armas. Los centinelas se inclinaron sobre la barandilla del puente y miraron el agua. Y también los pasos de Gereb se borraron en el silencio del Jardín Botánico.

Cuando los camisas rojas quedaron solos, reaccionó Franz Ats y se acercó al mayor de los Pasztor. Se le acercó tanto que sus caras casi se tocaron. Preguntó con mucha calma:

-¿Le quitaste las bolitas a ese muchachito en el Jardín del Museo?

Pasztor contestó despacio:

-Sí,

-¿Tu hermano menor estaba contigo ese día?

-Sí,

-¿Hicieron una "barrida"?

-Sí.

-¿No he prohibido acaso que los camisas rojas les quiten las bolitas a los chicos pequeños o débiles?

Los Pasztor callaban. Era inútil tratar de objetar nada a Franz Ats. El jefe los midió con una mirada severa y dijo sin alterarse, en un tono que no admitía réplica:

-¡A tomar un baño los dos!

Los dos hermanos lo miraron como si no comprendiesen sus palabras.

-¿No habéis entendido? Os vais a meter en el agua ahora mismo, tal como estáis, sin quitaros la ropa.

Y al advertir que en algunas caras asomaba una sonrisa, agregó:

-Y el que se ría irá al agua también.

Como por ensalmo desaparecieron las risas. Ats miró a los Pasztor y dijo en tono impaciente:

-¡Andando pues al estanque! Tenéis que meteros hasta el cuello. ¡Uno, dos!

Se volvió a la tropa

-¡Todos de espaldas! ¡Que nadie los mire!

Los camisas rojas dieron media vuelta y se pusieron de espaldas al estanque. Franz Ats tampoco miró a los Pasztor mientras éstos cumplían el castigo que se les había impuesto. Los Pasztor se dirigieron con paso lento y llenos de pesadumbre a la orilla y se deslizaron en el agua hasta que ésta les llegó al cuello. Los muchachos no los veían, pero los oían chapotear. Franz Ats lanzó una ojeada al estanque para ver si los dos muchachos estaban efectivamente en el agua hasta el cuello. Después ordenó:

-¡Dejad las armas! ¡Marchad!

Y condujo la tropa fuera de la isla. Los centinelas apagaron la linterna y se incorporaron a la tropa que cruzaba el puente con paso militar y todos se perdieron entre el follaje del Jardín Botánico.

Los dos Pasztor salieron del agua. Se miraron después, metieron las manos en los bolsillos como hacían siempre y se pusieron a andar. No se hablaban y estaban muy avergonzados.

No quedó nadie en la isla iluminada por una clara luna de primavera.

CAPÍTULO SEXTO

Al día siguiente, cuando los chicos fueron pasando por la puertecita del solar, a eso de las tres y media, vieron una gran hoja de papel fijada con tremendos clavos en las maderas del cerco.

El papel contenía un llamamiento cuya redacción costó a Boka gran parte de su reposo nocturno. Estaba escrito con grandes letras de imprenta dibujadas en tinta china y las mayúsculas en tinta roja. El llamamiento decía así:

¡CADA UNO DE NOSOTROS DEBE ESTAR EN SU PUESTO!

¡SOBRE NUESTROS DOMINIOS SE CIERNE UN GRAVE PELIGRO Y SI NO SABEMOS MOSTRARNOS VALIENTES PERDEREMOS ESTA TIERRA!

¡NUESTRO SOLAR ESTÁ EN PELIGRO!

¡LOS CAMISAS ROJAS QUIEREN ATACARNOS!

¡PERO AQUÍ ESTAREMOS, Y SI NECESARIO FUERE, DEFENDE-REMOS ESTE SUELO CON NUESTRA VIDA!

¡QUE CADA UNO CUMPLA CON SU DEBER!

EL PRESIDENTE.

Ninguno tenía ganas de jugar hoy. La pelota descansaba tranquila en el bolsillo de Richter. Los chicos iban y venían, hablaban de la guerra inminente, volvían una y otra vez a pararse frente a la proclama, leían diez, veinte veces las palabras fogosas. Algunos ya las sabían de memoria y las lanzaban desde lo alto de una pila de leña con acento combativo. Los que escuchaban también las sabían de memoria, pero aun así las oían con la boca abierta y cuando el orador

terminaba, corrían al cerco para leerlas otra vez y declamarlas luego, trepados en otra pila.

Toda la tropa comentaba el llamamiento, Era el primero que se les lanzaba. Muy grande debía ser el peligro que los amenazaba para que Boka se decidiese a dar esa proclama y a firmarla con su alto cargo de presidente. Los muchachos habían oído algo más. También se agitó el nombre de Gereb, pero nadie sabía nada en concreto. Por una serie de motivos, el presidente creyó necesario mantener en secreto el asunto Gereb. Una de las causas que lo movían a ello era la esperanza de conseguir que Gereb viniese al solar y poder así hacerlo juzgar por el tribunal. Claro que no se le ocurrió a Boka que el pequeño Nemecek iría por propia iniciativa al Jardín Botánico y allí, en el centro del campo enemigo, promovería un escándalo mayúsculo... El presidente se enteró de lo ocurrido por la mañana, en el colegio, por boca del mismo Nemecek, que después de la hora de latín lo llamó aparte en el subterráneo donde el bedel vendía mantecados. Pero a las dos y media de la tarde nadie sabía nada todavía en el solar y todos esperaban al presidente. Por si fuese poco el desconcierto, se produjo un gran escándalo en el seno del Club de la Masilla. La masilla de la asociación se había secado. Se agrietó y ya no servía para nada, es decir, no se podía amasar. Sin duda alguna la culpa era del presidente: ateniéndonos a lo que ya explicamos, no hace falta repetir que una de las obligaciones del presidente consistía en mascar la masilla. Kolnay, el nuevo presidente, descuidó el cumplimiento de este deber de modo harto reprochable. Es fácil adivinar quién fue el primero en quejarse. Fue Barabas quien puso el asunto sobre el tapete. Anduvo hablando con unos y con otros y fustigó la negligencia del presidente con palabras airadas. Sus gestiones tuvieron éxito, pues a los cinco minutos consiguió convencer a una parte de los afiliados para que solicitasen una asamblea general extraordinaria. Kolnay sospechaba los motivos.

-De acuerdo, dijo, pero el asunto del solar es lo primero. No puedo convocar la asamblea general extraordinaria hasta mañana.

Pero Barabas replicó ruidosamente:

-¡Esto no lo permitiremos! ¡Me parece que al señor presidente le ha entrado miedo!

-¿De ti?

-¡No, de mí no, sino de la asamblea general! Exigimos que la asamblea se reúna hoy mismo.

Kolnay estaba por contestar, cuando oyeron llegar de la calle el grito de guerra de los muchachos de la calle Paul "¡Hao ho! ¡Hao ho!" Todos se volvieron en esa dirección. Boka acababa de entrar por la puertecita del cerco. Lo acompañaba Nemeček, que traía una gran bufanda tejida alrededor del cuello. La aparición del presidente puso fin a las discusiones. Kolnay cedió de pronto.

-Está bien: hoy mismo celebraremos la asamblea general. Pero escuchemos primero a Boka.

-Estoy de acuerdo con esto, contestó Barabas.

Los chicos rodearon a Boka y lo asaltaron con mil preguntas. Barabas y Kolnay acudieron también. Boka reclamó silencio. En seguida, para calmar la curiosidad general, dijo:

-¡Compañeros! Por la proclama habéis podido daros cuenta de la magnitud del peligro que nos acecha. Nuestros agentes de información entraron en el campo enemigo y se enteraron de que los camisas rojas han resuelto atacarnos mañana.

Al oír estas palabras se produjo un gran tumulto. Nadie pensó que la guerra estallaría al día siguiente.

-Sí, mañana, prosiguió Boka; por esto declaro, a partir de hoy, el estado de sitio. Cada uno debe obediencia incondicional a su superior y los oficiales me deben obediencia a mí. Pero no creáis que será un juego de chicos. Los camisas rojas son muchachos fuertes y son muchos. La lucha que nos espera es dura. No queremos obligar a nadie y por ello os quiero decir, ahora mismo, lo siguiente: ¡El que no quiera tomar parte en la batalla, que se presente!

Hubo un gran silencio. Nadie se presentó. Boka repitió sus palabras:

-El que no quiera tomar parte en la batalla, que se presente. ¿No se presenta nadie?

Todos exclamaron a una:

-¡Nadie!

-Entonces, dad vuestra palabra de honor de que mañana a las dos de la tarde todos estaréis en vuestros puestos .

Los chicos fueron desfilando ante Boka para dar su palabra de que vendrían mañana. Cuando hubo estrechado la mano de cada uno, dijo en voz muy alta:

-El que no se encuentre en su puesto será un perjuo indigno: no deberá aparecer más por aquí, pues lo echaremos a palos.

Leszik se adelantó:

--Señor presidente, dijo, todos estamos aquí. ¡El único que falta es Gereb!

Sobrevino un silencio de tumba. Todos estaban ansiosos por saber lo que pasaba con Gereb. Pero Boka no era de los que se dejan apartar fácilmente de sus planes. No quería descubrir a Gereb, mientras quedase alguna esperanza de someterlo al tribunal de sus compañeros. Muchos preguntaron "¿Qué pasa con Gereb?"

-Nada, contestó Boka despacio, de esto hablaremos después. Ahora tenemos que pensar sobre todo en ganar la batalla. Pero antes de dar mis órdenes debo declarar algo más. Si alguno de vosotros está peleado, es necesario que olvide las rencillas y se reconcilie.

Sus palabras fueron acogidas en silencio.

-Repito, dijo el presidente; ¿alguno de vosotros está enemistado?

Weiss se adelantó un poco cortado:

-Que yo sepa...

-¡Venga lo que sabes!

-Kolnay... y Barabas... están...

Boka miró a Barabas:

-¿Es verdad?

Barabas se puso colorado.

-Sí, dijo. es que ese Kolnay...

Kolnay dijo:

-Sí, hay que ver que Barabas...

-Reconciliáos inmediatamente, ordenó Boka; si no lo hacéis os expulsaré a los dos. ¡Si no estamos todos unidos, si no somos todos amigos, no podremos luchar!

Los dos enemigos se acercaron a Boka y se tendieron la mano de bastante mala gana. Apenas se soltaron las manos, gritó Barabas:

-¡Señor presidente!

¿Qué pasa?

-Impongo una condición.

-Habla.

-Que yo... si por casualidad los camisas rojas no nos atacasen. bueno, entonces yo... y Kolnay podamos seguir siendo enemigos, porque...

Boka lo miró como si quisiese traspasarlo y le ordenó:

-¡Cállate!

Barabas se calló. pero no podía resignarse y hubiese pagado cualquier cosa por poder darle un buen puñetazo en las costillas a Kolnay, que sonreía muy alegre en ese momento.

-Ahora. soldado, dijo Boka, déme el plan de combate.

Nemecsek se apresuró a obedecer y sacó una hoja de papel del bolsillo. Era el plan de combate que Boka había diseñado después de almorzar. Estaba dibujado así:

VER PAGINA 137

Cobertizo -3 0 - ;2 °

O O O O

Pu- r91 de lil -

llr M.lri- L-J E2

Cabal-a del . l

n D eslovaCO F--- - e--

IJ

EL SOLAR

Puerta de la calle Paul

Lo puso sobre una piedra y los muchachos lo rodearon en cuclillas. Todos estaban curiosos por saber cuál era el puesto que les correspondía, qué misión les tocaba desempeñar. Boka empezó a explicar el diseño:

-Fijaros bien y aprender el dibujo de memoria. Este es el plano de nuestro terreno. Según el informe de nuestros agentes, los camisas rojas atacarán el solar por dos lados por la calle Paul y por la calle Marie. Vayamos por orden. Estos dos rectángulos marcados con las letras A. y B. señalan los dos batallones encargados de proteger la puerta. El batallón A. está compuesto de tres hombres, al mando de Weiss. El batallón B. también está formado por tres hombres, al mando de Leszik. La entrada de la calle Marie será defendida por otros dos batallones. Aquí están. Son el C. y el D. La sección C., al mando de Richter, y la D., de Kolnay.

Una voz le interrumpió:

-¿Por qué no yo?

-¿Quién ha sido?, preguntó Boka con gesto severo.

Barabas contestó.

-¿Otra vez tú? Si dices una palabra más, te pasaré al consejo de guerra. ¡Siéntate!

Barabas murmuró algo por lo bajo y se sentó. Boka continuó con sus explicaciones:

Los puntos negros marcados con la letra E. y con números, son las fortificaciones. Pondremos en todas una gran cantidad de arena, de manera que para cada fortificación bastarán dos hombres. Es muy fácil combatir con arena. Además, están tan cerca, que cuando los atacantes se lancen contra una de las fortificaciones, se les podrá bombardear desde los parapetos vecinos, con gran facilidad. Las fortificaciones 1, 2 y 3 defienden el solar de la agresión que vendrá de la calle Marie. Las que llevan los números 4, 5 y 6 protegen a las sec-

ciones A, y B, con bombas de arena. La distribución exacta de la tropa la daré a conocer más tarde. Cada comandante de batallón puede elegir dos hombres, ¿Habéis comprendido?

-Sí, contestaron todos a una.

Los muchachos estaban sentados boquiabiertos y con los ojos llenos de asombro alrededor del magnífico mapa de estado mayor, y hasta algunos apuntaban en sus cuadernos las instrucciones de su presidente y jefe.

-Estas son nuestras posiciones, dijo Boka; ahora viene el verdadero plan de batalla. Todos debéis prestar gran atención. Cuando los centinelas que estarán apostados en lo alto del cerco, señalen la proximidad de los camisas rojas, las secciones A. y B, abrirán la puerta.

-¿Vamos a abrirles la puerta?

-Sí, abrimos la puerta. No nos encerramos porque aceptamos el combate. Que entren, ya nos encargaremos de echarlos, He dicho entonces que las secciones abren la puerta y dejan entrar al enemigo. Cuando todos estén dentro, atacamos. Los parapetos 4, 5 y 6 empiezan a bombardear. Esta es la misión del ejército de la calle Paul. Si podéis echarlos, tanto mejor. Si no podéis, impedid al menos que rompan la línea formada por los parapetos 4, 5 y 6 y se atrincheren en el solar. El segundo cuerpo, el ejército de la calle Marie, tiene una tarea más difícil. Prestad atención Richter y Kolnay.

Los batallones C. y D. mandarán una descubierta a la calle Marie. Cuando aparezca la división de camisas rojas encargada de atacar por ese lado, los batallones se formarán en orden de combate. Si los camisas rojas entran por el portón, los dos batallones simulan una retirada. Mirad aquí... en el mapa..., ¿veis? El batallón C., el tuyo, Richter..., huye hacia el cobertizo...

Mostró con el dedo el sitio:

-Aquí. ¿Ves? ¿Comprendes?

-Sí.

-Pero el batallón D., el batallón de Kolnay, corre a la cabaña de Jano. Y ahora prestad mucha atención, porque viene lo más importante. Mirad detenidamente el mapa. Los camisas rojas llegan al aserradero por la derecha y por la izquierda, lo dejan atrás y están frente a los parapetos 1, 2 y 3. Estos se ponen a bombardearlos inmediatamente. Al mismo tiempo salen los dos batallones, el del cobertizo y el de la cabaña del eslovaco y atacan al enemigo por la retaguardia. Si lucháis con valentía el enemigo cae en una emboscada y no tiene más remedio que entregarse. Si no se entrega, lo empujáis a la cabaña y lo encerráis. Hecho esto, el batallón C. y el D., flanqueando la cabaña y las pilas de leña, pasáis por el parapeto 6 y acudís a ayudar a las secciones A. y B. Las tropas de los parapetos 1 y 2 se lanzan a los parapetos 4 y 5 y refuerzan el bombardeo. Entonces los batallones A., B., C. y D. atacáis en línea compacta y empujáis al enemigo hacia la puerta de la calle Paul. Al mismo tiempo bombardeáis todos los parapetos con tiros de elevación. ¡EL enemigo no podrá resistir el peso de todas nuestras fuerzas unificadas y huirá por la salida de la calle Paul! ¿Habéis comprendido?

El entusiasmo que acogió sus palabras fue indescriptible. Los chicos agitaban los pañuelos y tiraban las gorras por los aires. Nemecek se quitó del cuello la gruesa bufanda roja y con su voz ronca de resfriado gritó junto con los demás:

-¡Viva el presidente!

-¡Viva!, se oía de todas partes.

Boka volvió a hacer un ademán reclamando silencio:

-¡Calma! Tengo que decir algo más. Yo estaré con mi ayudante cerca del batallón C. y del batallón D., y lo que mande decir con él tendrá que ser escuchado como si lo dijese yo personalmente.

Una voz preguntó:

-¿Quién es el ayudante?

-Nemecek.

Algunos se miraron: los afiliados al Club de la Masilla se empujaban unos a otros; no se podía aceptar esta decisión. Comenzaron a oírse algunas voces:

-¡Habla tú!

-¡Podrías hablar tú!

-¿Por qué habría de ser yo? ¡Habla tú!

Boka los miraba asombrado.

-¿Acaso tenéis que decir algo contra él?

Leszik fue el único que se atrevió a hablar:

-Sí, dijo.

-¿Y qué es?

-En la última asamblea general..., nosotros los del Club de la Masilla...

Boka perdió la paciencia y le gritó a Leszik:

-Basta. ¡Cállate! No quiero seguir enterándome de todas estas tonterías. Nemecek es mi ayudante y se acabó. El que diga una palabra en contra, tendrá que vérselas con el consejo de guerra.

Era un poco fuerte, pero todos reconocieron que en tiempos de guerra había que proceder con dureza. Por eso aceptaron que Nemecek fuese el ayudante. Sólo siguieron murmurando algunas figuras prominentes del Club de la Masilla. Decían que era una ofensa para el Club de la Masilla. Se sentían avergonzados de que uno que había sido señalado como traidor en la asamblea general y cuyo nombre figuraba escrito todo con minúscula en el libro negro, desempeñase un cargo tan importante en la guerra. De haberlo sabido...

Ahora Boka sacó del bolsillo una lista de nombres. Fue enumerando la guarnición de cada parapeto. Cada uno de los comandantes de batallón eligió dos hombres. Todo esto transcurría con una seriedad extraordinaria y los chicos estaban tan excitados, que nadie decía nada. Cuando terminaron, Boka ordenó:

-¡Cada uno a su puesto! Realizaremos maniobras.

Se desbandaron y cada uno corrió a su puesto.

-¡Esperad órdenes!, les gritó Boka.

El se quedó en medio del solar con Nemeček, su ayudante. El pobre ayudante tosía sin parar.

-Ernst, le dijo Boka suavemente, vuelve a ponerte la bufanda al cuello. Estás muy resfriado.

Nemeček miró a su amigo lleno de agradecimiento y le obedeció como a un hermano mayor. Se envolvió el cuello otra vez con la gran bufanda roja. Apenas si se le veían las orejas. Entonces le dijo Boka:

-Ahora llevarás una orden al parapeto 2. Presta atención...

En ese momento Nemeček hizo algo que no había hecho nunca. Interrumpió a su superior

-¡Discúlpame, dijo, pero antes quisiera decirte algo!

Boka frunció el ceño:

-¿Qué pasa?

-Los afiliados del Club de la Masilla decidieron...

-Pero por favor, exclamó el presidente, ¿tomas en serio estas tonterías?

-Sí, contestó Nemeček, ellos también lo toman en serio. Se que son unos bobos. y me importa un comino lo que puedan pensar de mí, pero no quisiera que tú... que tú... que tú también me desprecies.

-¿Por qué habría de despreciarte?

Por entre los flecos de la gruesa bufanda le contestó una voz muy próxima al llanto

-Porque me... declararon... traidor...

-¿Traidor? ¿Tú?

-Sí, yo.

-Ahora sí que tengo curiosidad por saber cómo fue.

Y Nemeček refirió balbuceando, con voz ahogada, lo que había pasado. Contó la prisa que tenía, precisamente cuando los miembros del Club de la Masilla estaban resolviendo un pacto secreto. Que explotaron esa circunstancia y declararon que huía porque tenía miedo de ingresar en una asociación secreta, y resolvieron que era un traidor indigno.

La verdad es que todo esto ocurrió porque los subtenientes, tenientes y capitanes empezaron a tomar a mal que el presidente no los tratase de igual a igual, y en cambio informase a un simple soldado raso de todos los secretos del estado. Y para terminar, le explicó que su nombre figuraba en el libro negro, escrito todo con minúsculas.

Boka escuchó pacientemente hasta el final. Después se quedó silencioso. Boka era un chico inteligente, pero todavía no sabía que los hombres son muy diferentes y que volvemos a aprender cada día esta verdad a través de dolorosas experiencias. Apoyó sobre el rubiecito una mirada cariñosa

-Está bien, Ernst, le dijo: cuida de cumplir bien lo que te voy a encargar y no te ocupes de ellos. En vísperas de la batalla no quiero decir nada más. Cuando termine la guerra les caeré como un rayo. Ahora ve volando al parapeto 1 y al 2. y lleva la orden de que la guarnición pase a rastras a los parapetos 4 y 5. Quiero ver cuanto tiempo lleva la maniobra.

El ayudante estaba cuadrado. Hizo un saludo reglamentario y aun cuando en este momento pensaba en lo triste que era que los asuntos de honor de uno se vieses postergados por culpa de la guerra, contestó, ahogando toda su amargura, con la fórmula militar:

-¡A sus órdenes, señor presidente!

Después salió corriendo. Una nube de polvo se levantaba a su paso y el ayudante no tardó en desaparecer entre las pilas de leña, desde cuyas alturas, por encima de los parapetos, asomaban enmarañadas cabezas infantiles con los ojos desmesuradamente abiertos. En las caras se pintaba la misma excitación que se apodera de los verdaderos soldados ante el combate, tal como nos lo describen los que han presenciado una guerra.

Boka se quedó solo en medio del solar. En vano llegaba hasta ese trozo de tierra conmocionada, el ruido de los vehículos que pasaban por las calles vecinas. A Boka le parecía estar muy lejos de la gran ciudad; tenía la impresión de encontrarse en un país extraño, en una inmensa llanura donde el combate de mañana decidiría del destino de

naciones enteras. Los muchachos estaban muy quietos. Todos esperaban silenciosos en sus puestos, las órdenes que debían llegar. Boka sentía que todo dependía ahora de él, el bienestar de esa pequeña comunidad, todo su porvenir. De él dependían las tardes luminosas, los juegos, las diversiones que organizaban allí sus compañeros. Y Boka estaba orgulloso de haberse consagrado a un destino tan alto.

-¡Sí, se dijo, yo los defenderé!

Sus ojos recorrieron el amado solar. Después echó una mirada sobre las pilas de leña y sobre la esbelta chimenea de hierro del aserradero, que asomaba curiosa detrás de las fortificaciones y que seguía escupiendo sus nubecitas nevadas, tan alegre y despreocupada como si el día de hoy fuese igual a los otros, como si hoy no estuviese todo en juego, todo, todo...

Boka se sentía como debe sentirse un gran jefe militar en vísperas de la batalla decisiva. Pensaba en el gran Napoleón..., sus pensamientos se lanzaban al porvenir. ¿Cómo sería el combate? ¿Qué pasaría? ¿Qué será de él? Será soldado, y un día, vestido de uniforme, dirigirá un ejército en algún verdadero campo de batalla lejano, donde se dispute, no un pedacito de tierra como este solar, sino la tierra grande, la tierra querida que llamamos patria. ¿O será médico, un médico que librará todos los días un gran combate contra las enfermedades?

Mientras estas ideas cruzaban por la mente de Boka, descendía despacio el crepúsculo de esa tarde casi primaveral. Suspiró hondamente y se dirigió a la pila de leña para inspeccionar las guarniciones de los parapetos. Desde lo alto de las pilas, los chicos vieron acercarse al comandante. La tropa empezó a agitarse, a colocar en filas las bombas de arena y todos los muchachos se cuadraron.

De pronto el jefe se detuvo a mitad de camino y miró para atrás. Parecía escuchar alguna cosa. Después se volvió y marchó con paso rápido hacia la pequeña puerta del cerco.

Alguien había llamado. Boka descorrió el cerrojo y abrió la puertecita. Retrocedió asombrado.

Delante de él estaba Gereb.

-¿Eres tú?. preguntó el otro desconcertado.

Boka no pudo contestarle en seguida. Gereb entró lentamente y cerró la puerta tras de si. Boka no podía figurarse lo que se proponía Gereb. Pero Gereb no parecía ahora tan alegre y tranquilo como antes. Estaba pálido y triste. Se metía nerviosamente los dedos en el cuello de la camisa y era fácil darse cuenta que quería decir algo. pero que no sabía cómo empezar. Ni él ni Boka hablaban y asi se quedaron silenciosos frente a frente, unos instantes, sin poder comenzar. Al fin se decidió Gereb:

-Vine... para hablar contigo.

Al escucharlo, Boka también recuperó el habla. Contestó con tono sencillo y severo:

-Nada tengo que hablar contigo. Lo mejor que puedes hacer es salir por donde has entrado.

Pero el chico no siguió su consejo.

-Mira Boka, dijo: ya sé que te has enterado de todo. Ya sé que todos se han enterado de que me pasé a los camisas rojas. Pero ahora no vengo como espía, sino como amigo.

Boka contestó tranquilo:

-Aquí ya no puedes venir como amigo.

Gereb agachó la cabeza. Estaba preparado para un recibimiento grosero, esperaba que lo echasen, pero no esperaba ser recibido con tan serena tristeza. Esto lo mortificó más que si le hubiesen pegado. Ahora se quedó silencioso y triste:

-Vine para reparar mi falta.

-Imposible, dijo Boka.

-Lo he lamentado mucho... mucho... Os traigo la bandera que se llevó Franz Ats y que el pequeño Nemecek les volvió a quitar... y que los Pasztor le arrancaron de la mano.

Mientras decía esto sacó la banderita roja y verde que traía escondida debajo de la chaqueta. Los ojos de Boka se iluminaron. La banderita estaba arrugada, rota, se veía que habían luchado por ella.

Esto era lo que tenía de más hermoso la pequeña bandera. Estaba herida, como una bandera de verdad, destrozada por el fuego del combate.

-La bandera, dijo Boka, se la quitaremos nosotros mismos a los camisas rojas. Y si no somos capaces de quitársela, de nada sirve todo lo demás... Entonces tendremos que irnos de aquí, separarnos..., no podemos seguir juntos... Así no queremos la bandera. Y a ti tampoco te queremos.

Después quiso irse, dejando a Gereb plantado. Pero éste lo agarró de la chaqueta.

-Johann, dijo con voz ahogada, veo que me he portado muy mal con vosotros. Quiero reparar mi falta. ¡Perdonadme!

-¡Oh!, contestó Boka, yo ya te perdoné.

-¿Y me aceptáis otra vez?

-Eso no podemos hacerlo.

-¿De ninguna manera?

-De ninguna manera.

Gereb sacó su pañuelo y se lo llevó a los ojos. Boka le dijo con tristeza:

-No llores. Gereb. No quiero que llores delante de mi. Vete a tu casa y déjanos en paz. Ahora has venido aquí porque los camisas rojas también te desprecian.

Gereb guardó el pañuelo y se esforzó por conducirse como un hombre.

-Está bien, dijo, me voy. No volveréis a verme. Pero te doy mi palabra de que no vine aquí porque los camisas rojas me desprecien. Hay otra causa.

-¿Qué causa?

-No te la diré. Quizá lo sepas algún día. Pero, pobre de mí cuando lo sepas...

El presidente abrió tamaños ojos.

- No lo comprendo.

-Ni te lo diré ahora, balbuceó Gereb y se marchó hacia la puerta. Allí se detuvo y se volvió otra vez para decir:

-¿De nada valdría que te pidiese otra vez que me dejes volver?

-De nada valdría.

-Entonces... no te lo pido.

Se lanzó a la calle dando un portazo. Boka vaciló un instante. Por primera vez en su vida se había mostrado implacable con alguien. Hizo un movimiento como para seguir a Gereb. para gritarle: "Vuelve, pero pórtate bien en adelante", pero recordó de pronto una escena, Recordó la risa de Gereb. hacía poco, en la calle Paul; la risa con que Gereb se alejó de ellos. Cuando se burló de los dos. Nemecek y él se quedaron en el borde de la acera, con la cabeza gacha, el corazón lleno de tristeza, los oídos llenos de la risa desdeñosa y malvada de Gereb que se iba corriendo.

-No, se dijo, no lo llamaré. Es un mal bicho.

Después se volvió para encaminarse a las pilas de leña, pero se detuvo lleno de asombro. Todos los chicos estaban encaramados en las pilas. Habían presenciado la escena. También estaban allí los muchachos que no pertenecían a las guarniciones de los parapetos. Todo el pequeño ejército estaba formado allá arriba. Nadie dijo una palabra, todos observaban conteniendo el aliento, la escena entre Boka y Gereb. Y cuando salió Gereb y Boka se dirigió hacia ellos, estalló la excitación contenida, y todo el ejército prorrumpió de pronto en un grito unánime:

-¡Viva!, exclamaban las voces infantiles desde los parapetos, y las gorras volaban por el aire.

-¡Viva el presidente!

Un terrible silbido quebró el aire, un silbido como no hubiese podido lanzarlo la más poderosa de las locomotoras, por mucho que se esforzara. Era un silbido estridente, triunfal. Claro que fue Csonakos quien silbó. Y mirando en derredor con beata alegría, dijo sonriente:

-¡Nunca en mi vida silbé con tantas ganas!

Boka se quedó quieto en medio del solar y saludó a su ejército emocionado y feliz. Volvió a pensar en Napoleón. Así debió amarle su vieja guardia...

Todos habían observado la escena y ahora sabían a qué atenerse con respecto a Gereb. No pudieron escuchar lo que se dijeron los dos muchachos junto a la puerta, pero vieron sus ademanes, y por ellos lo comprendieron todo. Vieron el gesto negativo de Boka. Vieron que no le dio la mano a Gereb. Vieron llorar a Gereb y lo vieron irse. Cuando se volvió de la puerta para hablar otra vez con Boka, tuvieron un poco de miedo. Leszik murmuró:

-¡A lo mejor lo perdona!

Pero cuando vieron que Boka meneaba la cabeza negando, y que Gereb se iba, estalló el entusiasmo. Los vítores brotaron cuando el presidente se dirigió hacia ellos. Estaban contentos de que su jefe no se hubiese comportado como un niño, sino como un hombre. Tenían ganas de abrazarle. Pero eran tiempos de guerra y el entusiasmo sólo se podía expresar con aclamaciones. Así lo hicieron mientras les quedó aliento para gritar.

-Eres de los buenos, chico, dijo Csonakos orgulloso. Pero en seguida se asustó por su exceso de familiaridad y quiso corregir su expresión: Discúlpame... lo de chico no está bien. . . señor presidente.

Comenzaron las maniobras. Las voces de mando atronaban el aire, las tropas evolucionaban entre las pilas de leña, los parapetos repelían feroces asaltos, llovían las bombas de arena a derecha y a izquierda. Todo salio a pedir de boca. Cada uno cumplió la misión que se le había encomendado. El entusiasmo aumentó.

-Triunfaremos, se oía gritar por todas partes.

-¡Les haremos morder el polvo!

-¡A los prisioneros los ataremos!

Sólo Boka permanecía serio.

-No os mareéis con la victoria, dijo. Después del combate habrá tiempo de sobra para alegrarse. Ahora, el que quiera, puede irse a su

casa. Os repito una vez más: ¡el que no esté mañana a la hora señalada, en su puesto, es un perjurio!

Con esto se dió por terminadas las maniobras. Pero nadie tenía ganas de irse. Se quedaron en grupos dispersos, comentando el asunto Gereb.

Barabas gritó con voz aguda:

-¡Club de la Masilla! ¡Club de la Masilla!

-¿Qué quieres?, preguntaron algunos chicos.

-¡Asamblea general!

Kolnay recordó que un rato antes había prometido convocar la asamblea general en la que debía explicar por qué dejó secar la masilla colectiva. Asintió tristemente.

-Bueno, está bien, dijo. Asamblea general. Ruego a los respetables afiliados que se reúnan.

Y los respetables afiliados, con el maligno Barabas al frente, se encaminaron hacia el cerco para celebrar allí la asamblea general.

-Oíd, oíd, gritó Barabas.

Kolnay dictaminó con ademán administrativo:

-Declaro abierta la sesión. ¡El señor Barabas ha pedido la palabra!

-¡Ejem, ejem!, carraspeó Barabas anunciando escándalo. ¡Respetable asamblea general! El señor presidente no tiene suerte, porque a causa de las maniobras, casi no se realiza la reunión que va a quitarle su cargo.

-¡Ja, ja!, gritó el partido contrario.

-¡A mí no me diréis ¡ja, ja!, bramó el orador, porque yo sé lo que hablo! A causa de las maniobras, el presidente consiguió retardar un poco la asamblea, pero ahora ya no puede evitar, porque ahora...

Se interrumpió de repente. En la puertecita del cerco se oían fuertes golpes, y los chicos se asustaban ahora de cualquier ruido. A lo mejor llegaba el enemigo.

-¿Qué pasa?, preguntó el orador y todos se pusieron a escuchar. Los golpes arreciaron impacientes.

-Están llamando, dijo Kolnay con voz temblorosa, mirando al mismo tiempo por una juntura del cerco. Después se volvió a los muchachos con cara de asombro:

-Es un señor.

-¿Un señor?

-Sí. Un señor con barba.

-Abrele, entonces.

Kolnay abrió la puerta. Un señor bien vestido, cubierto con un abrigo negro entró. Tenía una barba negra y llevaba gafas.

Se detuvo en el umbral y preguntó

-¿Vosotros sois los muchachos de la calle Paul?

-Sí, contestó el Club de la Masilla en pleno.

Al oír la respuesta, el señor del abrigo negro entró y los miró con ojos un poco más amistosos.

-Soy el padre de Gereb, dijo cerrando la puerta.

Todos se callaron. La cosa empezaba a ponerse seria si el padre de Gereb venía a verlos. Leszik llamó a un lado a Richter.

-¡Corre a llamar a Boka!

Richter se fue volando al aserradero. Allí estaba Boka explicando a los muchachos lo que había pasado con Gereb. El señor de la barba se dirigió al Club de la Masilla:

-¿Por qué habéis echado a mi hijo?

Kolnay se adelantó:

-Porque se vendió a los camisas rojas.

-¿Y quiénes son los camisas rojas?

-Es otro grupo de chicos que tienen su campamento en el Jardín Botánico... Pero ahora nos quieren quitar este terreno, porque ellos no tienen donde jugar. Son nuestros enemigos.

El hombre barbudo frunció el ceño.

-Hace un rato mi hijo llegó a casa llorando. Quise saber a toda costa lo que le pasaba, pero no pude arrancarle nada. Sólo cuando le ordené que me dijese la verdad, confesó que lo acusaban de traidor. Entonces le dije: Ahora mismo tomo mi sombrero y voy a ver a esos

muchachos. Hablaré con ellos y les preguntaré lo que hay de cierto en esto. Si no es verdad, exigiré que te pidan perdón. Pero si es verdad, ya verás lo que es bueno, porque tu padre ha sido toda su vida un hombre de honor y no tolerará que su hijo traicione a sus compañeros. Así le hablé... Por eso estoy aquí y pido que, en nombre de vuestro honor y de vuestra conciencia, me digáis si es cierto o no es cierto que mi hijo os ha traicionado. ¡Hablad!

Los chicos callaban.

-Hablad, repitió el padre de Gereb. No temáis nada. Decidme la verdad. Necesito saber si habéis mortificado a mi hijo injustamente o si merece un castigo.

Nadie contestó. Nadie quería mortificar a ese señor que parecía tan bueno y a quien tanto preocupaba el carácter de su hijo. El señor se volvió hacia Kolnay:

-Tú dijiste que os había traicionado. Tienes que probarlo. ¿Cuándo os traicionó? ¿Cómo os traicionó?

Kolnay tartamudeó:

-Yo... yo... oí algo...

-Así no vale. ¿Quién sabe algo concreto? ¿Quién lo ha visto? ¿Quién lo sabe?

En ese momento salían Boka y Nemeček de entre las pilas de leña. Richter los traía. Kolnay respiró.

-Mire, señor, dijo, allí viene..., es ese chico rubio... Nemeček... él fue quien lo pescó. El sabe todo.

Esperaron hasta que los tres muchachos estuvieron cerca. Pero Nemeček se encaminaba a la puerta. Kolnay los llamó "¡Boka! ¡Venid!"

-No podemos, contestó Boka. Esperad un momento, Nemeček se descompuso. Le dio un terrible acceso de tos... Tengo que acompañarlo a su casa...

Cuando el hombre del abrigo oyó el nombre de Nemeček, lo interpelló:

-¿Tú eres Nemeček?

-Sí, dijo el rubiecito despacio, y se acercó al señor del abrigo negro.

Este le dijo con mucha severidad:

-Soy el padre de Gereb y he venido para saber si mi hijo es un traidor o no. Tus compañeros afirman que tú lo has descubierto, que lo sabes con certeza. Apelo a tu conciencia: ¿es verdad o no?

La cara de Nemecek ardía de fiebre. Estaba muy enfermo. Le latían las sienes y tenía las manos húmedas. Todo giraba en torno suyo y se sentía la mar de raro... Y ese tío barbudo, con sus gafas, que lo miraba tan serio, tan serio como el señor Racz cuando los alumnos no sabían la lección... Todos esos muchachos que estaban allí papando moscas..., la guerra..., cuántas cosas... y esa pregunta tan severa, tan preñada de amenazas para ese muchacho que se llamaba Gereb, si de verdad había sido un traidor...

-¡Contesta!, le exigía el hombre negro. ¡Habla! ¡Contesta! ¿Fue un traidor?

Y el muchachito rubio contestó valientemente, con su cara roja de fiebre, con sus ojos brillantes de fiebre, despacio, como si él fuese el culpable, como si confesase: ¡No, señor, no ha traicionado!

El padre se volvió con gesto orgulloso:

-¿Así que me habéis mentido?

El Club de la Masilla quedó como fulminado. Nadie se movió.

-¡Muy bonito!, dijo el señor de la barba negra, irónico. ¡Así que me habéis mentido! Ya sabía yo que mi hijo es un muchacho honrado.

Nemecek no podía tenerse en pie. Preguntó modestamente:

-¿Puedo irme?

El barbudo se rió con sorna:

-¡Sí, puedes irte, caballero sabelotodo!

Y Nemecek salió a la calle, tambaleándose, conducido por Boka. Todo nadaba ante sus ojos. Ya no veía nada. El hombre negro, la calle, el montón de pilas de leña, todo bailaba una danza confusa ante él, unas palabras muy raras le retumbaban en los oídos. ¡A los parapetos, muchachos!, chillaba una voz. Otra voz decía: "¿Es un traidor

mi hijo?", y el hombre negro se reía con sorna y a medida que se reía la boca se le agrandaba, se le ponía tan grande como el portón de la escuela... y después el señor Racz pasaba por el portón. Nemecek se quitó el sombrero.

-¿A quién saludas?, preguntó Boka. No hay ni un alma en la calle.

-Saludo al señor Racz, dijo Nemecek muy bajito.

Boka empezó a llorar. Marchaba cada vez más rápido, llevando del brazo a su amiguito por las calles que comenzaban a llenarse de sombras.

En el solar, Kolnay se adelantó y dijo al señor negro:

-Disculpe; ese Nemecek es un mentiroso. Nosotros lo hemos declarado traidor y está expulsado de nuestro club.

El padre se sentía feliz, y dijo, asintiendo

-Se le ve en la cara y en los ojos ladinos. No debe tener la conciencia tranquila.

Y se fue muy contento a su casa, para perdonar a su hijo. En la esquina de la calle Ülloi, vio como Boka y Nemecek cruzaban la calle frente a la Clínica. Pero en ese instante Nemecek lloraba muy triste, lleno de amargura, desde lo más profundo de su corazón de soldado raso, y a través de su llanto afiebrado se le oía repetir:

-Han escrito mi nombre todo con minúsculas..., mi pobre nombre lo han escrito con minúsculas, mi nombrecito tan honrado lo escribieron...

CAPÍTULO SEPTIMO

Al día siguiente, en la hora de latín, había tal excitación en toda la clase. que hasta el señor Racz se dio cuenta.

Los chicos no podían estarse quietos en sus asientos: se miraban. no atendían y para decir verdad, no eran sólo los chicos de la calle Paul los que observaban tan extraña conducta, sino todo el colegio. El rumor de los grandes preparativos de guerra se difundió rápidamente, y hasta los muchachos de cuarto y quinto año se interesaron por el acontecimiento. Los camisas rojas eran alumnos del colegio central y los del gimnasio deseaban por esto que triunfasen los de la calle Paul. Algunos opinaban que el triunfo era una cuestión de honor para toda la institución.

-Pero, ¿qué os pasa?, preguntó el señor Racz con impaciencia. ¡No os quedáis un momento quietos, estáis distraídos, y ni siquiera escucháis lo que se os dice!

Pero no insistió mucho para saber lo que les ocurría a los chicos. Se contentó con comprobar que la clase tenía un día intranquilo. Dijo con voz gruñona:

-¡Claro. es primavera, iréis a jugar por ahí, pensáis en los partidos de pelota..., no os cae bien la escuela hoy! ¡Ya os voy a dar yo!

Pero el profesor decía esto por decir algo. El señor Racz tenía una cara severa, pero muy buen corazón.

-Puedes sentarte, dijo al alumno que estaba dando la lección, y comenzó a hojear el cuaderno.

En esos momentos reinaba en la clase un silencio de tumba. Todos contenían el aliento, hasta los que sabían la lección, y todos miraban ansiosos los dedos del maestro que se movían lentamente entre las

páginas del pequeño cuaderno. Cada uno sabía con certeza en cuál página estaba su nombre. Si el profesor hojeaba por el final, respiraban los de las letras A y B. Pero si abandonaba las últimas hojas y se detenía en las primeras, los de las letras R, S y T se tranquilizaban.

Miró la lista y llamó despacio:

-¡Nemecsek!

-¡Ausente!, contestó toda la clase con tono amenazador. Y una voz. la voz de un chico de la calle Paul, agregó:

-Está enfermo.

-¿Qué tiene?

-Está resfriado.

La mirada del profesor abarcó toda la clase y dijo como al pasar: "Por qué no os cuidáis."

Pero los de 1a calle Paul se miraban entre ellos. Sabían muy bien cómo y por qué no se cuidó. Se sentaban en bancos distantes uno en el primero, otro en el tercero y para decir verdad, Csonakos se sentaba en el último. pero se miraban. Se les podía leer en la cara que el tal Nemecsek pescó el resfriado por un asunto de honor. Para decirlo como es debido: Nemecsek se resfrió en defensa de su patria. Tres veces se cayó al agua; una vez por casualidad, otra por ambición y la tercera a la fuerza. Pero él no hubiese divulgado este secreto por nada del mundo, a pesar de que ahora todos lo sabían ya. Hasta los afiliados del Club de la Masilla ya estaban enterados. Si, en el seno del Club de la Masilla nació un movimiento que se proponía hacer borrar el nombre de Nemecsek del libro negro, pero todavía no conseguían ponerse de acuerdo sobre si primero era mejor ponerle las mayúsculas correspondientes y borrar el nombre después, o si cabía borrarlo tal como estaba. Como Kolnay, que seguía siendo presidente, opinaba que se debía borrar sin mayores trámites, Barabas, naturalmente, fundó un partido que exigía que primero se devolviese el honor al nombre.

Pero en realidad este problema era de segundo orden. Todo el interés se concretaba en la guerra que debía estallar por la tarde. Des-

pués de la hora de latín, vinieron chicos de otras clases y por grupos se fueron acercando a Boka para ofrecerle su ayuda. Boka les contestó a todos:

-Lo sentimos mucho, pero no podemos aceptar vuestros ofrecimientos. Nuestra causa debemos defenderla solos. Puede que los camisas rojas sean más fuertes que nosotros, pero les ganaremos por táctica. Pase lo que pase, tenemos que luchar con nuestras propias fuerzas.

Tan grande era el interés que despertó la batalla, que no sólo ofrecieron su ayuda los alumnos de las otras clases, sino que hasta el vendedor de miel turca que seguía con su puesto de golosinas junto a la puerta del colegio, habló a Boka a la hora de la salida:

-Jovencito, le dijo, si me dejáis ir con vosotros, yo solo los sacaré a empujones.

Boka sonrió.

-¡Déjelo por nuestra cuenta, señor!

Y se fue corriendo a su casa. Cerca del colegio los compañeros de la clase rodearon a los de la calle Paul para darles consejos útiles. Algunos se empeñaban en enseñarles a poner zancadillas. Otros se ofrecían para hacer espionaje. Otros pedían que se les dejase presenciar el combate. Pero nadie obtuvo permiso. La orden severa de Boka exigía que se cerrasen las puertas del solar al iniciarse la lucha, y que éstas sólo fuesen abiertas para echar fuera al enemigo.

Todos estos conciliábulos no duraron sino breves instantes. Los chicos se alejaron porque querían estar a las dos en punto en el solar. A la una y cuarto ya no había nadie en los alrededores del colegio, y el vendedor de miel se preparaba para irse cuando el bedel de la escuela que fumaba su pipa en la puerta le habló con tono irónico:

-Ya puede ir embalando sus trastos. No se va a quedar aquí toda la vida. ¡Pronto lo mandaremos a paseo con todos sus cachivaches!

El hombre de la miel turca no se dignó contestarle, encogiéndose apenas de hombros. Era un gran señor, llevaba un fez rojo en la cabeza y no se ponía a discutir con el primer sirviente que le salía al

paso, sobre todo cuando sabía que el primer sirviente que le salía al paso tenía derecho a increparlo.

A las dos en punto, cuando Boka llegó a la puerta del solar con la gorra roja y verde de los muchachos de la calle Paul, ya estaba el ejército formado en el terreno. Toda la banda estaba allí, sólo faltaba un miembro, Nemeček, demasiado enfermo para poder salir de su casa. Así fue como el ejército de los chicos de la calle Paul, el día del combate. precisamente el día del combate, se quedó sin tropa. Todos eran subtenientes, tenientes y capitanes. La verdadera tropa, el ejército, yacía enfermo en su casa, en una casita baja de la calle Rakos, en una camita estrecha.

Boka se puso inmediatamente a la obra. Ordenó con tono militar:

-¡Firmes!

Todos estaban muy tiesos. Boka habló con voz sonora:

-Os comunico que abandono por el momento el rango de presidente porque sus funciones corresponden a tiempos de paz. Ahora estamos en guerra y por esto tomo el grado de general.

Todos estaban muy conmovidos en ese instante. De hecho fue un momento lleno de exaltación, casi histórico. El día de la batalla, en medio del peligro, Boka asumió las responsabilidades de general. El muchacho agregó:

-Y ahora quiero explicaros por última vez el plan de combate, para evitar que haya equívocos.

Aclaró nuevamente todos los puntos, y aun cuando todos conocían de memoria hasta el menor detalle de las órdenes, escucharon religiosamente. Cuando terminó, el general lanzó la voz de mando:

-¡A vuestros puestos!

En un abrir y cerrar de ojos se deshicieron las filas. Sólo quedó Kolnay al lado de Boka para ocupar el puesto de ayudante, en lugar del pobre Nemeček. Llevaba colgada una corneta de hojalata adquirida con el aporte colectivo, en cuyo costo de dos pesos entraron también los noventa centavos a que ascendían los fondos del Club de

la Masilla, fondos que fueron confiscados por el jefe del ejército para destinarlos a fines de guerra.

Era una preciosa trompetilla de postillón, pero al soplar en ella sonaba como una verdadera corneta de soldado. Con los tres toques de la corneta se podían dar todas las órdenes. Un toque quería decir que se acercaba el enemigo, dos, que había que lanzarse al ataque, el tercero, que todo el ejército debía acudir junto al general. Los muchachos ya habían ensayado estas señales el día anterior durante las maniobras.

De acuerdo con las instrucciones, el centinela que estaba encaramado en el cerco dejando asomar el pie derecho por la calle Paul, gritó mirando hacia el solar:

-¡Mi general!

-¿Qué pasa?

-Le comunico que una criada que trae una carta, quiere entrar en nuestras posiciones.

-¿A quién busca?

-Dice que busca al general.

Boka se fue hasta el cerco.

-Obsérvala bien, no vaya a ser un camisa roja disfrazado de mujer que viene a espiar.

El centinela se inclinó para mirar mejor. Tanto se inclinó que estuvo a punto de caerse. Después informó:

-Le comunico, mi general que la miré bien. Es una señora de verdad.

-Si es una señora de verdad, puede entrar.

El mismo fue a abrirle la puerta. La señora de verdad entró y miró a su alrededor. ¡Vaya si era una señora! Venía sin sombrero y en zapatillas, como si acabase de salir de la cocina.

-Le traigo una carta del niño, dijo. El niño Gereb dijo que era muy urgente y que esperase la contestación. . .

Boka abrió la carta que estaba dirigida al "Respetable presidente señor Boka" y que no era en realidad una carta, sino un montón de

papeles. Había allí toda clase de papel hojas de cuaderno, un pliego de carta de su hermana, papel de oficio, todos cubiertos con letra grandes y debidamente numerados. Leyó la carta que decía lo siguiente

"¡Querido Boka!:

Aunque sé que no quieres tener nada que ver conmigo, ni siquiera por carta, necesito hacer esta última tentativa antes de separarme definitivamente de vosotros. Ahora veo que no sólo me he portado muy mal con vosotros, sino que soy mucho más culpable aun por lo bien que se han portado con mi padre, sobre todo Nemeček, que negó mi traición. Mi padre volvió tan orgulloso de que no se hubiese demostrado mi traición, que ese mismo día me compró *El Archipiélago en llamas* de Julio Verne que yo quería leer hace mucho tiempo. El libro se lo llevé en seguida de regalo a Nemeček y eso que yo no lo leí. Claro que al día siguiente mi padre me preguntó «¿Dónde está el libro, granuja?» y como no le pude contestar, mi padre me dijo: «¡Pedazo de sinvergüenza, seguro que ya lo vendiste en la librería de viejo! ¡Ya verás si vuelvo a darte algo!» Y así fue, porque me dejaron sin almorzar, pero eso qué importa, cuando el pobre Nemeček tuvo que sufrir injustamente por mi culpa no es nada que yo sufra un poco también injustamente por él. Pero esto te lo escribo así sin más, porque esto no es lo principal que quería comunicarte. Ayer en el colegio, cuando vosotros no os dignasteis dirigirme la palabra, estuve pensando cómo podía reparar mi falta. Y creo que encontré la manera. Pensé: tengo que repararla sirviéndoos en aquello mismo en que os perjudiqué. Por eso la misma tarde que me fui de aquí tan triste porque te negaste a recibirme otra vez, corrí al Jardín Botánico para ver si averiguaba algo que os pudiese servir. Hice como Nemeček. Me subí al mismo árbol donde él estuvo acurrucado toda una tarde. Por supuesto que lo hice antes que estuviese en la isla ningún camisa roja. Por fin a las cuatro, llegaron y se pusieron a decir pestes de mí. Yo los oía divinamente desde el árbol, pero no me importaba, porque aunque vosotros me hayáis expulsado yo me siento como si perteneciese todavía a los de la calle Paul, porque mi corazón no han

podido expulsarlo y él late por vosotros y tampoco me importa que te rías de mí, lo cierto es que casi lloré de alegría cuando Franz Ats dijo «Este Gereb sigue estando con los otros, no es un verdadero traidor, y hasta estaría por decir que cuando vino aquí lo hizo mandado por los muchachos de la calle Paul para espiarnos.» Y estuvieron discutiendo mucho rato. Escuché todas sus palabras. Dijeron que como Nemecek los había espiado no empezarán la guerra hoy porque vosotros estabais avisados. Decidieron que lo harían mañana. Se les ocurrió también algo muy astuto, pero hablaron tan despacito que tuve que bajar dos ramas más para poder oír algo. Cuando ya estaba acomodado oyeron un ruido y a Wendauer se le antojó decir «A lo mejor está el Nemecek ese otra vez en el árbol.» Pero lo dijo nada más que por chiste. Por suerte no miraron para arriba, aunque si hubiesen mirado igual no me habrían visto porque el follaje me cubría completamente. Entonces decidieron que pese a todo no cambiarían la táctica del combate que es tal como Nemecek te la habrá contado. Porque Franz Ats dijo «Estos se van a creer que como Nemecek oyó todo, ahora vamos a cambiar nuestros planes de guerra. Precisamente por eso mismo no vamos a cambiar nada. Ellos esperarán un ataque diferente y los vamos a sorprender.» Después hicieron ejercicios y hasta las seis y media estuve en cuclillas arriba del árbol con peligro de que me descubriesen de un momento a otro. Te puedes imaginar lo que hubiese ocurrido si por casualidad me descubren. Ya no podía casi tenerme y de haberse quedado ellos un rato más hubiera tenido que largarme de puro cansado y débil que estaba. para caer entre ellos como un higo maduro aún cuando yo no soy un higo y el árbol no era una higuera. Pero esto te lo digo en chiste, lo principal es lo que te vengo diciendo. A las seis y media, cuando se fueron, bajé del árbol y me fui a casa y después de cenar me tuve que tragar la lección de latín porque no estudié nada en toda la tarde. Querido Boka, ahora te pido sólo una cosa. Haz el favor de creer que todo lo que te escribo es cierto, y no creas que es una mentira y que quiero venderos a los camisas rojas. He escrito todo esto para que me aceptéis de nuevo y

quiero merecer que me perdonéis. Seré un soldado fiel en las filas de la calle Paul. No me importa que me quitéis los galones de teniente, igual me da ser soldado raso ahora que os habéis quedado sin tropa porque Nemecek está enfermo y no tenéis más que al perro de Jano que no es más que un perro y yo, en cambio, soy un muchacho. Si me perdonas y me dejas volver con vosotros, vengo hoy mismo, porque quiero participar en la batalla y verás que me portaré tan bien en el fuego, que voy a expiar mi falta. Te pido por favor que le digas a María si puedo venir o no y si me dejas venir, vendré en seguida porque cuando la mandé a la María al solar yo me fui también a la calle Paul y estoy al lado de la casa que lleva el número 5 y espero la contestación. Tu fiel amigo:

Gereb."

Cuando Boka terminó de leer la carta sintió que Gereb no mentía y que se había portado tan bien, que merecía ser recibido de nuevo. Hizo una seña a su ayudante Kolnay.

-Ayudante, le dijo. Dé con el clarín el toque número 3 para que toda la guarnición acuda junto a su general.

-Espero la contestación, dijo la María.

-Tiene que esperar un momento, María, ordenó Boka como si diese una voz de mando.

La cornetita sonó, y sus notas estridentes alcanzaron a los muchachos que estaban en las pilas de leña y que bajaron corriendo para formar alrededor de su general. No comprendían el motivo que impulsaba al general a llamarlos con el clarín. Pero cuando vieron que Boka estaba muy tranquilo en su puesto, en un abrir y cerrar de ojos se alinearon en orden de combate. Boka les leyó la carta y planteó esta pregunta:

-¿Os parece que debemos aceptarlo de nuevo?

No cabe duda que los muchachos eran todos unos buenos chicos. Contestaron unánimemente: "Sí."

Boka se dirigió a la criada y le dijo:

-Avísele que venga aquí. Esta es la contestación.

María había estado mirando con asombro todo ese lío de ejército, de las gorras rojas y verdes, de las armas... Después salió trotando hacia la puerta.

-Richter, gritó Boka cuando se quedaron solos. Richter se presentó:

-Pondré a Gereb bajo tus órdenes, dijo el general, y lo vas a vigilar. Al menor movimiento sospechoso lo pescas y lo encierras en la cabaña. No creo que llegue el caso. Sin embargo no está demás un poco de precaución. ¡Descansad! Hoy no habrá combate como habéis podido ver por la carta. Todo lo planeado para hoy queda para mañana. Si ellos no modifican su plan de ataque tampoco tenemos por qué cambiar nosotros.

Quiso continuar, pero en la puerta, que nadie pensó en cerrar cuando salió la criada, apareció Gereb y entró corriendo con la cara iluminada de quien llega al fin a la tierra prometida. Pero cuando vio todo el ejército se puso serio. Se acercó a Boka llevándose la mano a la gorra roja y verde de los muchachos de la calle Paul. Saludó y dijo:

-¡Mi general, vengo a presentarme!

-Está bien, contestó Boka sin mayores formalidades, estarás a las órdenes de Richter como simple soldado por ahora. Veré cómo te conduces el día de la batalla y es posible que recuperes tus galones.

Después volvió a dirigirse al ejército:

-A todos vosotros os prohíbo terminantemente que habléis con Gereb de su falta. Quiere reparar su error y nosotros lo perdonamos. Nadie debe mortificarlo con alusiones, ni echarle en cara su delito. También a él le prohíbo que hable de ello, porque este asunto ya está liquidado.

Siguió un profundo silencio. Los chicos volvieron a decirse para sus adentros: "El Boka este, es de verdad un muchacho inteligente y se tiene bien ganado su grado de general."

Richter se puso en seguida a dar instrucciones a Gereb para el momento del combate. Boka charlaba con Csele. Y mientras charlaban completamente descuidados, el centinela que continuaba

encaramado en el cerco entró rápidamente la pierna derecha que tenía balanceando sobre la calle Paul. En su cara se pintó un gesto de horror y balbuceó asustado:

-¡Mi general... se acerca el enemigo!

Boka se lanzó a la puerta con la rapidez del rayo y echó el pasador. Todos miraban a Gereb que estaba junto a Richter, pálido como un muerto. Boka dijo lleno de cólera:

-¿De modo que nos mentiste? ¿Que volviste a mentirnos ?

Gereb estaba tan desconcertado que no acertaba a pronunciar una palabra. Richter lo tomó del brazo.

-¿Qué quiere decir esto?, gritó Boka.

Gereb se puso a tartamudear penosamente:

-A lo mejor se dieron cuenta que yo estaba en el árbol... y dijeron todo eso para engañarme.

El centinela miró a la calle, saltó el cerco, tomó su arma y corrió a formar junto a sus compañeros.

-Vienen los camisas rojas, dijo.

Boka fue a la puerta y la abrió. Dando muestras de gran serenidad salió a la calle. Era verdad que venían los camisas rojas. Pero nada más que tres los dos Pasztor y Szebenik. Cuando vieron a Boka, Szebenik sacó una banderita blanca de debajo de la chaqueta e hizo señas a Boka. Desde lejos gritó:

-¡Somos parlamentarios!

Boka se volvió al solar. Tuvo un poco de vergüenza de Gereb porque había sospechado de él con tanta precipitación y le dijo a Richter:

-Suéltalo. Vienen a parlamentar. Traen bandera blanca. ¡Perdóname, Gereb!

Gereb respiró. Poco faltó para que fuese a la cárcel sin culpa alguna. Pero el centinela también fue amonestado.

-Oye, le gritó Boka. ¡observa bien lo que pasa antes de dar la voz de alarma! ¡Pedazo de gallina! y ordenó:

-Todos otra vez a las pilas. Conmigo no se quedan más que Kolnay y Csele. ¡March...!

El ejército se puso en marcha con paso marcial y desapareció detrás de las pilas. Gereb se fue con ellos. Acababan de perderse de vista las últimas gorras rojas y verdes cuando los parlamentarios llamaron a la puerta. El ayudante les abrió. Entraron. Los tres llevaban camisas rojas y gorras rojas. Venían sin armas y Szebenik hacía ondear la bandera blanca.

Boka sabía la conducta que se observaba en parecidas circunstancias. Tomó su lanza y la apoyó contra el cerco para estar también desarmado. Kolnay y Csele siguieron su ejemplo sin pronunciar palabra. Kolnay llevó tan lejos su celo que hasta puso en el suelo la corneta.

El mayor de los Pasztor se adelantó:

-¿Tengo el honor de hablar con el general en jefe?

Csele contestó:

-Sí, es el general.

-Venimos en delegación, dijo Pasztor y yo soy el jefe de la embajada. Hemos venido a declarar la guerra en nombre de nuestro general en jefe, Franz Ats.

Cuando pronunció el nombre del general en jefe, toda la delegación saludó. Boka y su gente se llevaron cortesmente la mano a la gorra. Pasztor continuó:

-No queremos sorprender al enemigo. Vendremos mañana a las dos y media en punto. Esto es lo que queríamos decir. Esperamos contestación.

Boka sintió que era un momento de extraordinaria seriedad. Su voz temblaba un poco cuando contestó:

-Aceptamos la declaración de guerra. Pero tenemos que ponernos de acuerdo sobre algunos puntos. No quiero que esto se transforme en una pelea a golpes y puntapiés.

-Nosotros tampoco queremos que esto pase, dijo Pasztor muy serio y como de costumbre dejó caer la cabeza sobre el pecho.

-Desearía, siguió Boka, que empleásemos sólo tres formas de combatir. Bombas de arena, lucha verdadera y batalla de lanzas. Vosotros conocéis las reglas, ¿verdad?

-Sí.

-El que toca el suelo con los hombros, debe considerarse vencido y no puede seguir luchando. Puede, en cambio combatir empleando los otros medios. ¿Estáis de acuerdo?

-Sí.

-Está prohibido golpearse con las lanzas o pinchar con ellas. Sólo se emplearán para hacer fintas.

-De acuerdo.

-No se debe luchar dos contra uno, sino tropas contra tropas. ¿Aceptado?

-Sí.

-Entonces no tengo más nada que agregar.

Saludó. Csele y Kolnay también se habían cuadrado y saludaron. Los delegados contestaron y Pasztor volvió a tomar la palabra

-Tengo que hacer otra pregunta. Nuestro jefe nos encargó que averiguásemos cómo está Nemecek. Nos han dicho que está enfermo. Si está enfermo tenemos el encargo de ir a verlo porque hace unos días se mostró muy valiente frente a nosotros y a pesar de ser un enemigo, nos merece el mayor respeto.

-Vive en la calle Rakos Nº 3. Está muy enfermo.

La delegación saludó. Szebenik agitó la bandera, Pasztor ordenó "¡march!" y los parlamentarios se encaminaron a la puerta. En la calle llegó hasta ellos el sonido de la cornetita con que el general llamaba a su ejército para informarle de lo ocurrido.

La delegación marchaba con paso acelerado en dirección de la calle Rakos. Frente a la casa donde vivía Nemecek se detuvieron. En la puerta había una muchachita a la que preguntaron:

-¿Vive aquí un chico que se llama Nemecek?

-Sí, dijo la muchachita y los llevó hasta la humilde casita de una planta donde vivía Nemeček. Junto a la puerta había una plaquita de latón pintada de azul que decía: "Andreas Nemeček, sastre."

Entraron y saludaron. Dijeron el motivo de su visita. La madre de Nemeček, una pobre mujercita rubia, muy parecida a su hijo -o mejor dicho a quien se parecía mucho su hijo- los llevó a la habitación donde éste yacía. También aquí Szebenik agitó la bandera blanca. Y también Pasztor se adelantó:

-Franz Ats te manda saludos y te desea que te mejores pronto.

El chiquillo rubio con su cara pálida y su cabeza recostada en la almohada, se sentó al oír estas palabras. Sonrió feliz y su primera pregunta fue:

-¿Para cuando es la guerra?

-Para mañana.

Al oírlo se entristeció:

-Entonces no podré estar, dijo apenado.

La delegación no contestó nada. Por turno los muchachos fueron estrechando la mano de Nemeček y el áspero Pasztor con su cara salvaje, dijo conmovido:

-Perdóname.

-Te perdono, contestó el rubiecito despacio y empezó a toser. Volvió a reclinarsse en la almohada y Szebenik se la arregló bajo la cabeza.

Después dijo Pasztor:

-Ahora nos vamos.

El abanderado agitó una vez más la bandera blanca y los tres se fueron a la cocina. Allí la madre de Nemeček les dijo llorando

-Sois unos chicos tan buenos... tan cariñosos... porque lo queréis tanto a mi pobre hijito. Por eso... por eso... os daré una taza de chocolate.

Los miembros de la delegación se miraron. El chocolate era una cosa muy tentadora. Sin embargo Pasztor se irguió y esta vez no dejó caer su hermosa cabeza morena sino que la alzó altivamente

-Por esto no merecemos ninguna taza de chocolate ¡march!
Y se fueron.

CAPÍTULO OCTAVO

-El día de la batalla fue un maravilloso día de primavera. Por la mañana llovió y en la escuela los chicos estuvieron mirando sin cesar las ventanas llenos de tristeza. Temían que la lluvia impidiese la batalla. Pero a eso de las doce paró la lluvia y el cielo se aclaró. A la una brilló un radiante sol de primavera, las calles se secaron y cuando los chicos salieron de la escuela ya no hacía frío. El viento de las montañas traía suaves aromas. Imposible imaginar tiempo más hermoso para una batalla. La arena amontonada en las pilas se habían humedecido, pero después de almorzar ya estaba algo seca. Las bombas resultaban mejor así.

A la una fue un correr alocado. Todos volaban a sus casas, y a las dos menos cuarto ya bullía el ejército en el solar. Algunos traían todavía el pan del almuerzo en el bolsillo y lo comían a bocados. Hoy la agitación no era tan grande como ayer. Ayer todavía se estaba a la espera de lo que habría de ocurrir, pero la llegada de los delegados había calmado la ansiedad y traído en cambio una serena decisión. Ahora se sabía cuándo llegaría el enemigo y se sabía también que era necesario combatir. Todos ardían en deseos de luchar y se les hacía largo el tiempo que los separaba de la batalla. Pero en la última media hora Boka introdujo una modificación en el plan de guerra. Cuando los chicos estuvieron reunidos advirtieron asombrados que entre los parapetos 4 y 5 se abría una profunda zanja. Los más miedosos pensaron inmediatamente que la había abierto el enemigo y asaltaron a Boka: "¿Viste la zanja?"

-Sí.

-¿Quién la hizo?

-Jano, esta mañana, yo le encargué que la hiciera.

-¿Para qué?

-He modificado un poco el plan de guerra.

Miró sus papeles y llamó a los comandantes de los batallones A y

B:

-¿Veis esta zanja?

-Sí.

-¿Sabéis qué es una trinchera?

No lo sabían muy bien.

-La trinchera, dijo Boka, sirve de baluarte al ejército y lo oculta a los ojos del enemigo permitiéndole lanzarse al combate en el momento oportuno. La modificación del plan de guerra consiste en que no os quedaréis junto a la puerta de la calle Paul. Me he dado cuenta de que sería un error. Os esconderéis con los dos batallones en la trinchera. Cuando las fuerzas del enemigo que a vosotros os toca rechazar aparezcan por la puerta de la calle Paul, los parapetos empezarán el bombardeo. El enemigo se lanzará contra los parapetos porque no verá la trinchera cavada al pie de las pilas. Cuando llega a cinco pasos de la zanja os enderezáis y empezáis a bombardearlo con arena. Al mismo tiempo se hace fuego desde todas las fortificaciones. Entonces salís vosotros de la zanja y os echáis sobre el enemigo. No tratéis de rechazarlo desde el primer momento hacia la puerta, sino que esperaréis a que la sección de la calle Marie esté lista, y sólo cuando oigáis que el clarín llama al ataque lo empujáis hacia la puerta. Cuando hayamos arrinconado en la cabaña a las fuerzas de la calle Marie, las tropas de las fortificaciones 1 y 2 reforzáis a las otras fortificaciones y las tropas de la calle Marie vendrán a ayudaros. ¿Habéis comprendido?

-¡Sí!

-Entonces doy la señal de ataque. En ese momento ya seremos más que ellos porque la mitad de su ejército estará encerrado en la Cabaña. De acuerdo con nuestras reglas de combate está permitida la lucha de

tropas desiguales. Sólo en los ataques individuales no se puede pelear dos contra uno.

Mientras decía esto, Jano se acercó a la zanja y dio algunos golpes de pala. Después volcó en ella una carretilla de arena.

Entretanto, la guarnición de las fortalezas trabajaban activamente y ultimaban los detalles de la defensa en las pilas. Las fortificaciones estaban construidas de manera que sólo se veía las cabezas de los chicos entre los troncos. Las cabezas se agachaban, desaparecían y reaparecían. Los muchachos preparaban bombas de arena. En lo alto de cada fuerte ondeaba una banderita roja y verde, sólo en el fuerte N° 3, el de la punta, faltaba la bandera. Era la que se había llevado Franz Ats. No izaron ninguna otra en su lugar, porque querían reconquistar la antigua en el combate.

No olvidemos que después de mil peripecias esa famosa bandera se encontraba en poder de Gereb. Primero se la llevó Franz Ats y los camisas rojas la escondieron en las ruinas del Jardín Botánico. De allí la robó Nemecek dejando marcadas en la arena las huellas de sus pies chiquititos. En aquella tarde memorable, cuando el rubiecito se lanzó del árbol repentinamente para ir a caer entre los camisas rojas y los Pasztor le arrancaron la bandera, ésta volvió a quedar en el arsenal secreto de los camisas rojas, junto a las lanzas y los *tomahawks*. De allí la sacó después Gereb para reconciliarse con los muchachos de la calle Paul. Pero entonces Boka le declaró que no quería recuperar la bandera por semejantes medios. Querían reconquistarla con honra.

Ayer por la tarde, pocos instantes después que la delegación de los camisas rojas abandonó sus dominios, se presentó una delegación de los chicos de la calle Paul en el Jardín Botánico llevando la bandera.

Cuando llegaron, sesionaba el consejo de guerra. Csele era el jefe de los parlamentarios. Le acompañaban Weiss y Csonakos. Csele llevaba una bandera blanca. La roja y verde la tenía Weiss envuelta en papel de diario.

En el puente les salió al paso el centinela

-¡Alto! ¿Quién vive?

Csele sacó de debajo de la chaqueta la bandera y la agitó. Pero no dijo ni palabra. Los centinelas no sabían cómo proceder y por eso gritaron para que los oyeran desde la isla:

-¡Huya hop! ¡Ha venido gente extraña!

Franz Ats en persona vino al puente. Sabía el significado de la bandera blanca. Dejó que la delegación penetrara en la isla.

-¿Venís a parlamentar?

-Sí.

-¿Qué queréis?

Csele tomó la palabra.

-Os traemos la bandera que vosotros nos habéis quitado. Está en nuestro poder, pero nosotros no la queremos por estos medios. Traedla mañana al combate y si podemos reconquistarla la reconquistaremos. Si no, quedará para vosotros. ¡Esto es lo que manda decirnos mi general!

Hizo una seña a Weiss quien muy serio sacó la bandera del papel y la entregó:

-¡Jefe del arsenal, Szebenik!, gritó Ats.

-Ausente, dijeron algunos muchachos.

Csele aclaró:

-Vino a vernos hace un momento con la delegación.

-Es verdad, convino Franz Ats, lo había olvidado, ¡Que venga el que lo reemplaza!

Se doblaron las ramas de un árbol y el pequeño Wendauer, ágil como una ardilla, se presentó al comandante.

-Hazte cargo de la bandera que traen los parlamentarios y guárdala en el arsenal.

Dicho esto se volvió a los delegados

-En el combate llevará esta bandera Szebenik, el jefe del armamento. Esta es mi respuesta.

Csele quiso agitar la bandera blanca para dar la señal de retirada, cuando el jefe de los camisas rojas tomó la palabra:

-Supongo que fue Gereb quien os devolvió esta bandera. ¿No es así?

Silencio. Nadie contestó. Ats insistió.

-¿Fue Gereb?

Csele se cuadró muy tieso.

-Sobre este asunto no traigo ninguna orden, dijo con tono militar. Después ordenó a su gente "¡Firmes! ¡March!"

Y dejó plantado al jefe de los camisas rojas. Por algo tenía Csele fama de presumido, de niño elegante. La pura verdad es que se portó como un verdadero militar, No tenía por qué acusar a nadie ante el enemigo, ni siquiera a un traidor.

Y Franz Ats se quedó un poco avergonzado. A su lado. Wendauer lo miraba boquiabierto. El comandante le gritó furioso:

-¿Por qué te estás ahí papando moscas? ¡Lleva la bandera a su sitio!

Wendauer salió disparando y pensó para sus adentros: "¡Estos muchachos de la calle Paul son grandes tipos! ¡Va el segundo que lo deja chiquito al terrible Franz Ats!"

Así fue como los camisas rojas volvieron a entrar en posesión de la bandera. y por eso faltaba la bandera en el fuerte N° 3.

Los centinelas ya estaban instalados sobre el cerco. Uno, a caballo de la empalizada de la calle Marie, el otro, sobre la de la calle Paul. De entre los grupos que iban y venían atareados alrededor de las pilas de leña, se separó Gereb. Se acercó a Boka y juntó los talones:

-Mi general, quisiera que me autorice a hacerle un pedido.

-¿De qué se trata?

-Usted ha ordenado, mi general, que yo desempeñe el puesto de artillero en la fortaleza N° 3 porque por su situación es la más expuesta. Y porque en ella falta la bandera que yo quise devolver.

-Bueno, sí, pero ¿qué quieres?

-Solicito que se me asigne un puesto de más peligro. Ya cambié con Barabas que tiene que estar en la trinchera. Es un gran tirador y

prestará muy buenos servicios en la fortaleza. Yo quisiera luchar en campo abierto. salir de la trinchera con los de primera línea. Le ruego que me lo permita.

Boka lo midió con la mirada

-Pese a todo eres un muchacho valiente. Gereb.

-¿Me autoriza?

-Sí.

Gereb saludó. pero se quedó parado un momento frente al general.

-Bueno. ¿y ahora qué quieres?

-Sólo quería decir. contestó el artillero un poco cortado, que me alegré cuando dijiste: "eres un muchacho valiente, Gereb". Pero me dolió cuando dijiste: "pese a todo eres un muchacho valiente Gereb".

-¿Qué quieres que haga? La culpa es tuya. Pero no te muestres tan susceptible. ¡Media vuelta! ¡March! A tu puesto.

Y Gereb se fue. Se metió en la trinchera muy contento y empezó a fabricar inmediatamente bombas de arena húmeda. Un tipo todo embarrado salió gateando de la trinchera. Era Barabas. Le preguntó a Boka:

-¿Le diste permiso?

-Sí, contestó el general.

La verdad es que todavía no le había devuelto toda la confianza a Gereb. Ese es el destino del traidor. Cuando dice la verdad tampoco le creen. La palabra del general desvaneció las dudas. Barabas trepó a la fortaleza de la esquina y desde abajo se le vio presentarse al comandante y saludar. Un instante después desaparecieron sus cabezas infantiles tras los baluartes. No tenían tiempo que perder. Se pusieron a levantar pirámides de bombas.

Así pasaron algunos minutos. Para los muchachos contaban como horas y la impaciencia creció a tal punto, que comenzaron a oírse frases como estas

-¡A lo mejor se arrepintieron!

-¡Les entró miedo!

-¡Debe de ser alguna treta! ¡No van a venir!

Muy poco después de las dos llegó corriendo el ayudante a los puestos de combate con la orden de que cesaran todos los ruidos y que las tropas se cuadraran, porque el general quería hacer su último recorrido por los parapetos. Acababa de pasar el ayudante por el último grupo cuando ya Boka estaba frente al primero, mudo y severo. Primero pasó revista a las fuerzas de la calle Marie. Lo encontró todo en orden. Los dos batallones ocupaban sus puestos a la derecha y a la izquierda de la puerta. Los comandantes se presentaron.

-Todo está en orden, les dijo Boka. ¿Sabéis lo que tenéis que hacer?

-Sí, mi general. Tenemos que simular la fuga.

-Y después los tomáis por la retaguardia.

-¡Sí, mi general!

Después visitó la cabaña. Abrió la puerta y puso la gran llave herrumbrada en la cerradura del lado de afuera. La hizo jugar para ver si funcionaba bien. Luego inspeccionó las tres primeras fortalezas. En cada una había dos hombres. Las bombas estaban apiladas en pirámides. En la fortaleza número tres había tres veces más bombas que en las otras. Era la posición más importante. Estaba ocupada por tres artilleros que se cuadraron militarmente frente al general. En las fortalezas 4, 5 y 6 había bombas de reserva.

-Estas no las toquéis, dijo Boka, porque las bombas de reserva tendrán que ser empleadas cuando llegue el refuerzo de las otras fortalezas.

-¡Sí, mi general!

En el fuerte N° 5 la expectativa había llegado a tal punto, que uno de los artilleros, extremando su celo echó el alto al general. Su compañero le dió un codazo. Pero Boka le gritó:

-¿No reconoces a tu general, grandísimo burro? Después agregó. ¡A un tipo así habría que fusilarlo sin más trámites!

El pobre artillero tuvo un susto mayúsculo. En el apuro no se le ocurrió que no era muy posible que lo fusilasen. Tampoco el general

pensó que esta vez -cosa que le ocurría raramente- había dicho algo fuera de lugar.

Siguió andando y llegó a la trinchera. En el fondo de la zanja estaban los batallones bien pegados a la tierra. Entre ellos, Gereb sonreía con cara feliz. Boka se detuvo sobre el parapeto de la trinchera.

-¡Muchachos, dijo entusiasmado, de vosotros depende el resultado de la batalla! Si conseguís entretener al enemigo como para dar tiempo a que el destacamento de la calle Marie cumpla su misión, la victoria será nuestra. ¡No lo olvidéis!

Le respondió una gritería infernal desde la trinchera. Las figuras que estaban agazapadas se enardecieron. Tenían algo de cómico esos monigotes que gritaban y agitaban sus gorras sin enderezarse.

-¡Silencio!, ordenó el general.

Y fue a colocarse en medio del solar.

Allí lo esperaba Kolnay con la corneta.

-¡Ayudante!

-¡A sus órdenes, mi general!

-Ahora tenemos que instalarnos en algún lugar que nos permita abarcar todo el teatro de operaciones. Los jefes suelen observar las batallas apostados en una altura. Por eso nosotros treparemos al techo de la cabaña.

Un instante después estaban en el sitio elegido. El sol hacía brillar la corneta de Kolnay y daba al ayudante un aire terriblemente combativo. En las fortalezas los artilleros se decían los unos a los otros:

-Fíjate allá...

Y después volvieron a salir del bolsillo de Boka los gemelos de teatro que tan gran papel habían representado aquella vez, en el Jardín Botánico. Se puso la correa en bandolera y en ese momento sólo se diferenciaba del gran Napoleón en algunos pequeños detalles. Era un general en jefe indiscutiblemente. Y se pusieron a esperar.

Para un cronista concienzudo, cuenta también el factor tiempo, por esto señalamos que exactamente seis minutos después, se oyeron los

toques del clarín enemigo en la calle Paul. Sus sonidos pusieron en conmoción a las tropas.

-Vienen...

El aviso corrió de boca en boca.

El general palideció un poco.

-Ahora, dijo Kolnay, ahora se decide el destino de nuestro imperio.

Segundos más tarde saltaban los dos centinelas del cerco y corrían a la cabaña en cuyo techo se encontraba el jefe. Se detuvieron a tres pasos y saludaron:

-¡Viene el enemigo!

-¡A vuestros puestos!. ordenó Boka y los dos centinelas se lanzaron a toda carrera para incorporarse a sus batallones. Uno se fue a la trinchera, el otro se reunió con las fuerzas de la calle Marie. Boka acercó los gemelos a sus ojos y dijo despacio a Kolnay:

-¡Prepara la corneta!

La orden fue cumplida. Después apartó los gemelos rápidamente. Sus mejillas enrojecieron y dijo con voz resuelta

-¡Señal!

Y la corneta lanzó la señal. Los camisas rojas estaban formados junto a ambas puertas del imperio. Sus lanzas plateadas brillaban al sol. Con sus camisas rojas y sus gorras rojas parecían diablos rojos. También ellos llamaron al asalto y el aire se llenó de ardientes sonos de clarín.

Kolnay tocaba sin interrumpirse ni un solo instante: "Trara... tra... trara..." atronaba la corneta desde el techo de la cabaña.

Boka buscaba ahora a Franz Ats con los gemelos. Exclamó:

-Allá está... Franz Ats viene con el batallón que ocupa la calle Paul... Szebenik está con él... trae nuestra bandera... ¡El ejército de la calle Paul tendrá que librar un duro combate!

Las tropas que llegaban por la calle Marie estaban mandadas por el mayor de los Pasztor. Su bandera roja flameaba al viento. Y las tres trompetas sonaban sin parar. Los camisas rojas se detuvieron ante las puertas sin deshacer su formación,

-¡Estos están tramando algo!, dijo Boka.

-¡Es igual!, comentó el ayudante que por un segundo se quitó la corneta de los labios. Pero un instante después siguió soplando con toda su alma: "Trara... tra... trara..."

De pronto enmudecieron las trompetas de los camisas rojas. La tropa de la calle Marie lanzó su grito de guerra.

-¡Huya hop! ¡Huya hop!

Y se lanzaron a la puerta. Los nuestros les hicieron frente algunos instantes, como si aceptasen el combate, pero no tardaron en emprender la fuga, tal como les ordenara el plan de batalla,

-¡Bravo!, exclamó Boka. Después miró ansioso a la calle Paul. La división de Franz Ats no atacaba, El ejército estaba en la calle, delante de la puerta, como clavado en el suelo. Boka se asustó:

-¿Qué querrá decir esto?

-Debe ser una treta, dijo Kolnay temblando. Después volvieron a mirar a la izquierda. Los nuestros huyen y los camisas rojas los persiguen aullando.

Boka, que estuvo mirando la inactividad de las fuerzas de Franz Ats con rostro serio, casi turbado, hizo ahora algo como no había hecho nunca en su vida. Tiró su gorra al aire, lanzó un grito de júbilo y se puso a bailar como un endemoniado sobre el techo de la frágil cabaña que amenazaba hundirse bajo sus pies.

-¡Estamos salvados!, exclamó.

Se echó sobre Kolnay y lo abrazó. Después lo zamarreó un buen rato. El ayudante no comprendió un pepino de lo que estaba ocurriendo. Preguntó muy asombrado:

-¿Se puede saber qué es lo que pasa? Pero, ¿qué pasa?

Boka le señaló a Franz Ats y a su ejército inmóvil.

-¿Los ves?

-¡Claro que los veo!

-¿Y no lo comprendes?

-Ni pizca.

-¡Pobre cabeza de chorlito... estamos salvados... hemos triunfado!
¿Y todavía no comprendes?

-¡Cada vez menos!

-¿Ves que se están ahí sin moverse?

-¡Por supuesto que los estoy viendo!

-No atacan... esperan.

-Ya lo veo.

-Bueno, ¿qué esperan? ¿Por qué esperan? Esperan que la división de Pasztor, la de la calle Marie, haya cumplido su cometido. Sólo entonces atacarán. Cuando comprobé que no atacaban de inmediato, comprendí lo que pasaba. Es una suerte para nosotros que su plan de combate sea idéntico al nuestro. Pasztor tiene la misión de acorralar a la mitad de nuestras fuerzas y empujarlas a la calle Marie, de este modo, reducidos nosotros a la mitad de nuestros efectivos y ellos con el total de sus fuerzas libres, seríamos vencidos irremisiblemente: Pasztor por la retaguardia y Franz Ats de frente. ¡Pobres de nosotros! ¡Pero no contaron con la madre del borrego! ¡Vamos!

Y ya había saltado a tierra.

-¿Adónde?

-Ven conmigo. Ya no hace falta seguir observando, porque esos no piensan moverse. ¡Vamos a dar una mano a nuestras tropas de la calle Marie!

La división de la Calle Marie se portaba estupendamente. Los muchachos corrían alrededor del aserradero y de las moreras. ¡Y vaya si lo hacían bien! ¡En medio de sus carreras lanzaban gritos desesperados!

-¡Ay, ay!...

-¡Estamos perdidos! ¡De ésta no salimos!

Los camisas rojas los perseguían chillando como demonios. Boka observó atentamente para ver si caían en la trampa. De pronto su gente desapareció detrás del aserradero. La mitad del ejército se encendió en el cobertizo, la otra en la cabaña.

Pasztor lanzó la orden:

-¡No los dejéis escapar! ¡Tomadlos prisioneros!

Y los camisas rojas los siguieron tal como quería Boka.

-¡Haz sonar el clarín!, gritó el general.

Y la cornetita vibró anunciando que las fortalezas debían empezar el bombardeo. En las tres primeras fortalezas se oyeron exclamaciones de triunfo proferidas por agudas voces infantiles. Siguieron estampidos sordos. Las bombas de arena cruzaban por el aire. Rojo como la grana y temblándole las manos, Boka gritó:

-¡Ayudante!

-¡A sus órdenes!

-¡Corre a la trinchera y diles que esperen! Que no empiecen hasta no oír el toque de ataque. Que las fortalezas de la calle Paul esperen también.

El ayudante salió a todo correr. Pero al llegar a la cabaña echó cuerpo a tierra y fue arrastrándose protegido por la cuneta de la trinchera para evitar ser visto por el enemigo que seguía inmóvil junto a la puerta. Pasó su mensaje en voz susurrada al soldado de guardia y gateando como había venido, volvió junto a su general.

-Todo está en orden, informó.

Detrás del aserradero el aire vibraba de gritos de combate. Los camisas rojas creían haber triunfado. Las tres fortalezas hacían fuego valientemente impidiendo al enemigo que asaltase las pilas de leña. En la fortaleza de la esquina, en la tan mentada tercera fortaleza, estaba Barabas en manga de camisa y luchaba como un león. Tomaba como blanco una y otra vez al mayor de los Pasztor. Las bombas explotaban unas tras otras sobre la negra cabeza de Pasztor. Y a cada tiro Barabas gritaba:

-¡Que te aproveche, hermano!

La arena blanda se le metía al muchacho en los ojos y en la boca. Estornudaba furioso:

-¡Ya verás cuando llegue!

-¿Y por qué no vienes?, contestaba Barabas, y apuntaba y tiraba.

El jefe de los camisas rojas volvía a recibir una carga de arena en los ojos y en la boca. En las fortalezas se oían vivas clamorosos.

-¡Traga arena!, gritó Barabas que se enardecía cada vez más y tiraba bombas con las dos manos, y todas contra Pasztor. Los otros dos artilleros tampoco estaban ociosos. La fortaleza esquinera se portaba tan bien, que daba alegría verla. La infantería estaba en el cobertizo y en la cabaña, muda, codo con codo, esperando la orden de ataque. Los camisas rojas ya habían conseguido llegar al pie de las fortalezas y trataban de escalarlas a toda costa. Pasztor volvió a dar la orden:

-¡Tomad por asalto las pilas!

-¡Pum!, gritó Barabas y le dio al jefe en la nariz.

-¡Pum!", las otras fortalezas adoptaron la consigna y regaban a los asaltantes que trataban de trepar por las pilas, con una verdadera lluvia de arena.

Boka tiró a Kolnay del brazo.

-Se les está agotando la arena. Lo veo desde aquí, Barabas ya sólo tira con una mano, y eso que en la fortaleza de la esquina había tres veces más bombas que las...

Era verdad que el fuego menguaba.

-¿Qué va a pasar?, preguntó Kolnay.

Pero Boka ya estaba completamente tranquilo:

-¡Triunfaremos!

En ese momento también la fortaleza Nº 2 paró el fuego. Lo más probable es que se hubiesen agotado las municiones.

-¡Ahora es el momento!, exclamó Boka. ¡Corre al cobertizo y diles que pasen a la ofensiva!

El corrió a la cabaña. De un empujón abrió la puerta y gritó: "¡Al asalto!"

Los dos batallones salieron como centellas, el uno del cobertizo y el otro de la cabaña. Era tiempo. Pasztor ya estaba escalando la fortaleza Nº 2. Se prendieron a él y lo echaron abajo. En las filas de los camisas rojas entró el pánico. Creyeron que las tropas que habían huido buscaban refugio detrás de las pilas y que las fortalezas no

tenían más misión que detener al enemigo frente a las pilas. Y de pronto aquellos mismos que corrían en franca retirada los atacan por la espalda...

Muchos afamados cronistas de guerra que han presenciado guerras de verdad, donde luchan los mayores, afirman que el pánico es el peligro más terrible. Los generales temen más un leve signo de pánico que cien cañones en actividad. Del pánico nace el caos, nadie es capaz de detenerlo. Y si es verdad que un ejército auténtico, armado de cañones y de fusiles es tan vulnerable al pánico, ¿cómo habría de resistir ese puñado de muchachos vestidos con camisetas rojas?

No comprendían lo que había ocurrido. Al principio ni se dieron cuenta de que estaban peleando con los mismos que lucharon minutos antes. Creyeron que se trataba de un nuevo ejército. Sólo cuando fueron reconociendo a algunos de los combatientes, vieron que estaban luchando con los mismos enemigos.

-¡Que me caiga muerto!, esta gente ha brotado de la tierra, exclamó Pasztor y en ese mismo instante dos brazos fuertes lo tomaron de las piernas para obligarle a bajar de la fortaleza.

Boka tomaba ahora parte en el combate. Eligió una camiseta roja y se puso a luchar con él. Mientras luchaban lo empujaba poco a poco, con hábiles golpes, a la cabaña, El muchacho se dio cuenta que Boka podía más y le puso una zancadilla. De las fortalezas que seguían con especial interés esta lucha, partieron voces de protesta:

-¡Qué vergüenza! ¡Le ha puesto una zancadilla!

Boka cayó al suelo. Le gritó al camiseta roja:

-Me has puesto una zancadilla! ¡Has violado las reglas del combate!

Le hizo una seña a Kolnay y entre los dos arrastraron al contrincante que se defendía con manos y pies, a la cabaña. Boka cerró la puerta tras él. Dijo ya casi sin alientos:

-Fue un bobo. Si hubiera luchado lealmente no hubiera podido vencerlo. Pero se le ocurrió ponerme una zancadilla y dió derecho a que luchásemos dos contra él...

Y corrió a meterse nuevamente en la pelea donde los chicos estaban combatiendo cuerpo a cuerpo. Con la arena que todavía les quedaba a los artilleros de las dos primeras fortalezas bombardeaban a los agresores. Las fortalezas que daban a la calle Paul seguían mudas, esperando la orden que las pondría en actividad.

Kolnay quiso buscarse un adversario y ponerse a luchar, pero Boka se lo impidió:

-¡Ahora no! ¡Corre a decir a la guarnición de las fortalezas 1 y 2 que vayan a reforzar a la 4 y a la 5!

Kolnay atravesó las filas de combatientes y transmitió la orden. Las banderas de las dos primeras fortalezas desaparecieron porque los muchachos se las llevaron a las nuevas líneas de combate.

Después se oyeron gritos de triunfo clamorosos. Se hicieron ensordecedores cuando Csonakos izó en el aire a Pasztor, al invencible Pasztor y se lo llevó a la cabaña. Un instante después estaba Pasztor golpeando las paredes de la cabaña, presa de una rabia impotente - pero golpeaba desde dentro...

De pronto se produjo un tumulto terrible. Los camisas rojas se daban cuenta de que estaban perdidos. Cuando desapareció su jefe se sintieron derrotados. Ahora no les quedaba más que una esperanza: que las fuerzas de Franz Ats, interviniendo en la lucha, impidiesen el desastre. Uno tras otro, los camisas rojas fueron desapareciendo en la cabaña, en medio de un concierto de gritos de triunfo tan sonoro, que sus ecos llegaban hasta las tropas enemigas, inmóviles todavía frente a la puerta de la calle Paul.

Franz Ats que iba y venía a lo largo de las filas de sus soldados, dijo con una sonrisa orgullosa:

-¿Habéis oído? ¡Pronto darán la señal!

Al parecer, los camisas rojas habían resuelto que cuando la división mandada por Pasztor diese cumplimiento a su misión, haría sonar el clarín para que Franz Ats con su gente se sumase a las tropas de la calle Marie en un ataque de conjunto, Pero en ese momento el pequeño Wendauer, que era el corneta de Pasztor, estaba haciendo

sonar las paredes de la cabaña junto con sus amigos y la trompetita reposaba silenciosa en la fortaleza N° 3, junto con otros trofeos de guerra...

Mientras esto ocurría junto al aserradero y la cabaña, Franz Ats daba ánimo a sus tropas:

-¡Tened paciencia! ¡En cuanto oigamos el toque de clarín será cosa hecha!

Pero el toque de clarín que esperaban con tanta impaciencia no quería sonar. La bulla y los gritos se apagaban poco a poco y llegaban cada vez más lejanos, como si viniesen de un cuarto cerrado... Y cuando los dos batallones con sus gorras rojo y verde metieron en la cabaña al último camisa roja festejando el acontecimiento con el alarido de triunfo más imponente que se haya oído jamás en el solar, comenzó a cundir la inquietud en la división de Franz Ats. El más joven de los Pasztor, salió de las filas:

-Creo, dijo, que les ha pasado algo.

-¿Por qué?

-Porque no son las voces de nuestros compañeros. Son todas voces extrañas.

Franz Ats escuchó. En efecto, también a él le pareció que esa música triunfal no venía de los suyos. Pero simuló tranquilidad.

-No les ha pasado nada, están luchando sin meter bulla. Los que gritan son los de la calle Paul porque se ven acorralados.

Como para desmentir sus palabras, llegó en ese mismo instante un "viva" inconfundible.

-¡Al diablo!, dijo Franz Ats, están dando "¡vivas!"

El menor de los Pasztor continuó:

-Cuando uno está acorralado no suele gritar "¡viva!" Quizá no debimos quedarnos tan confiados en que el ejército de mi hermano triunfaría...

También Franz Ats, que era un chico inteligente, se dio cuenta de que algo había fallado en su plan de combate. Y se dio cuenta también de que su ejército había perdido la batalla, porque su división debía

ahora luchar sola contra todas las tropas de los muchachos de la calle Paul. Su última esperanza, el toque de clarín que aguardaban con tanta impaciencia, se desvaneció...

En lugar de la tan ansiada señal, sonó otra, lanzada por el clarín enemigo, destinado al ejército de Boka. Anunciaba que la división de Pasztor había sido derrotada en toda la línea, que toda su gente estaba encerrada y que ahora los del solar pasaban a la ofensiva. En efecto, al escuchar el clarín, el ejército de la calle Marie se dividió en dos secciones. Una apareció por la cabaña y la otra junto a la fortaleza N° 3. Sus uniformes estaban algo estropeados, pero traían el ánimo de soldados victoriosos que se habían fogueado en un combate triunfal.

Franz Ats sabía ahora con absoluta certeza que el batallón de Pasztor había sido derrotado. Su división y las dos secciones enemigas estuvieron mirándose un instante hasta que Franz Ats se volvió al más chico de los Pasztor... y le dijo muy excitado:

-Bueno, pero suponiendo que los hayan derrotado, ¿dónde están? Si los han echado a la calle ¿por qué no vienen a reunirse con nosotros?

Exploraron con la mirada la calle Paul, Szebenik corrió hasta la calle Marie. No había nadie. Un carro cargado de ladrillos daba tumbos por la calle Marie y algunos transeúntes pasaban ajenos a cuanto ocurría.

-No hay nadie, informó Szebenik descorazonado.

-¿Pero adónde pueden haber ido a parar?, preguntó Franz Ats,

En cuanto hubo pronunciado estas palabras se le ocurrió pensar en la cabaña.

-¡Los han encerrado!, gritó pálido de cólera. ¡Los vencieron y los metieron en la cabaña!

Un ruido sordo de golpes procedente de la cabaña vino a confirmar su declaración. Los prisioneros daban puñetazos y puntapiés contra las paredes de tablas sin conseguir ningún resultado. La frágil cabañita estaba con los chicos de la calle Paul. Ni la puerta ni las paredes cedieron. Resistieron todos los asaltos. Los prisioneros organizaron un

concierto infernal. A toda costa querían que sus gritos fuesen oídos por las tropas de Franz Ats. El pobre Wendauer a quien le habían quitado la corneta hizo una bocina con sus manos y gritaba en ella a pleno pulmón.

Franz Ats se dirigió a su ejército:

-¡Muchachos! ¡Pasztor perdió la batalla! ¡Ahora nos toca a nosotros rescatar el honor de los camisas rojas! ¡Hurra!

Y tal como estaban, formados en una sola fila se lanzaron al asalto del solar a toda carrera. Boka estaba nuevamente con Kolnay en el techo de la cabaña y dominando con su voz la baraúnda de gritos, de golpes, de puntapiés que llegaba desde abajo, ordenó:

-¡Toca la corneta! ¡Al ataque! ¡Que hagan fuego las fortalezas!

Los camisas rojas que corrían en dirección de la trinchera vacilaron de pronto. Cuatro fortalezas los estaban bombardeando. Un largo rato estuvieron envueltos en una nube de arena que no les dejaba ver nada.

-¡Adelante la reserva!, gritó Boka.

La reserva se lanzó al asalto echándose sobre el enemigo, en medio de la polvareda. La infantería seguía pegada al suelo, en la trinchera, esperando la orden de intervenir. Las bombas caían en las filas de los combatientes y más de una explotaba en la espalda de algún chico de la calle Paul.

-¡No importa!, gritaban. ¡Seguid!

La nube de polvo espesísima se alzó de pronto. Cuando en alguna de las fortalezas se acababan las bombas los artilleros lanzaban la arena a puñados. Y en medio del solar, a veinte pasos escasos de la trinchera, ardía el combate de los dos ejércitos confundidos y tan envueltos en los remolinos de arena, que sólo de cuando en cuando se podía apreciar el color de una gorra rojo y verde o una camisa roja.

Pero el ejército de Boka ya estaba cansado. Las tropas de Franz Ats, en cambio, llegaban con bríos intactos. Había momentos en que los combatientes parecían acercarse a la trinchera. Significaba esto que los defensores del solar no estaban en condiciones de detener a los

camisas rojas. Pero a medida que se aproximaban a las fortalezas, los artilleros graduaban mejor sus tiros. Barabas volvió a tomar de blanco al comandante. Ahora se dedicaba a Franz Ats,

-¡No hagas caso!, gritaba. ¡Traga! ¡Es arena de la buena!

Erguido en el parapeto de la fortaleza, ágil y burlón, parecía un diablito entregado alegremente a la faena de lanzar bomba tras bomba. En vano la reserva de Franz Ats había traído arena en saquitos. No pudieron darle empleo porque todos los soldados estaban en la línea de fuego. Necesitaban las manos para pelear y tiraron los saquitos inútiles.

Las dos trompetas no cesaron ni un instante de atronar el aire: la de Kolnay desde el techo de la cabaña y la de Pasztor en el torbellino del combate. Los camisas rojas ya estaban a sólo diez pasos de la trinchera.

-¡Bueno, Kolnay, gritó Boka, ahora te toca mostrar quién eres! Corre a la trinchera sin cuidarte de las bombas y llama al asalto. ¡Que hagan fuego los de la trinchera y cuando se les acabe la arena que se lancen al ataque!

"¡Hao ho!" gritó Kolnay y saltó del techo. Esta vez no se fue gateando sino que salió disparando con la cabeza bien erguida, rumbo a la trinchera. Boka le dijo algo, pero su voz se perdió en la maraña de golpes y voces que subían de la cabaña, en la música endiablada que tocaban las cornetas y en el tumulto general, Le siguió pues con la mirada para ver si conseguía llevar el mensaje hasta la zanja antes de que los camisas rojas descubriesen a las tropas agazapadas en la trinchera.

En ese momento salió de las filas de los combatientes un robusto muchacho y se echó sobre Kolnay. Lo tomó de la mano y empezó a luchar con él. Ya no había nada que hacer. Kolnay no podría llevar el mensaje.

-¡Iré yo mismo!, exclamó Boka desesperado. Saltó de la cabaña y corrió a la trinchera.

-¡Alto!, le gritó Franz Ats. Boka estaba obligado a aceptar el combate con el jefe enemigo, pero si se ponía a luchar en ese instante todo se hubiese perdido. Por eso siguió corriendo.

Franz Ats le seguía.

-¡Eres un cobarde!, le gritó. ¡Te escapas! ¡Pero no te preocupes, ya te alcanzaré!

Y es verdad que lo alcanzó, justo en el instante en que Boka saltaba a la trinchera. Boka apenas tuvo tiempo para ordenar "¡Fuego!"

No había terminado de decirlo, cuando explotaron diez bombas sobre la camisa roja, la gorra roja, la cara roja de Franz Ats.

-¡Sois unos demonios!, exclamó éste. ¡Ahora estáis tirando de debajo tierra!

El tiroteo ya se había corrido a toda la línea. Las fortalezas bombardeaban desde las alturas y la trinchera a ras de tierra. Caía una lluvia de arena y voces nuevas se mezclaban en el tumulto. En la trinchera, donde hasta entonces hubo que guardar silencio, los muchachos se desquitaban. Boka juzgó que había llegado el momento de pasar al asalto definitivo. Se colocó en primera fila, muy cerca de donde Kolnay seguía luchando con su adversario, empuñó la bandera rojo-verde, la agitó y dio la última orden:

-¡Al asalto! ¡Viva!...

Un nuevo ejército surgió de la tierra. Sus soldados se lanzaron al ataque en filas compactas, evitando los combates individuales, conservando la formación. Cayeron sobre los camisas rojas y los rechazaron de la trinchera.

Barabas gritó desde su puesto de artillero:

-¡Se nos acabó la arena!

-¡Bajar! ¡Al asalto!, le contestó Boka sin dejar de correr. Aparecieron brazos y piernas en los parapetos de las fortalezas y la artillería se descolgó. Constituyó una segunda formación de combatientes que siguió los pasos de la primera.

La batalla llegó a ser durísima. Los camisas rojas que veían aproximarse su derrota, ya no se atenían a las reglas de combate fijadas. Pero ahora, hacían muy poco caso de las condiciones que ellos mismos habían aceptado.

La situación era muy peligrosa. Luchando así podían más que los chicos de la calle Paul, aun cuando estos últimos fuesen mucho más numerosos.

-¡A la cabaña!, chilló Franz Ats. ¡Liberemos a nuestros compañeros!

Y toda la banda empezó a correr hacia la cabaña.

Esto desconcertó a los de calle Paul. El ejército de los camisas rojas se le escapaba de las manos. Franz Ats lanzado a toda carrera, gritó a los suyos a voz en cuello, donde se agitaba la esperanza de la victoria:

-¡Seguidme!

Pero algo que rodó a sus pies, se le interpuso. El jefe de los rojos retrocedió y con él las tropas que le seguían.

Frente a Franz Ats se erguía un muchachito, un muchachito que no le llegaba al hombro. Un niño delgaducho y rubio que alzó sus dos manos en el aire en un gesto de defensa. Una voz infantil ordenó:

-¡Alto!

El ejército de la calle Paul que se había desconcertado un poco por el giro inesperado que tomó el combate, gritó arrebatado:

-¡Nemecsek!

Y el niño rubio, el niño flacucho y enfermo, se arrojó ahora sobre el temible Franz Ats. Sólo la fiebre, sólo la desesperación de su pobre corazón dolorido, pudieron prestarle la fuerza necesaria para derribar al jefe enemigo con todas las reglas de la lucha. Cayó Franz Ats y tras él, desvanecido, el niño enfermo.

Los camisas rojas deshicieron su formación. Fue como si los hubiesen decapitado. La caída de su jefe decidía el resultado del combate. Los muchachos de la calle Paul aprovecharon el instante de desconcierto. Hicieron una cadena con las manos, y rechazaron al

sorprendido enemigo hasta la calle. Franz Ats se levantó y miró con ojos centelleantes de cólera a su alrededor. Se sacudió el polvo de la ropa y comprobó que estaba solo. Su ejército se movía más allá de la puerta, confundido con las tropas victoriosas de la calle Paul y él se encontraba sólo y vencido. A su lado estaba tendido Nemeček.

Y cuando los chicos de la calle Paul dieron cuenta del último enemigo cerrando la puerta tras él, sus caras brillaron con la embriaguez del triunfo. Boka llegó corriendo con el eslovaco del aserradero. Trajo agua. Todos rodearon al pequeño Nemeček que seguía tendido en el suelo, y un silencio de tumba siguió a las vibrantes aclamaciones. Franz Ats estaba un poco más lejos y miraba con amargura a los vencedores. En la cabaña continuaba la bulla de los prisioneros. ¿Pero, quién les hacía caso ahora?

Jano levantó a Nemeček con mucho cuidado y lo recostó en la cuneta de la trinchera. Después le pasaron agua por los ojos, por la frente y por las mejillas. A los pocos instantes, Nemeček abrió los ojos. Miró a su alrededor sonriendo débilmente. Todos callaban.

-¿Qué pasa?, preguntó despacio.

Pero todos estaban tan conmovidos que a nadie se le ocurrió contestar su pregunta. Lo miraban desconcertados.

-¿Qué pasa?, volvió a preguntar, y se sentó.

Boka se le acercó solícito:

-¿Estás mejor?

-¿No te duele nada?

-Nada.

Sonreía. Después preguntó

-¿Hemos triunfado?

Los muchachos no esperaron que repitiese la pregunta, y contestaron todos a una voz: "Hemos triunfado."

A nadie le preocupaba el que Franz Ats siguiese de pie junto a la pila de madera y contemplase la escena de familia de los muchachos de la calle Paul, lleno de despecho y amargura.

Boka tomó la palabra:

-Hemos triunfado: a último momento las cosas estuvieron a punto de torcerse, pero gracias a ti no perdimos. Si no hubieses aparecido inesperadamente y si no te hubieses echado sobre Franz Ats, habrían conseguido poner en libertad a los prisioneros de la cabaña y no sé lo que hubiera pasado.

El rubiecito pareció tomarlo a mal.

-No es verdad. Dijo, me decís esto ahora para alegrarme: lo decís porque estoy enfermo. Y se pasó la mano por la frente. Ahora que la sangre había vuelto a sus mejillas estaba muy rojo: se veía que la fiebre lo abrasaba y consumía.

-Ahora, dijo Boka, te llevaremos inmediatamente a tu casa. Fue una tontería que vinieses. Ni sé cómo te dejaron salir tus padres.

-No me dejaron, vine sin permiso.

-¿Cómo hiciste?

-Mi padre no estaba en casa. Se había ido a llevar un traje a probar. Mamá se fue a calentar mi sopa a casa de una vecina. No cerró la puerta con llave y me dijo que la llamara si necesitaba algo. Y me quedé solo. Me senté en la cama y me puse a escuchar. No oí nada, pero me pareció que oía algo. Me zumbaban los oídos y era como si escuchase el trotar de muchos caballos, sonidos de trompeta, gritos. Me pareció que Csele gritaba "¡Nemecsek, ven, estamos en peligro!" Después oí que tú decías "No vengas Nemecsek, no te necesitamos, estás enfermo. Verdad que cuando jugábamos a las bolitas o a cualquier otra cosa eras infaltable. ¡Pero ahora que estamos luchando y a punto de perder la batalla tú no estás!" Esto dijiste, Boka. Yo oí que lo dijiste. Entonces salté de la cama. Al saltar me caí porque llevo tanto tiempo en cama que estoy muy débil. Pero hice un gran esfuerzo y me levanté del suelo, saqué mi ropa del armario, busqué los zapatos y me vestí de prisa. Ya estaba vestido, cuando mi madre entró. Cuando escuché sus pasos me metí rápidamente en la cama tal como estaba y me tapé con la manta hasta la boca, para que no viese que estaba vestido. Mi madre dijo: "Vine solamente para preguntarte si necesitas algo." Y yo contesté que no. Volvió a salir y entonces me

largué. Esto no quiere decir que yo sea un héroe, porque ni siquiera sabía que me necesitabais y sólo vine porque quería combatir con vosotros. Pero cuando lo vi a Franz Ats y pensé que no pude tomar parte en la lucha porque él me hizo echar al agua que estaba tan helada aquella tarde, me puse furioso y me dije: "¡Andando, Ernst, ahora o nunca!" y cerré los ojos y... y... me le eché encima.

El niño se había excitado tanto que se quedó muy cansado. Comenzó a toser.

No hables más, le dijo Boka, nos lo contarás otro día. Ahora te llevaremos a tu casa.

Con la ayuda de Jano fueron soltando uno por uno a los prisioneros que estaban en la cabaña. Les quitaron las armas a los que todavía conservaban alguna, y los vencidos se fueron trotando, desalentados y tristes hacia la puerta de la calle Marie. La pequeña chimenea negra parecía burlarse de ellos al lanzar sus nubecitas blancas y negras. Y la sierra chirriaba tras ellos como si también ella estuviese de parte del ejército de los chicos de la calle Paul. Sólo Franz Ats se quedó rezagado. Seguía aún junto a una pila de leña y miraba al suelo. Kolnay y Csele se le acercaron y quisieron desarmarlo, pero Boka les gritó:

-¡No toquéis al general! Después, se paró frente a Franz Ats y le dijo:

-Mi general, ha luchado usted como un héroe.

El jefe de los camisas rojas lo miró con tristeza y sus ojos parecían decir: "¿De qué me sirven ahora tus alabanzas?"

Boka se volvió y ordenó:

-¡Presentad armas!

El ejército enmudeció de golpe. Todos se llevaron la mano a la gorra. Boka estaba cuadrado al frente de los suyos, haciendo como todos, el saludo militar.

Hasta en el pobre Nemeček, tan pequeño y tan enfermo, se despertó el soldado. Se incorporó trabajosamente, intentó,

tambaleándose, ponerse firme y saludó. El pobre rindió honores al culpable de su grave enfermedad.

Franz Ats se alejó después de devolver el saludo. Se llevó sus armas. Fue el único a quien se le permitió hacerlo. Las otras armas, las famosas lanzas con puntas de plata, el montón de hachas indias, estaban apiladas junto a la puerta de la cabaña. Sobre la fortaleza número 3 ondeaba la bandera reconquistada. Gereb se la arrancó a Szebenics en lo más recio de la batalla.

¿Gereb está aquí?, preguntó Nemecek, abriendo tamaños ojos de asombro.

--Sí, dijo Gereb y se adelantó.

El rubiecito miró a Boka como interrogándolo. Boka contestó:

-Sí, está aquí y ha expiado su falta. Por ello le restituyo su grado de teniente.

Gereb se ruborizó.

-Agradezco, dijo, pero ...

-¿Pero qué?

Gereb contestó visiblemente embarazado:

--Sé que no tengo ningún derecho para ello porque es cosa que pertenece al general, pero... me parece... por lo que yo sé, que Nemecek todavía no tiene ningún grado.

Se produjo un silencio. Gereb tenía razón, En el barullo se olvidaron de que aquél, a quien tanto debían por tercera vez, seguía siendo un soldado raso.

-Tienes razón Gereb, dijo Boka, ahora mismo haré lo necesario. En este instante nombro...

Pero Nemecek le interrumpió:

-No quiero que me nombres... no lo hice por eso... no vine por eso...

Boka simuló ponerse serio y le gritó:

-No interesa saber por qué viniste, sino de lo que hiciste al llegar aquí. Por la presente nombro capitán a Ernst Nemecek. ¡Viva!...

-¡Viva!..., gritaron todos. Y todos saludaron al pequeño capitán, también los subtenientes y tenientes y hasta el general: éste se cuadró y se quedó tan tieso que parecía más bien que él fuese el soldado raso y el rubiecito el general.

Fue entonces cuando advirtieron que detrás de ellos una mujercita pobrementemente vestida había cruzado todo el solar y de pronto, la vieron llegar.

-¡Jesús!, exclamó, ¿estabas aquí? ¡Supuse en seguida que habías venido aquí!

Era la madre de Nemeček. Lloraba porque buscó a su hijo en todas partes; vino aquí nada más que para preguntarles a los muchachos si sabían algo. Los chicos la rodearon y tranquilizaron. La pobre mujer arrojó a su hijo, le envolvió el cuello con su pañoleta y se dispuso a llevarlo a su casa.

-¡Acompañémoslo!, propuso Weiss, que estuvo silencioso hasta entonces.

-¡Acompañémoslo!, aprobaron todos, y echaron a andar.

Amontonaron de prisa las armas conquistadas, las echaron dentro de la cabaña y siguieron en montón a la pobre mujer que estrechaba a su hijo para transmitirle un poco de calor.

En la calle Paul, los muchachos formaron dos filas. Oscurecía. Empezaban a brillar los faroles, y las luces de los comercios iluminaban las aceras.

Los transeúntes que marchaban de prisa, preocupados por sus asuntos, se detenían un instante cuando llegaba junto a ellos el extraño cortejo. Delante, iba una mujercita delgada y rubia con ojos llorosos y con paso apresurado, estrechando a un muchachito envuelto en una gran pañoleta que apenas si le dejaba asomar la nariz, y detrás de ella, venían en formación militar y marcando el paso, dos filas de chicos que lucían gorras de color rojo y verde.

Dos o tres personas se rieron. Los golfillos de la calle se burlaban del cortejo en voz alta. Pero hoy, los muchachos no pararon atención a esto. Hasta Csonakos que solía lavar esta clase de agravios de manera

muy expeditiva, continuó marchando en la fila sin preocuparse de las observaciones de los golfillos. Lo que estaban haciendo en estos momentos era una cosa tan seria, tan sagrada, que no podían llegar a turbarla los granujas más turbulentos del mundo.

Sobre la madre de Nemeček, pesaba una pena demasiado honda como para que pudiese prestar mucha atención al ejército. Cuando quiso franquear la puerta de la casita de la calle Rakos, tuvo que detenerse porque su hijito se resistía y no había fuerza en el mundo capaz de hacerle entrar. Se arrancó de los brazos de su madre y se plantó frente a los muchachos.

-¡ Salud!, les dijo a todos.

Le estrecharon la mano por turno. Su mano estaba caliente. Después desapareció con su madre en la oscura entrada. Se oyó cerrar una puerta en el patio, en una ventanita se vio brillar una luz. Luego se hizo el silencio.

Los chicos advirtieron de pronto que ninguno de ellos se había movido de la puerta. No se hablaban, no hacían más que mirar obstinadamente al patio o a la ventanita abovedada detrás de la cual acababan de acostar nuevamente en su cama al pequeño héroe. Después, uno de ellos lanzó un suspiro muy profundo. Csele dijo:

-¿Y ahora?...

Primero dos, después tres, se pusieron en marcha por la callejuela en dirección de la calle Ülloi. Ahora estaban cansados, agotados por la lucha. Por las callejas corría un viento frío, un fuerte viento de primavera que bajaba de las montañas trayendo el soplo de la nieve que comenzaba a derretirse.

Después arrancó otro grupo, camino de Franzen. Al final, sólo quedaron dos muchachos junto a la puerta. Boka y Csonakos. Csonakos dio muestras de impaciencia: esperaba que Boka diera la señal de partida. Al ver que no se movía, le preguntó tímidamente:

-¿Vienes?

Boka contestó despacio:

-No.

-¿Te quedas?

-Sí.

-Entonces... ¡Salud!

Y lentamente, arrastrando los pies, se fue. Boka lo miraba alejarse y lo vio volverse una y otra vez. Por fin desapareció al doblar la esquina. Y la callecita Rakos, que transcurría modesta junto a la bulluciosa calle Ülloi por la que pasaba el tranvía de caballos, estaba ahora silenciosa y oscura. Sólo el viento la recorría haciendo vibrar los cristales de los faroles a gas. Las ráfagas veloces los estremecían uno tras otro, como si las luces temblorosas se transmitiesen una señal secreta y sonora. En este momento no había en la callejuela más ser viviente que Johann Boka, el general. Y cuando Johann Boka, el general, miró a su alrededor y vio que estaba solo, desahogó su corazón acongojado, y Johann Boka, el general, se apoyó en el quicio de una puerta y se puso a llorar amargamente, con toda su alma.

También él sentía lo que nadie se atrevió a expresar. También él vió que su soldado se extinguía lentamente. Sabía lo que iba a pasar y que el fin se acercaba. Nada le importaba ser un jefe victorioso, nada le importaba mostrarse por primera vez poco varonil, nada le importaba sentirse como un niño pequeño, lloraba con sollozos incontenibles y repetía sin cesar:

-Mi pobre amiguito... mi querido amigo... mi querido, mi pequeño, mi buen capitán...

Un hombre que pasaba le preguntó:

-¿Por qué lloras muchacho?

Pero él no contestó. El hombre siguió su camino. Después se le acercó una mujer que llevaba una gran cesta. También ella se detuvo, pero no le preguntó nada. Lo miró un instante y se fue. Entonces llegó un hombrecillo que quiso entrar a la casa. Cuando estuvo en la puerta se volvió. Lo reconoció:

-¿Eres tú, Johann Boka?

Boka lo miró

-Sí, soy yo, señor Nemeček.

Era el sastrecillo. Traía un traje doblado sobre el brazo. Había llevado a probar el traje hilvanado. Comprendió lo que le ocurría a Boka. No le preguntó "¿Por qué lloras muchacho?" No lo miró con ojos asombrados, sino que se le acercó y estrechando su cabecita inteligente, se puso a llorar con él. Era tan amargo su llanto que en Boka se despertó el general.

-No llore, señor Nemeček, le dijo al sastre.

El sastre se enjugó los ojos con el revés de la manga e hizo un gesto que significaba "ya no hay remedio, deja al menos que me desahogue un poco".

-Que Dios te bendiga, hijo mío, le dijo al general, vete a casa. Y se internó en el patio.

Boka se secó los ojos y lanzó un profundo suspiro. Miró la calle y quiso irse. Pero parecía que algo se lo impedía. De nada servía que se estuviese allí y, sin embargo, sabía que un sagrado deber le obligaba a quedarse y a montar guardia junto a la casa de su soldado moribundo. Dos o tres veces pasó frente a la puerta. Después cruzó la calle y observó desde allí la casita.

Resonaban pasos en la callejuela solitaria. "Es un obrero que vuelve a su casa", pensó Boka y siguió andando ida y vuelta. Un montón de ideas raras que nunca se le habían ocurrido hasta entonces, le ocupaban. Tuvo que pensar en la "vida" y en la "muerte" pero no conseguía solucionar estos graves problemas.

Los pasos se acercaban cada vez más y ahora parecía que el hombre andaba con menos prisa. Una sombra negra se deslizó cautelosa a lo largo de las casas y se detuvo delante de la casa de Nemeček. Miró hacia adentro, entró un instante y volvió a salir. Se detuvo, esperó, se puso a andar ida y vuelta también y al llegar por primera vez hasta un farol, el viento le abrió el abrigo. Boka lo vio. Bajo el abrigo brilló la camisa roja. Era Franz Ats.

Los dos jefes se miraron de soslayo. Por primera vez en la vida estaban solos, frente a frente se encontraron. Allí, junto a esa casa triste. A uno lo había traído su corazón, al otro, su conciencia. No se

hablaron. Franz Ats fue el primero en moverse, y siguió yendo y viniendo frente a la casa. Caminó mucho, mucho tiempo. hasta que el portero salió del patio oscuro para cerrar la puerta de calle. Franz Ats se le acercó, se quitó el sombrero y en voz baja le dirigió una pregunta. Boka oyó la respuesta del portero. Dijo "mal".

Cerró la puerta ancha y pesada. El crujido turbó el silencio de la callejuela, después se extinguió como se extingue el trueno en la montaña.

Franz Ats se alejó lentamente. Tomó por la derecha. Ya era hora, también para Boka, de irse a su casa. El viento frío silbó. Uno de los jefes se fue por la derecha, el otro por la izquierda. Tampoco ahora se dijeron nada.

Después, la callejuela se quedó dormida en la fresca noche de primavera. Sólo el viento rumoreaba en ella, era dueño de ella, vibraba en los cristales de los faroles, desdibujaba los círculos claros de las amarillentas llamas de gas y hacía chirriar dos o tres veletas herumbreadas. Soplaba en todas las rendijas, soplaba también, en el cuartito donde un pobre sastrecillo, sentado en la mesa frente a una loncha de tocino, cenaba silenciosamente, y donde un pequeño capitán, con las mejillas arrebatadas y los ojos ardientes, jadeaba en su camita. Hacía crujir las ventanas y parpadear las lámparas de petróleo. La mujercita abrigó a su hijo: "Sopla viento, niño mío."

Y el capitán dijo con una sonrisa triste, en voz muy bajita, casi murmurando:

-Viene del solar, viene de nuestro querido solar.

CAPÍTULO NOVENO

Algunas páginas del libro de actas del Club de la Masilla:

A C T A

En la Asamblea General del día de hoy, hemos aprobado las resoluciones siguientes y las consignamos por la presente, en el libro de actas del Club

1

En la página 17 del libro, figura un texto que dice lo siguiente ernst nemecek, con letra minúscula. Por la presente, este texto queda anulado. Porque este texto es el resultado de un error, y la Asamblea General declara por la presente, que el Club ofendió a dicho socio sin motivo, el cual soportó la ofensa sin protestar y se portó como un verdadero héroe en la guerra que es un hecho histórico. Por ello el Club declara que el texto arriba mencionado, es un error del Club y le encarga al Secretario de Actas que escriba en todas partes el nombre de este socio con letras mayúsculas.

2

Por la presente escribo todo con letras mayúsculas.

ERNST NEMECSEK

Leszik, secretario de actas, m. p.

3

La Asamblea General del Club de la Masilla expresa por unanimidad, nuestro agradecimiento al general Johann Boka por haber dirigido la batalla de ayer, como un general del libro de historia, y para testimoniarnos nuestra estima hemos decidido que todos los socios del Club de la Masilla quedan obligados a escribir con tinta en la página 168 del libro de historia, a la altura del cuarto renglón

contando desde arriba, allí donde dice "Johann Huyadi": y Johann Boka. Hemos resuelto esto porque el Jefe así lo ha merecido, porque de no haberse portado como se portó, los camisas rojas nos hubiesen derrotado. Y en el capítulo que dice, "La derrota de Mohac", todos están obligados a escribir con lápiz, junto al nombre del arzobispo Tomori quien, como se sabe, también fue vencido: y "Franz Ats".

4

El general Boka, a pesar de nuestras protestas y por la fuerza, confiscó los fondos del club (\$ 2,20) porque en momentos de guerra cada uno debe dar todo lo que posee para fines de guerra y con el dinero no compró más que una corneta de \$ 5, cuando en el bazar Roser las hay de 3 y de 2 pesos, pero compró una más cara, porque sonaba más fuerte y como les quitamos la corneta a los camisas rojas y ahora tenemos dos aunque no necesitemos ninguna, y si nos hiciese falta una, ya la tenemos, hemos resuelto que el club reclame sus fondos (\$ 2,20) y que sería bueno que el general vendiese la corneta de alguna manera, pero que nosotros necesitamos nuestro dinero (\$ 2,20), cosa que ha prometido.

5

El Presidente del Club, Paul Kolnay recibe por la presente una amonestación de los socios, porque dejó secar la masilla del Club. Como los debates deben figurar en el acta, por la presente los pongo en el acta:

Presidente: No mastiqué la masilla porque estuve ocupado con la guerra.

Socio Barabas: Esto no es una disculpa.

Presidente: Barabas siempre arma líos y lo llamo al orden. No tengo ningún inconveniente en masticar la masilla porque conozco mis obligaciones, que para eso soy el Presidente, para masticarla de acuerdo a los estatutos, pero no quiero que me armen líos.

Socio Barabas: Yo no le armo líos a nadie.

Presidente: Buscas camorra.

Socio Barabas: ¡Ni pizza!

Presidente: Claro que sí.

Presidente Si es por mí, puedes quedarte con la última palabra.

Socio Richter: ¡Respetables consocios! Propongo que figure en el libro de actas, una amonestación al Presidente por haber faltado a sus deberes.

Los socios: ¡Así es, así es!

Presidente: Propongo que el Club me perdone por esta vez, teniendo en cuenta que ayer luché como un león salvaje, que fui el ayudante del jefe y que, desafiando todos los peligros, me lancé a las trincheras donde el enemigo me derribó a tierra y que sufrí por defender nuestro dominio; entonces no es justo que sufra ahora por no haber masticado la masilla.

Socio Barabas: ¡Esto no es asunto nuestro!

Presidente: Claro que lo es.

Socio Barabas: ¡No lo es!

Presidente: ¡Digo que sí!

Socio Barabas: ¡De ninguna manera!

Presidente: ¡Insisto en que sí es! ¡Pero por mí, puedes quedarte con la última palabra!

Socio Richter: Ruego que se acepte mi proposición.

El Club: ¡Aceptado! ¡Aceptado!

Socios de la izquierda: Nosotros no la aceptamos.

Presidente: ¡Que se vote!

Socio Barabas: Propongo que la votación sea nominal.

Presidente: ¡Voto nominal!

Se vota.

Presidente: Por mayoría de tres votos, el Club resolvió amonestar al presidente Paul Kolnay. Es una cochizada.

Socio Barabas: El Presidente no tiene derecho a insultar a la mayoría.

Presidente: Tiene derecho.

Socio Barabas: No lo tiene.

Presidente: Sí lo tiene.

Socio Barabas: De ninguna manera.

Presidente: Bueno, ¡ya que te empeñas en quedarte con la última palabra!

Habiendo agotado todos los puntos del Orden del Día, el Presidente da por terminada la sesión.

Kolnay, presidente m. p.

Firmado Leszik, secretario de actas, m. p.

Insisto en que es una cochinada.

CAPÍTULO DÉCIMO

En la casita amarilla de la calle Rakos, reina profundo silencio. Los vecinos habían renunciado a sus ruidosas charlas en el patio y pasaban frente a la puerta del sastre Nemecek de puntillas. Las criadas iban a sacudir las alfombras y a cepillar los trajes al rincón más apartado del patio, y aun allí les daban golpes muy leves para evitar que el ruido llegase hasta la habitación del enfermo. Si las alfombras fuesen capaces de reflexionar se preguntarían por qué les daban hoy esos golpecitos tan suaves, en lugar de las furiosas sacudidas a que estaban acostumbradas...

De cuando en cuando, algún vecino se asomaba por la puerta de la cocina: ¿Cómo está el pequeño?

Todos recibían la misma respuesta: "Mal, muy mal."

Las buenas mujeres traían regalos:

-Es una botella de vino bueno, señora Nemecek, tómelo usted... o:

-No se enfade, le traigo un cucurucho de caramelos...

La mujercita rubia de ojos enrojecidos, que abría la puerta a esa gente caritativa les agradecía los regalos, pero no sabía cómo emplearlos. Por ello solía decirles:

-El pobrecito no come nada. En los últimos dos días apenas si podemos hacerle tragar con mucho trabajo unas pocas cucharadas de leche.

A las tres llegó el sastre a su casa. Venía de la tienda donde le daban trabajo. Entró en la cocina muy despacio, cauteloso, sin preguntar nada a su mujer.

La miró solamente y ella lo miró. Los dos se comprendieron al punto. Se quedaron frente a frente. El sastre ni siquiera se quitó del brazo las chaquetas que había traído.

Después entraron en puntillas en el cuarto donde yacía el chiquillo. El que fuera hacía poco un alegre soldado raso de la calle Paul y ahora un capitán infinitamente triste, estaba muy cambiado. Estaba muy delgado, tenía el pelo largo y el rostro demacrado. No estaba pálido y quizá fuese esto lo más impresionante. Tenía las mejillas siempre muy rojas. No era un color sano, sino el reflejo del fuego interior que lo consumía sin tregua, hacía muchos días.

Se detuvieron junto a la cama. Eran pobres seres humildes que habían sufrido ya muchas desventuras, muchas fatigas y penas, por eso no se lamentaban. Se estaban allí con la cabeza gacha y los ojos bajos. El sastre preguntó en voz muy queda:

-¿Duerme?

La mujer no se atrevió a contestar y asintió con un gesto. El muchachito acostado, había llegado a ese estado de agotamiento en que es difícil saber si dormía o estaba despierto.

Alguien llamó tímidamente a la puerta.

-Quizá sea el doctor, susurró la mujer.

Su marido le mandó abrir la puerta.

La mujer salió y abrió. En el umbral estaba Boka. Al ver al amigo de su hijo, apareció una sonrisa triste en sus labios.

-¿Puedo pasar?

-Sí, hijo mío.

Boka entró.

-¿Cómo está?

-No está bien.

-¿Mal ?

No esperó la respuesta y penetró en la habitación. La mujer le siguió. Y ahora estaban los tres junto a la cama y nadie decía nada. El enfermito pareció sentir que le miraban y que callaban por él. Abrió los ojos. Con tristeza profunda miró primero a su padre, después a su

madre. Al ver a Boka se sonrió. Con voz apenas perceptible, le dijo: "¿Estás ahí, Boka?"

Boka se acercó más a la cama: "Estoy aquí."

-¿Te quedas?

-Sí.

-¿Hasta que muera?

Boka no supo qué contestarle. Le sonrió a su amigo y al mismo tiempo, como quien busca consejo, miró a la mujer que estaba detrás de él. Pero ésta le había vuelto la espalda y se tapaba el rostro con el delantal.

-Estás diciendo locuras, hijo mío, dijo el sastre y carraspeó. ¡Hum!, ¡hum!, estás diciendo locuras.

Pero esta vez Ernst Nemeček no hacía caso de las palabras de su padre.

Expresó su desacuerdo con un gesto y miró a Boka.

-No lo saben, dijo.

Ahora, Boka también tuvo que decir algo:

-¿Por qué no lo sabrían? Saben mejor que tú cómo estás.

El enfermo se movió, se incorporó penosamente en las almohadas y se sentó en la cama. No permitió que se le ayudase. Con el dedo en alto, dijo muy serio:

-No les creas, no dicen sinceramente lo que piensan. Yo sé que me muero.

-No es verdad.

-¿Dices que no es verdad?

-Sí.

Lo miró severamente "¿Entonces, miento?"

Lo tranquilizaron, nadie podía pensar que mintiese. Pero ahora estaba muy severo y tomó a mal el que no se le creyese. Con voz importante dijo:

-Entonces os doy mi palabra de que me muero.

La portera se asomó por la puerta "Señora Nemeček... el señor doctor."

El médico entró y todos lo saludaron con respeto. El doctor era un señor viejo muy severo. No dijo nada. Se inclinó solamente al entrar y se fue directamente a la cama. Tomó la mano del niño y le tocó las sienes. Después apoyó la cabeza en el pecho del enfermo y escuchó. La mujer no pudo contenerse:

-Por favor, doctor... ¿se ha agravado?

"No", fue la primera palabra que pronunció el médico.

Pero lo dijo de un modo muy particular, sin dirigirse a la mujer. Después tomó el sombrero y se fue. El sastre corrió solícito a abrirle la puerta: "Lo acompañaré, señor doctor."

Cuando estuvieron en la cocina, el médico le indicó al sastre que cerrase la puerta de la cocina. El pobre sastre sospechó que las cosas debían andar muy mal cuando el médico quería hablarle a solas. Cerró la puerta. El rostro del doctor estaba ahora más cordial.

-Señor Nemeček, dijo, usted es un hombre y le hablaré con sinceridad.

El sastre agachó la cabeza.

-El chiquillo no verá el día de mañana, quizá no llegue hasta la noche.

El sastre no hizo ningún movimiento. Sólo después de algunos instantes, movió la cabeza vivamente, pero sin hablar.

-Usted es un hombre pobre, continuó el médico, y sería malo que el golpe lo sorprendiese desprevenido. Entonces... estaría bien que tomase medidas... las medidas indispensables para estos casos...

Lo miró un instante, después le puso de pronto la mano en el hombro:

-Dios dispone. Dentro de una hora volveré.

Esto ya no lo oyó el sastre. Tenía los ojos fijos en las baldosas acabadas de lavar de la cocina. Ni se dio cuenta de que el médico ya se había ido. Le daba vueltas en la cabeza aquello de que debía tomar medidas, medidas para algo, las medidas que hay que tomar en esos casos. ¿Qué quería decir el médico con ello? ¿No sería, para un ataúd?

Volvió vacilante a la habitación y se sentó en un sillón. No se le podía arrancar ni una palabra. En vano le acosaba su mujer:

-¿Qué dijo el doctor?

No hacía más que menear la cabeza.

El rostro del muchachito estaba más alegre ahora. Se dirigió a Boka:

-Oye, Johann, ven aquí.

Boka se le acercó.

-Siéntate en el borde de la cama. ¿No te atreves?

-¡Por supuesto! ¿Por qué no había de atreverme?

-A lo mejor porque temes que me muera precisamente cuando estés sentado en mi cama. Pero no tengas miedo, porque cuando yo sienta que me voy a morir te lo diré.

Boka se sentó. "Bueno, ¿qué quieres?"

-Oye tú, le dijo el pequeño pasándole el brazo por los hombros y hablándole al oído como si quisiese confiarle un gran secreto. "¿qué pasa con los camisas rojas?"

-Los hemos derrotado.

-¿Y después?

-Después se fueron al Jardín Botánico y realizaron una asamblea. Esperaron hasta muy tarde, pero Franz Ats no apareció. Hartos de esperar, se marcharon a casa.

-Pero, ¿por qué no fue Franz Ats?

-Porque tenía vergüenza. Ya sabía que lo querían destituir porque perdió la batalla. Hoy, después de almorzar, se reunieron otra vez en asamblea. Esta vez acudió Franz Ats. Además, ayer lo vi frente a tu casa.

-¿Aquí?

--Sí. Le preguntó al portero si estabas mejor.

Esto halagó mucho a Nemecek. No creía lo que oía:

-¿El mismo?

-Sí. El mismo.

El enfermo se puso muy contento. Boka continuó:

-Pues como te dije, hicieron una asamblea en la isla y armaron mucho barullo. Hubo discusiones terribles porque todos querían que se destituyese a Franz Ats y sólo dos lo apoyaban: Wendauer y Szebenics. Los Pasztor lo atacaron duramente. Finalmente lo destituyeron a Franz Ats y nombraron comandante al mayor de los Pasztor. Y ¿sabes lo que pasó después?

-¿Qué?

-Bueno, después pasó lo siguiente: cuando por fin se tranquilizaron y eligieron el nuevo comandante, vino el guarda del Jardín Botánico a la isla y les dijo que el director no permitía que continuasen semejantes desórdenes y los echó del Jardín. Cerraron la entrada de la isla y en el puente pusieron una barrera.

Al oír estas cosas, se rió el capitán.

-¿Sabes que esto sí que es bueno?, dijo. ¿Y cómo lo sabes?

-Me lo contó Kolnay. Me encontré con él cuando yo venía hacia aquí. El iba al solar porque el Club de la Masilla realizaba otra vez una asamblea general.

Al oír nombrar el club se ensombreció la cara del pequeño.

Dijo: "A esos no los quiero más. Escribieron mi nombre con minúsculas."

Boka se apresuró a tranquilizarlo.

-Ya se han retractado de esa afrenta a tu nombre. No sólo se han retractado, sino que escribieron tu nombre en el libro de actas todo con mayúsculas.

Nemecsek meneó la cabeza.

-No es verdad. Esto me lo dices sólo porque estoy enfermo y porque me quieres consolar.

-Ni sombra. Lo digo porque es verdad. Te doy mi palabra. Es verdad.

El rubiecito volvió a alzar su dedo enflaquecido para negar:

-Ahora me das tu palabra para hacerme creer tamaña mentira sólo por consolarme.

-Pero...

-¡No hables!

Le gritó. ¡El capitán le gritaba al general! Le gritó, tal como suena, cosa que en el solar hubiese sido un delito terrible: pero aquí no. Boka le dejó hacer, sonriendo.

-Bueno, dijo, si no me crees ya lo verás en seguida. Te han preparado un diploma de honor y no tardarán en traértelo. Te lo entregarán. Viene todo el club.

Tampoco ahora quiso creerlo el rubiecito:

-¡Cuando lo veas lo creerás!

Boka se encogió de hombros. Pensó para sí: quizá sea mejor que no lo crea, así será mayor su alegría cuando vengan.

Pero sin quererlo había excitado al enfermo con todas estas cosas. La injusticia que el Club de la Masilla cometió con él, lo mortificaba mucho al pobre. Se acaloraba cada vez más.

-¡Mira, dijo, se portaron connmigo de una manera infame!

Boka no se atrevía a contradecirle porque temía excitarle más aún. Cuando el enfermo preguntó: "¿No tengo razón?", asintió: Sí, sí tienes razón.

-Y eso qué, dijo Nemeček y se incorporó en las almohadas, eso que luché para ellos igual que para los demás, para que conservasen el solar; de sobra sé que no luché para mí, porque nunca más volveré a ver el solar.

Enmudeció. El espantoso pensamiento de que no volvería a ver el solar lo mortificaba. No era más que un niño. Con gusto hubiese dejado todo en la tierra, con tal de no tener que dejar el solar, el solar querido.

Y por primera vez en todo el tiempo que duraba su enfermedad. se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero no lloraba de pesadumbre sino de ira impotente contra la fuerza desconocida que le impedía volver siquiera fuese una vez a la calle Paul, a las fortificaciones, a la cabaña. Recordó ahora el aserradero, el cobertizo, las dos moreras cuyas hojas solía cortar para Csele, porque Csele tenía un criadero de gusanos de seda en su casa, para los que necesitaba hojas de morera y Csele era

un presumido que no se quería estropear el traje trepando a los árboles y le ordenaba a Nemeček que lo hiciese, valiéndose de que era un subordinado. Recordó la chimenea tan pequeñita y tan bonita que resoplaba alegremente arrojando al cielo azul las nubecitas blancas como la nieve, que se desvanecían muy pronto, casi al instante. Le pareció que llegaba hasta aquí la voz chirriante de la sierra mecánica al cortar la madera.

Su rostro se enrojeció, sus ojos brillaron. Gritó:

-¡Quiero ir al solar!

Y como nadie le contestase, insistió con voz más terca y dominante: "¡Quiero ir al solar!"

Boka le tomó la mano:

-Irás la semana próxima; cuando estés sano irás nuevamente.

-¡No, señor!, dijo acalorándose más y más. ¡Quiero ir ahora! ¡Ahora mismo! Vestidme y yo me pondré la gorra de nuestra asociación.

Buscó debajo de la almohada y con cara triunfante sacó la gorra chata color rojo y verde, de la que no se había separado ni un solo instante. Se sentó "¡Dadme mi ropa!"

El padre dijo acongojado: "Cuando estés sano, Ernst."

Pero ya no se lo podía contener. Gritó todo lo que le permitieron sus pulmones enfermos:

-¡No me sanaré!, gritó. Me están mintiendo, pero yo sé muy bien que me voy a morir, y quiero morir donde me dé la gana. ¡Quiero ir al solar!

Por supuesto no se podía ni pensar en complacerlo. Todos lo rodearon para convencerlo, para calmarlo. Le decían: "Ahora es imposible..., hace mucho frío.... quizá la semana próxima..."

Y repetían una y otra vez la triste frase que ya casi no se atrevían a decirle en la cara: "Cuando estés sano."

Pero él tenía una respuesta para cada una de las razones. Y cuando le pusieron de pretexto el frío y el mal tiempo, brillaron en el patio tibios rayos de sol, los rayos vivificantes del sol de primavera, que

hacían nacer por todas partes brotes nuevos, pero que nada podían para prestarle nuevas fuerzas a Ernst Nemecek.

La fiebre consumía al pobre chico. Gesticulaba de un modo furioso, estaba rojo, tenía las aletas de la nariz dilatadas. Parecía estar pronunciando un discurso "El solar, gritaba, es todo un imperio; vosotros no lo sabéis porque todavía no habéis combatido por la patria."

Llamaron de fuera. La mujer salió a abrir.

-Ha venido el señor Csetneky, dijo a su marido. El sastre se fue a la cocina. Este señor Csetneky era un empleado municipal a quien le hacía los trajes el padre de Nemecek. Cuando el sastre entró, le dijo muy nervioso:

-¿Qué ocurre con mi traje pardo cruzado?

Llegaba de la habitación la voz del pobre orador:

-El clarín suena... Vuela el polvo en el solar... ¡Viva! ¡Viva!

-Por favor, señor, dijo el sastre, si gusta probarse el traje ahora, pero le ruego que nos quedemos aquí en la cocina..., le ruego que me disculpe..., mi hijito está muy enfermo..., está en cama allí...

-¡Adelante! ¡Viva!, gritaba en la habitación vecina una ronca voz de niño. ¡Síganme! ¡Al asalto! ¿Veis a los camisas rojas? Allá arriba está Franz Ats con la lanza plateada..., ¡ahora me van a echar al agua!

Al señor Csetneky le llamó la atención:

-¿Qué es eso?

-El pobre está gritando.

-¿Por qué grita si está enfermo?

El sastre se encogió de hombros.

-Está muy grave..., acabará con él..., la pobre criatura delira.

Trajo del cuarto la chaqueta parda hilvanada con hilo blanco. Cuando abrió la puerta se oyeron órdenes:

-¡Silencio en la trinchera! ¡Atención! ¡Ya llegan! ¡Haz sonar el clarín!

Cerró la mano para hacer una bocina: "¡Tarará... tarará!...

Le ordenó a Boka que tocara él también.

Boka tuvo que hacer bocina con la mano y ahora tocaban los dos: una vocecita fatigada, débil, ronca, y una voz robusta que sonaba dolorosamente. Boka tenía la garganta oprimida, pero hacía un esfuerzo, se sobreponía valientemente como si acompañase a su amigo con alegría.

-Lo siento mucho, dijo el señor Csetneky, que estaba allí en mangas de camisa, pero necesito mi traje pardo con urgencia.

-¡Tarárá! ¡Tarárá!, se oía en el cuarto vecino.

El sastre le ayudó a ponerse la chaqueta. La conversación que tuvieron fue la siguiente

-¡Me aprieta un poco en las sisas!

-¡Permítame!

(-¡Tarárá! ¡Tarárá!)

-Este botón está muy alto, bájelo un poco, no me gusta que la chaqueta me haga arrugas a la altura del pecho.

-¡Permítame, señor Csetneky!

(-¡Ataque general! ¡Adelante!)

-Me parece que las mangas son un poco cortas.

-No lo creo.

-Fíjese bien. Siempre saca las mangas demasiado cortas. ¡Esto de las mangas es una cruz para usted!

-¡Si no tuviese más cruz que esa!, pensó el sastre, y marcó las mangas con tiza. En la habitación crecía el tumulto.

(-¡Ah!, gritó una voz de niño, ¿ahora estás aquí? ¡Ahora te tengo delante! ¡Por fin puedo echarte mano! ¡Ahora sí, ahora sí! ¡Veremos cuál de los dos es más fuerte!)

-Rellene un poco por aquí, dijo el señor Csetneky. En los hombros también y en el pecho, a derecha e izquierda.

(-¡Así! ¡Ahora estás bien!)

El señor Csetneky se quitó la chaqueta parda y el sastre le ayudó a ponerse la que traía puesta al venir.

-¿Cuándo estará listo el traje?

-Pasado mañana.

-Muy bien. Pero póngase a la obra cuanto antes. ¡No sea cosa de que me haga esperar una semana más! ¿Tiene mucho trabajo?

-¡Si el niño no estuviese enfermo, señor Csetneky!

El señor Csetneky se encogió de hombros.

-Es muy triste y me da mucha pena, pero lo dicho, necesito el traje y con urgencia. Trate de tenerlo pronto, cuánto antes.

El sastre suspiró "Vaya tranquilo."

-¡Que usted lo pase bien!, dijo el señor Csetneky y se fue de buen humor. Se volvió otra vez desde la puerta, para decir:

-¡Póngase a la obra cuanto antes!

El sastre tomó la hermosa chaqueta parda y pensó en lo que le dijo el médico. Debía tomar medidas, las medidas que se toman para estos casos. Bueno, se pondría a trabajar inmediatamente. No se sabía para qué habría de servir el dinero que le pagarían por el traje pardo. Era probable que ese dinero pasase a manos del carpintero que haría el pequeño ataúd. Y el señor Csetneky lucirá su traje en la avenida Donau.

Volvió a la habitación y se puso a trabajar. No echó ni una sola mirada a la cama. Trabajaba de prisa con la aguja y la hebra de hilo, para terminar cuanto antes el traje, pues la labor era urgente desde todos los puntos de vista. Para el señor Csetneky y quizá también para el carpintero.

Ya no podían aplacar al pequeño capitán. Reunió todas sus fuerzas y se puso de pie en la cama. Su largo camión le llegaba hasta los tobillos. Llevaba la gorra color rojo y verde, ladeada sobre la frente. Saludó. Los estertores entrecortaban sus palabras y su mirada se perdía a lo lejos:

-¡Mi general, le comunico que derribé al comandante de los camisas rojas! ¡Solicito que se me ascienda! ¡Como veis, ahora soy capitán! ¡Luché por la patria y he muerto por la patria! ¡Tarárá! ¡Tarárá! ¡Toca, Kolnay!

Con una mano se aferraba al respaldo de la cama:

-Parapetos, ¡fuego! ¡Ah! ¡Allí está Jano! ¡Atención, Jano! ¡Tú también serás capitán! ¡No escribirán tu nombre con minúsculas! ¡Uf! ¡Sois todos unos muchachos malvados! ¡Me teníais envidia porque Boka me quería y porque yo era su amigo y vosotros no! ¡Todo el Club de la Masilla era una estupidez! ¡Yo me borro! ¡Me borro del club!

Y en voz muy baja agregó:

-¡Ruego que figure en actas!

Sentado junto a la mesita baja, el sastre no veía ni oía ya. Sus dedos nudosos corrían veloces por la chaqueta. La aguja y el dedal brillaban. Por nada del mundo hubiese echado una mirada a la cama. Temía que le faltasen fuerzas para continuar trabajando, temía arrojar la hermosa chaqueta parda del señor Csetneky y arrodillarse junto a la cama de su hijito.

El capitán se había sentado ahora y contemplaba la colcha sin decir palabra. Boka dijo despacio:

-¿Estás cansado?

El capitán no contestó. Boka lo arropó. La madre arregló las almohadas bajo su cabeza.

-¡Quédate tranquilito! ¡Descansa!

Miraba a Boka pero no parecía reconocerlo. Puso una cara asombrada. Le dijo: "Padre..."

-No, no, dijo el general con voz estrangulada. ¡No soy tu padre! ¿No me conoces? Soy Johann Boka.

Con voz fatigada, sin comprender lo que decía, el enfermo repitió:

-"Yo... soy... Johann... Boka..." Después siguió un largo silencio. El muchachito cerró los ojos y suspiró tan profunda y dolorosamente como si las penas y las tristezas de todos los hombres embargasen su alma.

-Quizá se duerma, murmuró la mujercita rubia, que apenas podía tenerse en pie después de las largas noches de vela.

-Lo dejaremos solo, contestó Boka con un murmullo.

Se sentaron en un diván verde muy gastado. El sastre interrumpió ahora su tarea, dejó caer el traje pardo sobre sus rodillas y se estuvo

allí, con la cabeza gacha junto a la mesita baja. Todos callaban. Reinaba un silencio adormecedor, tan profundo, que se hubiese podido escuchar el zumbido de una mosca.

Por la ventana que daba al patio llegaban voces infantiles. Parecía como si afuera estuviesen hablando muchos niños. Boka creyó reconocer una de las voces. Oyó un nombre. Alguien susurró:

-¡Barabas!

-Se levantó y salió del cuarto en puntas de pie. Abrió la puerta vidriera de la cocina, llegó al patio y vio caras conocidas. Junto a la entrada se agrupaban temerosos unos cuantos muchachos de la calle Paul.

-¿Sois vosotros?

-Sí, murmuró Weiss. Ha venido todo el Club de la Masilla.

-¿Qué queréis?

-Le hemos traído el diploma de honor, que lleva escrito en tinta roja que el club le pide disculpas, y que en el libro de actas su nombre figura todo con letras mayúsculas. Trajimos también el libro de actas. Viene una delegación.

Boka meneó la cabeza.

-¿Por qué tardasteis tanto en venir?

-¿Por qué?

-Porque ahora está durmiendo.

Los miembros de la delegación se miraron.

-No pudimos venir antes porque hubo un largo debate sobre quién debía presidir la delegación. Al cabo de media hora elegimos a Weiss.

La señora Nemeček apareció en el umbral.

-No duerme, dijo, ahora delira.

Los chicos no se movían. Estaban muy conmovidos.

-Pasen. dijo la señora, a lo mejor vuelve en sí el pobrecillo, cuando los vea.

Y abrió la puerta. Fueron entrando uno por uno, respetuosos y encogidos, como si entrasen en una iglesia. Al llegar al umbral se quitaron el sombrero. Y cuando la puerta se cerró detrás del último, se

quedaron todos junto a ella, mudos, juiciosos, con los ojos muy abiertos. Miraban al sastre y a la cama. El sastre no levantó la cabeza. Estaba callado. No lloraba. Estaba muy cansado. En la cama yacía el capitán con los ojos dilatados, con la boquita entreabierta por una fatigosa respiración. Pero no reconoció a nadie. Quizá estuviese viendo ya cosas vedadas para los ojos terrenales.

La mujer instó a los muchachos: "Acérquense a él."

No se resolvían a llegar hasta la cama. Se alentaban mutuamente:

-Ve tú.

-Ve tú primero.

Barabas dijo:

-Tú eres el jefe de la delegación.

Al escucharlo, Weiss se encaminó lentamente hacia la cama. Los demás lo siguieron. El enfermo no los miraba.

-Tienes que pronunciar el discurso, susurró Barabas.

Y Weiss empezó con voz temblorosa: "Nemecsek... tú..."

Pero Nemecsek no oía. Jadeaba y miraba fijamente la pared.

-¡Nemecsek!, repitió Weiss a punto de llorar.

Barabas le murmuró en el oído: "¡No te pongas a aullar!"

-No aúllo, contestó Weiss, y estaba satisfecho de haber podido decir tanto sin llorar. Después se dominó:

-¡Estimado capitán!, empezó diciendo en su discurso y sacó un papel del bolsillo. Hemos venido aquí... y yo como jefe... así en nombre del club... porque nos equivocamos... y todos pedimos que nos disculpes... y en este diploma de honor... viene escrito todo...

Se volvió. En sus ojos brillaban dos lágrimas. Pero por nada del mundo hubiese renunciado al tono protocolar. tan caro a sus compañeros.

-Señor secretario, murmuró mirando hacia atrás, déme el libro de actas.

Leszik se apresuró a entregárselo. Weiss lo puso tímidamente en el borde de la cama y lo abrió en la página que traía la rectificación.

-Mira aquí, dijo al enfermo, aquí está.

Los ojos del enfermo volvieron a cerrarse lentamente. Los muchachos esperaban. Weiss dijo una vez más: "Míralo. pues."

El enfermo no contestó. Ahora los muchachos se acercaron mucho a la cama. La señora Nemecek se abrió paso entre ellos y se inclinó sobre su hijo.

-Oyeme, tú, dijo a su marido, con voz extraña, temblorosa, asombrada: no respira...

Apoyó su cabeza en el pecho del niño.

-¡Oyeme, tú!, gritó sin cuidarse más de nada. ¡No respira!

Los chicos retrocedieron. Se juntaron todos, muy apretados, en un rincón del cuartito. El libro de actas cayó al suelo, abierto en la página señalada por Weiss.

Ahora la mujer chilló:

-¡Toca, su mano está fría!

Y en el silencio profundo, en el silencio agobiador que siguió a este grito, se oyeron de pronto los sollozos del sastre, que hasta entonces estuvo sentado en su taburete, mudo, inmóvil, con la cabeza apoyada en las manos. Sollozaba quedo, muy quedo, como lloran los mayores. Los sollozos le estremecían todo el cuerpo. Pero ni siquiera en este instante descuidó la pobre chaqueta parda del señor Csetneky, y se la quitó de las rodillas para que no le cayesen lágrimas.

La mujer abrazó y besó a su hijito muerto, después se arrodilló junto a la cama, enterró la cara en la pequeña almohada y se puso también a sollozar. Ernst Nemecek, secretario del Club de la Masilla y capitán nombrado en campaña, en el solar de la calle Paul, yacía boca arriba en su lecho. Tenía el rostro blanco como la cal del muro, los ojos cerrados. Ya estaba sumido en la paz eterna y nada oía ni veía ya de lo que pasaba a su alrededor, porque los ángeles se llevaron la visión y el oído del capitán Nemecek, a regiones donde la gente de su temple solo escucha dulces armonías y contempla luces esplendorosas.

-Llegamos demasiado tarde, susurró Barabas.

En mitad del cuarto estaba Boka, con la cabeza gacha. Hacía algunos momentos, cuando estuvo sentado al borde de la cama,

consiguió a duras penas contener el llanto. Ahora se extrañaba de no tener lágrimas, de no poder llorar. Miraba en su derredor con la sensación de un vacío infinito. Miró a los chicos que se apretujaban en el rincón. Delante estaba Weiss, con el diploma en la mano, el diploma que Nemeček ya no podía ver. Se le acercó:

-Es mejor que os vayáis.

Y los pobres casi se alegraron de poder abandonar el cuartito intranquilo, donde yacía su compañero muerto. Uno tras otro se deslizaron fuera de la habitación, pasaron a la cocina y de la cocina al patio inundado de sol. Leszik fue el último. A propósito se quedó para el final. Cuando todos estuvieron fuera, se acercó a la cama de puntillas y levantó del suelo el libro de actas. Sus ojos se fijaron en el lecho y en el pequeño capitán silencioso.

Después siguió a los demás al patio, en cuyos pobres arbolillos piaban alegres los gorriones. Los chicos siguieron a los pájaros con la mirada y se detuvieron un instante en el patio. No comprendían nada. Sabían que su compañero había muerto, pero no lo comprendían. Se miraban sorprendidos, asombrados por eso incomprensible, extraño, que se les cruzaba por primera vez en la vida.

Al anoecer, Boka salió a la calle. Tenía que prepararse porque al día siguiente les tocaba una tarea pesada. Una lección de latín muy difícil. Hacía mucho tiempo que no había sido interrogado y era probable que el señor Racz lo llamase. Pero no tenía ganas de estudiar. Dejó los libros y el diccionario y se fue.

Vagaba sin rumbo por las calles. Evitó la calle Paul y los alrededores tan conocidos. Pensar en el solar, en este día de duelo, le hacía doler el corazón.

El recuerdo de Nemeček le perseguía por todas partes. La calle Ülloi. Por este camino pasaron los tres con Csonakos, cuando fueron la primera vez al Jardín Botánico en misión de espionaje.

La calle Koztelek... Recordó que una tarde, al salir del colegio, se detuvieron en mitad de la calleja. Nemeček les había contado, con gran seriedad, que el día anterior los Pasztor le quitaron las bolitas en

el jardín del Museo. Csonakos se había acercado a la fábrica de tabaco para oler el polvo de tabaco que cubría las rejas de los tragaluces. ¡Lo que habían estornudado!

Los alrededores del Museo...

También de allí se volvió. Cuanto más trataba de esquivar el solar, tanto mayor era el impulso doloroso que lo arrastraba hacia allí. Y cuando, de pronto, resolvió dirigirse sin rodeos al solar, se sintió aliviado. Marchó de prisa para llegar cuanto antes. Al acercarse a sus dominios, crecía en él la tranquilidad. En la calle Marie fue tan intenso este sentimiento, que echó a correr para llegar cuanto antes. Y cuando ya anochecido, llegó a la esquina y vio la tan conocida empalizada gris, el corazón le latía con fuerza. Tuvo que detenerse. Ya no tenía pretexto para correr, había llegado. Con pasos lentos se acercó al solar, cuya puerta estaba abierta. Junto a ella, apoyado en la empalizada, Jano fumaba su pipa. Cuando vio a Boka, le hizo señas, sonriendo burlón:

-¡Cómo los derrotamos!

Boka respondió con una sonrisa triste. Pero Jano se animó:

-Los derrotamos..., los echamos..., los sacamos a empujones...

-Sí, contestó el general, despacio. Se quedó parado delante del eslovaco: calló un instante y después dijo:

-¿Sabe lo que pasó, Jano?

-¿Qué?

-El Nemeček murió.

El eslovaco se asombró y se quitó la pipa de la boca.

-¿Cuál era el Nemeček?, preguntó.

-El rubiecito.

-¡Ah!, dijo el eslovaco y volvió a meterse la pipa en la boca. ¡Pobre!

Boka entró. Frente a él se tendía silencioso el gran terreno baldío, testigo de tantas horas alegres. Marchó lentamente por el solar y se acercó a la trinchera. Se veían rastros de la lucha. La arena mostraba

huellas de pies. Algunos trozos de la cuneta se habían desmoronado cuando los muchachos salieron de la zanja.

Las pilas de leña se erguían negras en la sombra. Sus alturas estaban coronadas por fortalezas cuyas paredes laterales estaban cubiertas con la pólvora de los chicos de la calle Paul, con arena.

El general se sentó en la cuneta y se tomó el mentón con las manos. Reinaba silencio en el solar. La pequeña chimenea se había enfriado al atardecer y esperaba las manos laboriosas que le darían calor al día siguiente. También descansaba la sierra mecánica y la casita se adormecía bajo los zarcillos verdes de la viña silvestre.

De lejos llegaba soñoliento el ruido de la ciudad, Los carros chirriaban, acá y allá gritaban algunas personas y de la ventana de una casa vecina, quizá de una cocina donde ya ardía la lámpara, salía una canción alegre. Una criada tarareaba.

Boka se incorporó y costeando las pilas se dirigió a la cabaña. Se detuvo en el sitio donde Nemeček derribó a Franz Ats, como otrora David había derribado a Goliat. Se inclinó y buscó las huellas pequeñas de los pies que habían desaparecido de la arena, como había desaparecido del mundo terrenal su amiguito. En este lugar el suelo estaba pisoteado, pero no pudo descubrir rastros de pies. Sin embargo él hubiese reconocido las huellas de los piecitos de Nemeček. Eran tan chiquitos que hasta las camisetas rojas se habían asombrado al ver las marcas de sus zapatos, aquella vez en el Jardín Botánico, porque eran aún más pequeñas que las de Wendauer. En aquel día memorable...

Siguió andando con paso vacilante. Se dirigió a la tercera fortaleza donde el rubiecito vio por primera vez a Franz Ats. Este lo había mirado diciéndole

-¿No tienes miedo, Nemeček?

El general estaba cansado. El día de hoy había agotado su cuerpo y su alma. Estaba mareado como si hubiese bebido un vino generoso. Trepó trabajosamente a la segunda fortaleza y se escondió allí. Aquí al menos no lo veía nadie, nadie lo estorbaba, podía abandonarse a sus

amados recuerdos y quizá lograse desahogarse llorando, ¡Si al menos pudiese llorar!

El viento le trajo un murmullo de voces. Miró hacia abajo y vio dos siluetas oscuras junto a la cabaña. No las reconoció y se esforzó por saber si pertenecían a su gente, por ver si los reconocía por la voz.

Los dos muchachos se hablaban quedo.

-Mira, Barabas, decía la una, aquí fue donde el pobre Nemecek salvó a nuestro imperio.

Callaron. Después oyó:

-Oye, Barabas, reconciliémonos aquí, pero de verdad y para siempre: es tonto que seamos enemigos.

Bueno, dijo Barabas conmovido. Me reconcilio contigo. Para esto hemos venido aquí.

Volvió a reinar silencio. Estaban frente a frente mudos y ambos esperaban que el otro se decidiese a comenzar.

Por fin empezó Kolnay:

-¡Bueno, salud!

Barabas contestó conmovido:

-¡Bueno, salud!

Se dieron la mano. Largo tiempo estuvieron así, la mano en la mano. No decían nada.

También esto se logró. El milagro se había consumado. Boka los observaba desde la fortaleza, pero no delató su presencia. Quería permanecer solo; además, ¿para qué diablos estorbar a esos dos?

Después, las dos personitas se encaminaron hacia la calle Paul. Hablaban bajo. Barabas decía:

.-Para mañana tenemos una lección de latín muy difícil.

-Sí, respondió Kolnay.

Tú tienes suerte, suspiró Barabas, porque ya te han interrogado. Pero a mí hace mucho que no me llamaron y es seguro que me tocará el turno.

Kolnay dijo:

-Ten cuidado. en el segundo capítulo hay un párrafo que va desde la línea diez hasta la veintitrés que no hace falta estudiar. ¿Lo marcaste en tu libro?

-No.

-¿Supongo que no te pondrás a estudiarlas sin necesidad? Si quieres iré contigo a tu casa y te lo marcaré.

-Bueno.

Por lo visto estos ya se preocupaban por la lección. Olvidaban de prisa. Nemecek había muerto, pero el señor Racz vivía y sobre todo vivían ellos.

Se fueron, desaparecieron en la oscuridad. Al fin Boka se quedó completamente solo. Pero su refugio empezaba a pesarle. Además se había hecho tarde. De la iglesia de San José llegaban tañidos de campana muy apagados.

Boka bajó de la fortaleza y se detuvo junto a la cabaña. Vio a Jano encaminarse desde la puerta de la calle Paul en dirección a su cabaña. Héctor corría a su lado olfateando y meneando la cola. Esperó a ambos.

-¿Qué pasa?, dijo el eslovaco, el caballerito no piensa irse a su casa, por lo visto.

-Ya me voy, dijo Boka.

El eslovaco volvió a gruñir:

-En casa hay buena cena caliente.

-Buena cena caliente. repitió Boka mecánicamente y pensó en los dos seres, en el sastre y su mujer, quienes a esta hora allá en la calle Rakos, en el pobre hogar del sastre, quizá estuviesen también por cenar en la cocina. En el cuarto vecino ardían montones de cirios. Y la hermosa chaqueta parda del señor Csetneky estaba de seguro también allí.

Sin darse cuenta echó una ojeada al interior de la cabaña. Vio apoyados en las paredes unos instrumentos raros. Una placa de hojalata redonda, de color rojo y blanco, una especie de disco parecido al que surge de la casita del guarda-barrera cuando pasa silbando el

rápido. Y un trípode que sostenía un caño de latón. Y unos palos pintados de blanco...

-¿Para qué son estas cosas?, preguntó.

Jano miró hacia adentro.

-Son del ingeniero.

-¿De qué ingeniero?

-Del señor arquitecto.

El corazón de Boka latía como si quisiera saltársele del pecho.

-¿Del señor arquitecto? ¿Y qué tiene que hacer aquí? Jano se quitó la pipa de la boca:

-Van a construir aquí.

-¿Aquí?

-Sí, el lunes vienen obreros para empezar a cavar... para hacer sótano... cimientos...

-¿Qué?, gritó Boka. ¿Van a construir una casa aquí?

-Sí, dijo el eslovaco con voz tranquila, casa grande de tres pisos...

Propietarios del solar construyen casa.

Dicho esto entró en la cabaña.

El mundo entero se puso a girar en torno de Boka, Rompió a llorar, se lanzó corriendo hacia la puerta. Huía de aquí, de este trocito de tierra ingrata, de esa tierra que había defendido con tanto sufrimiento, con tanto heroísmo y que ahora los dejaba en la estacada para echarse sobre el lomo para toda la eternidad, un caserón de vecinos.

Desde la puerta se volvió una vez más como se vuelve el que abandona la patria para siempre. En el dolor inmenso que oprimía su corazón ante esta idea, se mezclaba un poco de consuelo, un consuelo pequeñísimo. El pobre Nemeček no llegó a ver la delegación que venía a pedirle disculpas, pero tampoco llegó a presenciar la pérdida de la patria por cuya defensa entregó la vida.

Y cuando al día siguiente, en medio del silencio solemne de toda la clase el señor Racz subió a la tarima con paso lento y grave para evocar desde allí el recuerdo de Ernst Nemeček y pedirles que

mañana, a las tres de la tarde fuesen a la calle Rakos vestidos de negro o al menos con ropa oscura, miró Boka muy serio a su alrededor y por primera vez su alma de niño se sobrecogió ante la idea de lo que era en realidad la vida, esta vida a la que todos servimos, a veces luchando, a veces alegremente, a veces con tristeza.